

A black and white photograph of two men in clerical attire sitting outdoors. The man on the left is smiling and wearing glasses. The man on the right is looking forward with a serious expression and wearing glasses. They are both wearing dark, buttoned-up clerical shirts. In the background, there is a statue on a pedestal and some foliage.

SALVADOR BERNAL

“Y AQUÍ ESTOY”

BIOGRAFÍA ILUSTRADA
DEL BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO

“Y AQUÍ ESTOY”

BIOGRAFÍA ILUSTRADA
DEL BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO

Salvador Bernal

© 2023 by Fundación Studium, Castelló 115 - 28006 Madrid
© 2023 de las fotografías de Álvaro del Portillo by Prelatura del Opus Dei
© 2023 by EDICIONES RIALP, S.A.
Manuel Uribe 13-15, 28003 Madrid
(www.rialp.com)

El texto de esta biografía breve, preparado por Salvador Bernal, procede de su libro *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, publicado por Ed. Rialp en 1996, del que se han hecho ya ocho ediciones y está disponible en papel y en versión digital en el siguiente enlace: https://www.rialp.com/libro/recuerdo-de-alvaro-del-portillo-prelado-del-opus-dei_92258/

ISBN: 978-84-321-6439-2
Depósito Legal: M-10914-2023

Queda prohibida toda divulgación pública, total o parcial, sin autorización expresa de los titulares del copyright.

Diseño y composición: José María Vizcaíno

ÍNDICE

7	PRESENTACIÓN
12	1. UN HOGAR CRISTIANO
18	2. LA PRIMERA JUVENTUD
23	3. ALGUNAS AFICIONES
29	4. INGENIERO
35	5. LA GUERRA DE ESPAÑA
44	6. DE TAL PALO, TAL ASTILLA
50	7. SACERDOTE
58	8. EN ROMA
65	9. DE PÍO XII A JUAN PABLO I
75	10. LA MUERTE DEL FUNDADOR
79	11. LA HERENCIA DE UN ESPÍRITU
84	12. EL RELEVO EN LA PATERNIDAD
94	13. CELO POR LAS ALMAS
100	14. EXPANSIÓN APOSTÓLICA
117	15. PRELADO DEL OPUS DEI
120	16. PASTOR PRUDENTE Y RECIO
128	17. LA ORDENACIÓN EPISCOPAL
132	18. EL CARIÑO DE JUAN PABLO II
136	19. TIEMPO MARIANO
139	20. GRACIAS A DIOS
142	21. EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON LA TRINIDAD
151	22. BEATIFICACIÓN
153	23. RETRATO DE DON ÁLVARO
154	24. CRONOLOGÍA



PRESENTACIÓN

El domingo 7 de julio de 1935, Álvaro del Portillo asistió a un retiro espiritual en la Residencia universitaria de Ferraz (Madrid), predicado por don Josemaría Escrivá. Don Álvaro no recordaba exactamente la hora en que pidió la admisión en el Opus Dei, pero sí que fue después de la segunda meditación de la mañana (en aquella época, durante los retiros mensuales, el fundador dirigía tres meditaciones por la mañana y dos por la tarde). Y comentaba con humor que fue un lapsus de la persona que le planteó su posible incorporación a la Obra, porque san Josemaría había dicho que esperasen a la tarde... Pero **“dio una meditación sobre el amor a Dios y el amor a la Virgen, y me quedé hecho fosfatina”**.

Había crecido en un ambiente cristiano —comulgaba casi a diario, y rezaba el Rosario todos los días—, pero no era hombre inclinado hacia asociaciones piadosas ni organizaciones eclesásticas. Resumía el proceso como **“la historia de la oración confiada y perseverante de nuestro fundador, que durante unos cuatro años —sin conocerme siquiera, solo porque una de mis tías le había hablado de mí— rezó para que el Señor me concediera esta gracia tan grande, el mayor regalo —después de la fe— que Dios podía haberme hecho”**.

Se trataba de Carmen del Portillo, que era además su madrina. Vivía con su hermana Pilar en el mismo edificio de la calle Conde de Aranda en Madrid, donde radicaba el hogar familiar de Álvaro. Solteras las dos, profundamente cristianas, se ha-

bían comprometido en diversas obras de caridad, y ayudaban especialmente en las iniciativas del Patronato de Enfermos, de las Damas Apostólicas. Tenían mucha relación con el padre José María Rubio, S.J. —canonizado en 2003—, tan ligado a la fundación de Luz Rodríguez Casanova. Pronto conocieron también a don Josemaría Escrivá, capellán de la iglesia del Patronato de Enfermos, y le hablaron de su sobrino. Comenzó a rezar desde entonces por él.

Álvaro conocería al fundador del Opus Dei no a través de sus tías, sino de Manuel Pérez Sánchez, compañero en la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid. Manolo, que estudiaba unos cursos por delante, había facilitado la colaboración de Álvaro en las actividades asistenciales que protagonizaban estudiantes de esa Escuela y de la de Arquitectura en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Manolo le expuso el planteamiento general y, en concreto, que en la parroquia de San Ramón (Puente de Vallecas) se había creado una Conferencia compuesta sólo por jóvenes. La parroquia estaba en una zona casi de chabolas, construidas a base de chapa y cartón. Desde la Conferencia de San Vicente prestaban ayudas diversas: limosnas en metálico, bonos de alimentación canjeables en tiendas, medicinas, asistencia médica, etc. Y allí comenzó a acudir con frecuencia, casi siempre en compañía de Manolo. “—Desde el primer momento —evoca Manuel Pérez Sánchez— comprobé la dedicación de Álvaro por aquellas tareas, en las que destacaba por su amor y compasión por los niños”.

Un domingo llegó a casa con una aparatosa herida en la cabeza, y la chaqueta empapada de sangre. El percance sucedió el 4 de febrero de 1934. Sus padres habían salido y, para no alarmar a los pequeños, dijo simplemente que se había caído, pero la herida se infectó —probablemente porque le curaron la brecha sin tomar muchas precauciones en una Casa de Socorro cercana a su casa—, pasó una temporada con fiebre



Relieve que recuerda
su participación en las
catequesis de la parroquia
de San Ramón... y la llave
inglesa.

alta, y tuvo que acudir a diario a un médico, para hacerle las curas, que debían de ser dolorosas aunque no se quejase.

Álvaro seguía sin ser muy explícito respecto de lo sucedido. Hasta que, al fin, la familia se enteró de que en el origen de todo estaba la agresión que había sufrido, junto con otros amigos, al acudir a la catequesis en la parroquia de San Ramón. Aquel domingo, un grupo de unas quince personas los aguardaba para darles una paliza. Lo habían preparado con antelación, porque había gente asomada a los balcones, dispuesta a presenciar el espectáculo. Álvaro recibió un golpe fortísimo en la nuca, producido por una llave inglesa. A otro le arrancaron prácticamente una oreja. **“Menos mal que había cerca una entrada del Metro —contó incidentalmente don Álvaro en Manila, en 1987—. Nos refugiamos allí en el momento en que llegaba un convoy; subimos al tren, cerró las puertas y nos fuimos”.**

Dios se sirvió de la generosidad de Álvaro en favor de los pobres, en aquellas barriadas extremas de Madrid, para encaminarle hacia el Opus Dei. Un día de 1935, se fijó en que tres o cuatro de sus compañeros iban charlando entre ellos. Le entró curiosidad y les preguntó de qué trataban. Le explicaron que hablaban de don Josemaría Escrivá y de la labor apostólica que realizaba. Les pidió entonces que se lo presentaran. Al cabo de los años, Manuel Pérez Sánchez sitúa con precisión la escena en el Madrid de la época: se dirigían hacia el Arroyo del Abroñigal a visitar a una familia desvalida, y pasaban por unos cultivos de trigo y cebada, donde se asienta hoy el Barrio de la Estrella; en ese campo habló a Álvaro del fundador del Opus Dei —*el Padre*, como le llamaban con sencillez—, y le invitó a ir a verle.

La primera entrevista con san Josemaría, de apenas cinco minutos, le impresionó profundamente. Además de preguntarle si era sobrino de Carmen del Portillo, sintió que el



A B C VIERNES 9 DE FEBRERO DE 1934. EDICION DE LA MAÑANA. PÁG. 34.

LOS CONFLICTOS SOCIALES EN ESPAÑA

Huelga en una mina de Riotinto. Temores de huelga general

Alvira 8, 3 tarde. El gobernador civil nos ha dicho:

—Ayer he comunicado, desde Riotinto, que los obreros de una comarca, en número de 200, se negaron a salir de la contramita, practicando lo que se denominase "trabajo italiano", y prohibiendo que los restantes obreros entraran en la misma contramita. El origen de este movimiento ha sido el cambio impuesto por la Empresa de dicha Compañía a un obrero que se negó violentamente a aceptar el Reglamento de policía minera, y, asimismo, la detención de quince hombres, acusados de apoderar las oficinas del director, como protesta por el mismo hecho. Según noticias que he recibido, parece ser que han llegado a circularse órdenes en las galerías de dicha mina y en otras minas más para que secunden esta actitud. Se violentaban los temores de una huelga general minera.

—Inmediatamente di las órdenes para que el alcalde de Riotinto pasara a la contramita, haciendo saber a los obreros que debían depositar la ilegal actitud en que están colocados, diciéndoles, además, que yo estoy dispuesto a actuar de mediador en este pleito, para ver de resolverlo; pero que en ningún caso he de tolerar el menor caso de transgresión legal. El hecho le pone inmediatamente

ros en las obras públicas. Se espera también se emprendan urgentemente las obras de la Mancomunidad del Duero.

DE UNA BARBARA AGRESION EN EL PUENTE DE VALLECAS

Recibimos la siguiente carta:

"Señor director de A B C. Muy señor muestro: Le rogamos tenga la bondad de publicar en el diario de su digna dirección, aunque con algún retraso, por haber tenido que guardar cama por las lesiones recibidas, las siguientes líneas:

El domingo último, a la salida de la Catedral del Puente de Vallecas, los alojo leoneses fuimos aisladamente agredidos, sin motivo alguno, por unas turmas de elementos extremistas, con el grito de "¡Muera el Fascio!", nos atacaron cobardemente por la espalda con puños y piedras, aprovechando para eschar a uno de nosotros el rostro. Nos interesa hacer constar lo siguiente:

Primero. Que nuestra labor es un harro es exclusivamente benéfico, sin matiz político de ninguna clase; y

Segundo. Que la fuerza pública, allí presente, pudo fácilmente evitar las agresiones, de no haber observado una actitud pasiva. Agradecemos anticipadamente la publicación de estas líneas, con el fin de evitar, seguros providores (firmado) Diego, José María y difunto Chito de Gacón.

Manuel Salas de los Terreros y Rafael Moreno. Madrid, 7 de febrero de 1934."

La carta precedente se refiere a uno de los tantos ataques que se vienen cometiendo por los que, a ciencia y conciencia de las autoridades, se han adueñado de la calle, dispuestos a imponer el terror por todos los procedimientos. Que la tendencia es esa, sin otra finalidad conocida, la evidencia el hecho de que las agresiones son hechas siempre a toda hora política. Se trata, como dicen nuestros comunicantes en su carta, de una obra benéfica aquella a la que vienen entorpecidos, y no se ve por parte alguna la reacción que esta pueda tener con fascistas y comunistas.

Mucho más grave que una falta política —que no se puede sublevar en guerra no tiene de estos problemas la más rudimentaria acción— es este crimen criminal, encubierto con este o con el otro pretexto, que desde hace algún tiempo viene campando libremente, sin que, por desgracia, acierte la autoridad —hoy de mejorar que lo intenta— a castigarlo radicalmente.

EL PLAN NACIONAL DE OBRAS HIDRAULICAS

Inauguración de la Exposición

Ayer tarde, a la una, en la sala de Ex-

Álvoro con sus compañeros de Ayudantes de Obras Públicas. Es el cuarto por la izquierda. Lleva el vendaje por debajo del gorro.

Debajo, carta publicada en el diario ABC denunciando la agresión.

fundador del Opus Dei le tomaba en serio, y traslucía gran afecto. Le manifestó cordialmente su deseo de hablar más despacio, largo y tendido. Sacó su agenda, y quedaron citados para cuatro o cinco días después. Pero no estaba cuando

acudió Álvaro: **“Me dio plantón —relataba divertido años más tarde—. Se ve que le habían llamado para atender a algún moribundo, y no me pudo avisar, porque no le había dejado mi teléfono”**. Sin embargo, la imagen de aquel joven sacerdote se había grabado en el alma de Álvaro. Y, tiempo después, cuando ya terminaba el curso académico 1934-35, decidió verle de nuevo, con la idea de saludarle antes de irse ya de vacaciones: **“Me recibió y charlamos con calma de muchas cosas. Después me dijo: mañana tenemos un día de retiro espiritual —era sábado—, ¿por qué no te quedas a hacerlo, antes de ir de veraneo? No me atreví a negarme, aunque mucha gracia no me hacía, porque no sabía de qué se trataba”**.

Durante ese retiro en la Residencia de Ferraz, vio con claridad una llamada divina que no esperaba, y decidió comprometer su vida en el Opus Dei. A partir de ese día, la biografía de Álvaro del Portillo se puede resumir en una frase: fidelidad a su vocación cristiana en el Opus Dei. Desde el primer instante, tuvo conciencia de que su sí a Dios le comprometía para toda la vida. En las ocasiones en que, ya sucesor de san Josemaría al frente de la Obra, relataba su vocación, cómo le presentaron a san Josemaría, la cita, el plantón, el retiro... solía terminar el relato con un sencillo **“Y aquí estoy”**.

1. UN HOGAR CRISTIANO

Álvaro nació el 11 de marzo de 1914, y fue bautizado seis días después en la parroquia de San José, situada en la calle de Alcalá, justo en el lugar donde arranca la Gran Vía de Madrid. Fueron padrinos sus tíos Jorge Díez de Sollano y María del Carmen del Portillo. Le impusieron el nombre de Álvaro José María Eulogio (este último, santo del día, según una costumbre muy arraigada entonces en España). El 28 de diciembre



Días de infancia en Madrid
y La Granja.





Con los compañeros del Colegio del Pilar en 1921.
Álvaro está en la fila de arriba, el tercero por la derecha.

de 1916 recibió la Confirmación: en aquella época era usual administrar enseguida este sacramento a los niños. Álvaro era el tercero de los ocho hijos —Ramón, Paco, Álvaro, Pilar, Pepe, Ángel, Tere y Carlos— que, con el tiempo, vinieron a completar la familia del matrimonio de Clementina Diez de Sollano y Ramón del Portillo.

Clementina Diez de Sollano era guapa y distinguida, buena cristiana. Había nacido en Cuernavaca (México), donde vivieron sus padres hasta su regreso a España tras el proceso revolucionario que comenzó en 1910. Conservaba la nacionalidad mexicana, y el acento dulce y suave del habla de aquella tierra. Realizó parte de sus estudios en Londres, en el Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón: además de consolidar el inglés, que manejaba muy bien, tal vez aprendió allí a vivir su rectitud cristiana con flexibilidad, sin sentimentalismos, con sentido común y visión sobrenatural.

Su hijo Álvaro heredó algunos de sus rasgos humanos, como la afabilidad y la delicadeza en el trato; la sonrisa que

acompañaba sus decisiones, aun las más enérgicas; el acendrado espíritu de comprensión que le llevaba a no hablar mal de nadie ni criticar a ninguna persona. Y heredó algo mucho más elemental: la capacidad de tomar imperturbablemente las comidas europeas más picantes, nunca tan sabrosas para él como el chile chipotle mexicano. En el hogar familiar se forjó en su alma la devoción a la Virgen, a través del rezo del Santo Rosario. Los niños aprendieron de labios de su madre una popular e ingenua oración a Santa María, que recitaban a diario:

Dulce Madre, no te alejes,
tu vista de mí no apartes,
ven conmigo a todas partes
y solo nunca me dejes.
Ya que me proteges tanto
como verdadera Madre,
haz que me bendiga el Padre,
el Hijo y el Espíritu Santo.

Ramón del Portillo, su marido, había nacido en Madrid, y estudió la carrera de Derecho en la entonces llamada Universidad Central. Trabajó en la compañía de seguros “Plus Ultra”. Hombre ordenado y trabajador, muy hogareño, era —según evoca su hija Pilar— “pulcro y correcto en todo, muy educado y elegante; sumamente puntual y muy minucioso”. Prevalecía en su carácter la precisión, la exactitud, la seriedad. “De todos modos —puntualiza otro hijo, Carlos—, era serio, pero no severo. No le recuerdo en absoluto como una persona adusta, envarada o fría”.

Clementina y Ramón vivieron, al comienzo de su matrimonio, en la calle del Caballero de Gracia. Pero pronto se trasladaron a una casa más amplia en la calle de Alcalá, 75. Más adelante, marcharon al último piso de otro edificio en la no lejana calle del Conde de Aranda, n.º 16.

El 11 de marzo de 1989, cuando cumplía 75 años, don Álvaro celebró la Misa en la iglesia prelatía de Santa María de la Paz. En la homilía, al repasar con gratitud tantos beneficios como había recibido del Señor a lo largo de su vida, evocó en primer término el hecho de haber nacido en el seno de una familia cristiana, donde aprendió a ser piadoso. Recordó a doña Clementina, **“que me inculcó una devoción especial al Sagrado Corazón y al Espíritu Santo, y una particular veneración a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen”**. Y añadía: **“Dios Nuestro Señor quiso que fuera amigo de mi padre, y esto, evidentemente, evitó que tuviese malas amistades”**.

Don Álvaro mencionó en ocasiones que había sido un chico tímido: por ejemplo, cuando sopesó ese motivo para no ser abogado, como su padre; o cuando aludía a su facilidad para ponerse colorado... Tal vez acudía a la timidez, como recurso de modestia, justamente en momentos en que dirigía su palabra con evidente vigor a miles de personas... Pronto comenzó a padecer dolencias de cierta entidad. Sufrió ataques de reuma con apenas dos o tres años. Después de cenar, a sus dos hermanos mayores les hacían beber un vaso grande de leche con una yema batida; a él, una medicina. Y les decía con envidia, y con acento mexicano: **“Qué suertasa tenéis: a vosotros os dan yema de huevos, y a mí Sanatogén”**. Se trataba de un preparado con salicilatos, de mal sabor. Debía de presentar cierta predisposición congénita hacia esa enfermedad, porque, tiempo después, ya con cerca de veinte años, le atacó de nuevo el reuma. Le atendió el Dr. Gregorio Marañón. Pilar del Portillo recuerda la receta que le prescribió, tal vez por su originalidad: unas gotas de ajos picados remojados en alcohol.

Cometía las travesuras y desaguisados normales de la infancia, y su padre se veía obligado en ocasiones a castigarle. Pero Álvaro se le escabullía: a veces, cuando don Ramón



Clementina, Ramón
y sus seis hijos
mayores, con el
Palacio de La Granja
al fondo, verano de
1921.



Con su hermana
Tere en brazos.

iba detrás de él y estaba a punto de agarrarle para imponerle un castigo, se escapaba cruzando a toda velocidad por debajo de la gran mesa del comedor. Mientras fue pequeño, don Ramón le llevaba a Misa los domingos por la mañana con sus hermanos. Iban desde la casa en Conde de Aranda hasta la cercanísima iglesia de San Manuel y San Benito. Luego, cruzaban la calle de Alcalá para dar un paseo por el parque del Retiro, donde les invitaba a patatas fritas y gaseosa. Según su hermana Pilar, que había nacido después de él, Álvaro era un niño apacible, alegre y sencillo, más bien gordito, con gesto simpático y risueño. No recuerda haberle oído mentir nunca. Sí, en cambio, algunas travesuras infantiles, así como, con el tiempo, muchas bromas más o menos divertidas. Su piedad incluía las manifestaciones normales de una familia cristiana. Pilar piensa que lo más acusado en Álvaro fue su continuidad a lo largo de los años; está convencida de que “siguió guardando, en el fondo de su alma, aquella inocencia, aquella sencillez, aquella búsqueda sincera de Dios que tenía cuando era muy pequeño”.

2. LA PRIMERA JUVENTUD

Álvaro del Portillo completó su formación humana y cristiana en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, que los Marianistas regentaban en la calle Castelló, de Madrid. Por algunos rasgos de su temperamento, apuntaba más bien enérgico. En un boletín de notas del colegio, el profesor avisó por escrito a los padres: “Se dibuja algo brusco”. Y don Ramón apostilló: “¿Cómo que se dibuja? ¡Se esculpe!”, tan convencido estaba del fuerte carácter de su hijo.

Siempre que oí a don Álvaro recuerdos del colegio, mencionaba su gratitud a tantos buenos maestros, que habían contribuido a su formación intelectual y a la práctica de la fe



que recibió en el bautismo. Antiguos compañeros, ya entrados en años, recordaban bien la figura de Álvaro, con quien compartieron tantos afanes en las aulas o en los patios del Pilar, cuando cursaban la enseñanza primaria y el bachillerato. Algunos no acababan de explicarse por qué no se les había borrado de la memoria, aunque comprendían que pudiera parecer sorprendente, especialmente si le trataron sólo durante la época escolar. Pensaban que la razón estribaba en la impresión que dejó en ellos su auténtica bondad.

Se le daban bien los idiomas: facilitó mucho el desarrollo de su aptitud natural la decisión paterna de buscar unos profesores, que acudían a diario a casa. Desde pequeño, según

El día de su primera Comunión.

evoca Pilar del Portillo, se advertía la gran capacidad intelectual de Álvaro. Pero no se daba ninguna importancia por sus cualidades: por ejemplo, “dibujaba muy bien, pero no alardeaba. Al contrario, era profundamente sencillo y de una grandísima humildad”. Por lo demás, sacaba buenas notas. Pasaba muchas horas de la tarde estudiando, junto al balcón, en el cuarto que compartía con sus hermanos Pepe y Ángel. Comenzó el bachillerato en 1924 y lo acabó en 1931.



Quienes lo trataron de joven, coinciden en una triple faceta de su carácter: normalidad, simpatía, continuidad al cabo de los años. De hecho, por su modo de comportarse externamente, cuando le veían tiempo después como ingeniero, sacerdote, monseñor, obispo..., descubrían el mismo trato natural, idéntica mirada abierta, igual interés por ellos que tanto tiempo atrás. Álvaro era inteligente y ordenado. No le gustaban las improvisaciones. Más bien se le veía reflexivo, prudente.

Recibió la primera Comunión el 12 de mayo de 1921 cuando era alumno del Colegio del Pilar. La ceremonia no se celebró en la capilla de ese centro educativo, sino en la parroquia de la Concepción, en la calle Goya: aquel día, comulgaron por vez primera ciento diez chicos y dos chicas. Desde entonces, recibió a Jesús Sacramentado con mucha frecuencia, a pesar del esfuerzo que suponían las disposiciones vigentes para el

ayuno eucarístico: de hecho, tenía que salir hacia el colegio en ayunas. Tomaba luego allí su desayuno, que llevaba envuelto con papel dentro del bolsillo. En El Pilar se celebraba a diario la Santa Misa, pero no era obligatoria: acudían sólo los que querían. Como es natural, participaba activamente en otras devociones que se practicaban en el Colegio. En la madurez de su vida, no había olvidado los cantos que se entonaban durante el ejercicio del Vía Crucis:

“En la última estación, la Sepultura del Señor —evocaba—, repetíamos unos versos muy malos, pero que ayudaban a remover el alma; a mí me siguen removiendo. Dice esa letra: *al rey de las virtudes, / pesada losa encierra; / pero feliz la tierra, / ya canta salvación*. Así es. Dios muere, para que nosotros vivamos; es sepultado, para que nosotros podamos llegar a todas partes. Por eso la tierra canta feliz la salvación”.

También iba a Misa durante las vacaciones de verano en La Granja, en esos años veinte, aunque no pertenecía a ninguna asociación de fieles. Ni siquiera le gustaba ayudar: nunca fue monaguillo; prefería asistir como uno más, desde los bancos del templo. Tampoco acudía a un lugar fijo, cosa normal en aquella época: alternaba entre la Colegiata, el convento de las Clarisas, la parroquia del Cristo y la ermita de los Dolores. Muchos años después, a propósito de la Eucaristía, don Álvaro mencionaría las puestas de sol en Castilla. Sin duda, se le había grabado la imagen durante sus vacaciones, y la había revivido luego, cuando acudía con el fundador del Opus Dei a Molinoviejo, también en la falda de la Sierra, no lejos de Segovia: **“Como aquello es una inmensa llanura, se ve el sol ponerse a lo lejos. Cuando ya parece tocar la tierra, es como un incendio: todo el cielo se tiñe de rojo, y el sol de mil colores. Aquello no es más que un efecto óptico, porque el sol no toca realmente la tierra... En cambio, cuando recibimos al Señor en la Eucaristía, que es mucho más que**

el sol —es el Sol de los soles—, y toca nuestro cuerpo y nuestra alma..., ¡qué maravilla ha de suceder en nosotros! ¡Cómo se encenderá nuestra alma, al contacto con Cristo! ¡Cómo la transformará la gracia!”.

No sé si don Álvaro aceptaría lo que se atribuye a Oscar Wilde: su patria era su infancia. Pero tuvo siempre un gran afecto hacia la ciudad en que había nacido. Se le notaba una alegría chispeante cuando llegaba a sus *Madriles*. Siendo tan universal, se encontraba muy a gusto en Madrid: se sentía realmente madrileño. Conservó ese buen humor —castizo, madrileño—, que se advertía en su rapidez de respuesta y en su facilidad para el contrapunto o la palabra de doble sentido. En 1990 presencié cómo bromeaba con Umberto Farri, que salía de Roma hacia Chile: **“Diles que tengo muchas ganas de ir a verles..., pero que me quedo con las ganas”**. Poco tiempo después, en julio de 1991, llegaba a un centro del Opus Dei en Iza (Navarra). Los médicos le recomendaban con insistencia que pasease, pues le convenía el ejercicio físico. Por la tarde, al referir lugares próximos donde caminar, alguien mencionó también el frontón de la finca, como posible sitio para rezar el rosario al atardecer:

“Estará fresquito y es plano”. Don Álvaro puntualizó con una sonrisa: **“Estaría bien un frontón en cuesta...”**

Nunca perdió su acento, que —como señalaba Enrique Chirinos, en un artículo aparecido en *El Comercio* de Lima, el 22.III.1994, con ocasión del octogésimo cumpleaños de don Álvaro— era “menos enfático, más ligero, que el del común de los españoles”. Sin embargo, también como buen madrileño, hablaba con rapidez, dando cosas por supuestas y apurando la terminación de las frases.

Esa velocidad hacía difícil la traducción simultánea, necesaria si quienes le escuchaban no entendían el castellano. El propio don Álvaro recordaba divertido una anécdota cuan-

do, durante una tertulia en Miami, en 1988, le sugirieron que fuera más despacio: **“Al final del último Sínodo —cuando todos intervenían en su propio idioma—, tenía a mi disposición apenas tres minutos y, como quería decir bastantes cosas, empecé a hablar rápidamente. Se encendió enseguida un letrero luminoso: los encargados de la traducción simultánea me indicaban así que iba demasiado deprisa. Entonces les pedí perdón, en latín: *habeatis me excusatum, sum hispanus*, perdonadme, soy español. Se rieron un poco y ya seguí hablando más despacio”.**

3. ALGUNAS AFICIONES

Álvaro manifestó pronto gran inclinación a la lectura. De ahí debe de proceder, y no solo de los maestros, su facilidad de pluma y su brillante estilo. También, esa ciencia infundible con que el lector consumado e infatigable da un primer vistazo a la novedad que acaba de llegar a sus manos. He presenciado muchas veces la escena, y pensaba siempre que ese modo rapidísimo de abrir el libro —y hojear el índice, el prólogo, las citas a pie de página, la bibliografía— reflejaba los hábitos de un buen intelectual. En el Colegio del Pilar se cuidaba la formación cultural de los alumnos. Por ejemplo, en 1924 acudió Juan de la Cierva Codorníu, antiguo alumno, para explicarles su descubrimiento del autogiro. No dejaban de hacer frecuentes excursiones y viajes culturales. Cuando terminaba 1929, los alumnos —también Álvaro— acudieron a Barcelona con motivo de la Exposición Universal.

Recordaba —al cabo de tanto tiempo— poemas y frases de autores clásicos, y los citaba espontáneamente en tertulias familiares o en su predicación. En ocasiones, utilizó estrofas de las conocidas coplas de Jorge Manrique, para urgir en la pelea por vivir las virtudes cristianas en medio del mundo,

Expediente académico de Bachillerato.

[illegible]

y asegurar así también el camino definitivo hasta el Cielo. A propósito del apostolado, solía comentar que la gente está esperando, como aguardaba Lázaro en el sepulcro la voz de Jesús para levantarse. Y mencionó alguna vez los versos finales de una *Rima* de Gustavo Adolfo Bécquer, *Del salón en el ángulo oscuro*, que hablan del arpa callada, olvidada y cubierta de polvo en ese rincón: **“¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, / como el pájaro duerme en las ramas, / esperando la mano de nieve / que sabe arrancarlas! / ¡Ay! —pensé—. ¡Cuántas veces el genio / así duerme en el fondo del alma, / y una voz, como Lázaro, espera / que le diga: ‘¡Levántate y anda!’”**.

Empleaba pasajes de Cervantes, Quevedo o Calderón de la Barca, para insistir en la humildad o rechazar como meros *sueños* los ideales que no influyen en la conducta. O acuñó al ¡todos a una!, reacción unánime de los habitantes de Fuenteovejuna, según el clásico drama de Lope de Vega, para subrayar la necesidad de ayudarse unos a otros en la lucha decidida por la santidad cristiana. Quedaba claro el contenido únicamente espiritual y apostólico de esa profunda cohesión. Fueron las primeras palabras que le oí en abril de 1989, a su regreso de Nairobi: le había alegrado conocer que esa frase —“todos a una”— era bien familiar a los hombres de Kenia, pues usan mucho una expresión equivalente —“harambee”—, para unificar un movimiento: por ejemplo, así gritan los pescadores al llevar las barcas hacia la playa.

Fue muy deportista, lo que cuadraba con su carácter. Como contó don Javier Echevarría a Pilar Urbano, para la revista *Época* de Madrid, 2 de mayo de 1994, “había practicado mucho la natación, el hockey, el cross, el tenis, la equitación, el fútbol”. No era fácil imaginarlo de entrada, para quienes le conocimos tantos años después. Siempre pendiente de los grandes temas, o de lo que interesaba a los demás, resultaba difícil descubrir, incluso en la convivencia diaria, las aficiones de don Álvaro. Daba la impresión de que había ido renunciando

a todo, para estar disponible a la Voluntad de Dios y al servicio de la Iglesia. La vida diaria junto al fundador del Opus Dei le llevaría a dejar entre paréntesis sus inclinaciones humanas. Durante años, si hizo algún ejercicio físico, se limitó a pasear o a jugar a las bochas, acompañando a Mons. Escrivá.

Pero, cuando estudiaba en el Colegio del Pilar de Madrid —afirmaba José María Hernández de Garnica—, “en el equipo de fútbol de su clase era un defensa duro y noble, muy temido por los delanteros contrarios”. Y, quienes coincidieron en el Ejército, ya en 1939, recuerdan que le gustaba mucho montar a caballo. Le encantaba también el mar. En los años setenta, caminando a primera hora de una tarde festiva por el puerto de Avilés, nos gastó la broma de acercarse a un carguero, aparentemente abandonado, y subir de un salto a la cubierta. Estoy seguro de que, si le hubiéramos propuesto acudir a un lugar poco concurrido, se habría lanzado de buena gana a nadar en las aguas frescas del Cantábrico.

La primera vez que le vi con una raqueta de tenis en la mano —en 1976—, me llamó la atención su buen estilo: el modo de empuñarla, la amplitud de los movimientos del brazo antes de dar los golpes, la búsqueda del lugar apropiado para devolver la bola... Se notaba también la falta de práctica, después de tanto tiempo... Pero no había perdido el temple del buen deportista. Ciertamente, según pasaban los años, le costaría cada vez más el deporte y los paseos que le recomendaban los médicos: conmovía comprobar cómo luchaba, para realizar dignamente ese ejercicio físico, incluso cuando no le apetecía nada, o muy poco. Vencía la inercia con espíritu deportivo..., y lo ofrecía a Dios, mientras por fuera gastaba bromas a los acompañantes. Así lo vi, hasta su último verano, en 1993. Lo anoté, en concreto, un día nublado y frío, muy poco grato: a media mañana, el termómetro marcaba 13º. Después de la merienda, don Álvaro planteó si habría o no paseo vespertino:



Puerto de Avilés, verano de 1976: en un carguero aparentemente abandonado; a su izquierda, el autor de estas páginas.

Abajo, un paseo con don Javier Echevarría y don Joaquín Alonso.

“Lo que quiera el Padre”, contestó don Javier Echevarría, que acababa de ponerle unas gotas de colirio en los ojos, recién operados de cataratas. Don Álvaro respondió rápidamente:

“Podemos quedarnos aquí charlando”.

Don Javier repuso:

“Al Padre le conviene andar”.

Y don Álvaro replicó con el gesto de quien se siente *vendido*:

“Ah, bueno, eso es otra cosa”.

Otros días de ese verano de 1993, le salían espontáneamente expresiones para *defenderse*, cuando don Javier Echevarría o don Joaquín Alonso recordaban de modo impersonal la hora de cambiarse de ropa y ponerse en camino:

“Por mí no os privéis”.

O bien:

“Os perdono el paseo”.

Pero al final, en serio y en broma, don Álvaro atendía los consejos y cuidaba su forma física, necesaria para servir a los demás. Pero no dejaba de sentir en el fondo de su alma cierta pena ante la obsesión por el deporte y la salud —casi culto al bienestar corporal— que descubría en este tiempo nuestro.

Carlos del Portillo cuenta que, por los años treinta, su hermano Álvaro era muy aficionado a la fotografía. Describe cómo le hizo unas fotos, poniéndole en varias posiciones, mientras le insistía en que no se moviera: el resultado —bien sorprendente entonces para él— fue un positivo en que aparecía dándose la mano a sí mismo.

4. INGENIERO

Cuando era muy pequeño y le preguntaban qué quería ser de mayor, Álvaro contestaba que torero u obispo, para ir vestido de colores. Según publicó el profesor Manuel Guerra, en *Diario de Burgos*, 25-III-94, la balanza se inclinó en favor del toreo, justamente en la ciudad castellana. Siendo niño, disfrutó allí de unas vacaciones en casa de su tía. Un día —así se lo confió años después don Álvaro—, “desde la ventana de su casa en el Espolón, vio cómo era llevado, con escolta militar, el cadáver del arzobispo de Burgos. Al comprobar que los obispos también se mueren, quedó resuelto el dilema: ‘Seré torero’”.

Pasó el tiempo y, a los once o doce años, le empezó a rondar la idea de ser Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, o bien Licenciado en Filosofía y Letras. Atraía a su imaginación infantil la prosopopeya de esos títulos altisonantes. Alguna vez se planteó también la posibilidad de ser abogado, como su padre, pero pensaba que no se atrevería a hablar en público con soltura y desenfado.

A la hora de la verdad, se impuso el realismo. Cuando terminó el bachillerato en 1931, la situación económica familiar no era próspera. Por esto, aunque empezó enseguida a preparar el ingreso en dos Escuelas de Ingenieros —de Caminos y de Minas—, optó por seguir antes los estudios más breves de Ayudante de Obras Públicas. Ingresó en la Escuela en 1932, y obtuvo en enero de 1935 el título de Ayudante, que le permitió ganar pronto algún dinero. En aquella época, superar los exámenes de ingreso en las Escuelas Superiores suponía de ordinario varios años de esfuerzos muy intensos. Álvaro consiguió entrar en Caminos en 1933. Pero no empezó la carrera hasta el curso siguiente, porque las autoridades académicas no le autorizaron a simultanearla —al menos, 1.º—, con la de Ayudante. Decidió dar prioridad a esta carrera técnica de



RAMÓN PORTILLO Y PAREDO
MADRID 22-Y-112)

Conde de Aranda, 16

Ílmo. Sr. Dr. de la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos.
Presente.

Muy distinguido Director y Sr. mío;

De conformidad con lo que U. me dijo sobre incompatibilidad de estudios, tengo el gusto de dirigir a U. estas líneas rogándole me conceda la suspensión de los de Caminos por este curso, para dedicarme exclusivamente a los de Obras Públicas.

Respetuosamente queda suyo att^{to} D. g. e. i. m.

Alvaro Portillo

Carta manuscrita en la que solicita la suspensión de los estudios en la Escuela por consejo del director. Decidió aplazarlos un año para terminar los estudios de Obras Públicas.

grado medio, posponiendo provisionalmente los estudios de ingeniero superior. Por eso, en 1936, cuando estalló la guerra civil española, sólo había superado 1.º y 2.º (en los cursos académicos 1934-35 y 1935-36).

Desempeñó su primer empleo, como Ayudante de Obras Públicas, en la Jefatura de Puentes y Cimentaciones del Ministerio de Obras Públicas. De este modo, continuó la carrera de ingeniero mientras cobraba un sueldo, pues en ese organismo tenía horario de tarde. Cada mañana, desde su casa en Conde de Aranda, iba caminando por el Parque del Retiro —a la zona de la Escuela se entraba entonces desde la cuesta de Claudio Moyano—, rezando el rosario con toda tranquilidad. Al terminar las clases volvía con algunos compañeros. Con frecuencia, bajaba por la cuesta Moyano, donde se situaban las viejas casetas de librerías de lance: buena oportunidad para hojear y comprar obras de interés. Otras veces, repetía el camino de la mañana, y aprovechaba el trayecto para charlar, entre otros, con su amigo Francisco José, que vivía en Claudio Coello, más o menos a la altura de Maldonado. Según contaba don Álvaro en 1990, hablaba mucho de religión con él, pues, aunque era muy buen chico, se declaraba agnóstico, y no conseguía convencerle: **“Pinchaba en hueso”**, reconocía. Ya en Roma, no dejó de cartearse con él, y siempre incluía un **“Reza por mí”**. En las últimas cartas que envió a don Álvaro, su amigo reiteraba: “Estáte tranquilo, que sí, que rezamos por ti en esta casa”. Murió muy bien, después de recibir los sacramentos.

Tras el trágico paréntesis de la contienda civil, don Álvaro estudió con renovada intensidad. Según los planes especiales vigentes durante la inmediata postguerra, pudo hacer 3.º y 4.º en el curso 1939-40, aunque eran muchas las asignaturas, y terminó la carrera en 1941: ingresó en el Cuerpo de Caminos, Canales y Puertos, y fue destinado a la Comisaría del Ministerio de Obras Públicas en la cuenca del río Segura.



En la residencia de Ferraz, 1935.

A lo largo de los años, mantuvo el contacto con compañeros y profesores. En 1989 mencionó incidentalmente con gran cariño a otro de sus maestros en la Escuela de Caminos, el Prof. Mendizábal. Tenía la facilidad —casi convertida en hábito— de utilizar una tríada de adjetivos para toda descripción: así, “un roblón fuerte, robusto y esbelto” (el roblón es un tipo de clavija de hierro). Cuando recibieron la ordenación sacerdotal don Álvaro y don José Luis Múzquiz, les escribió una carta, que comenzaba: “Muy queridos compañeros, antiguos discípulos y presbíteros”...

Don Álvaro fue amigo de sus compañeros. Ricardo Castelo ha descrito la última vez que le vio, en enero de 1994. Ricardo estaba ingresado en la Clínica Universitaria de Navarra, y don Álvaro había acudido a Pamplona para presidir, como Gran Canciller de la Universidad, una ceremonia de investidura de

nuevos doctores *honoris causa*. Ricardo siguió el solemne acto académico a través del circuito cerrado de televisión instalado en la Clínica. Poco después, comentó al doctor que le atendía su ilusión por conversar con don Álvaro:

“Me contestó que le transmitiría ese deseo mío, y yo pensé que, quizá, al cabo de los días recibiría alguna nota suya disculpándose y con plena razón; porque estaba muy atareado y había mucha gente que deseaba verle”. Pero aquella misma jornada, a media tarde, don Álvaro fue a visitarle en la Clínica:

“Me impresionó que acudiera tan pronto, en un día tan ajetreado como el que había tenido, cuando debía estar tan cansado, sólo para charlar con un viejo amigo”.

La entrevista fue cordialísima. Don Álvaro le preguntó por otros alumnos de la Escuela, a los que no veía desde hacía tiempo. Al final, Ricardo le besó el anillo episcopal, y don Álvaro le dio un par de besos en las dos mejillas, mientras le decía:

“Tú te has despedido a la española, y yo me voy a despedir a la italiana”.

Don Álvaro consiguió una buena formación como ingeniero, y manifestó una clara ilusión profesional. Renunció a esa evidente inclinación humana, porque la correspondencia a la gracia de Dios le llevó por otros derroteros. Pero conservó el amor a su profesión civil: así, cuando se reformó la legislación universitaria española, y se introdujo el doctorado en las Escuelas Técnicas Superiores, se dictaron unas disposiciones transitorias en favor de los antiguos ingenieros; don Álvaro se acogió a esas normas, desde Roma, y se ocupó hacia 1965 de presentar un proyecto —versaba sobre la modernización de un puente metálico—, para obtener el grado de doctor-ingeniero.

Muchos años antes, el título de ingeniero de don Álvaro cumpliría una función que nadie hubiera podido imaginar. Lo

Con el uniforme
civil del cuerpo de
ingenieros.



relataba Cesare Cavalleri, director de la revista milanesa *Studi Cattolici*, en el diario *Avvenire*, el 24 de marzo de 1994: Álvaro llegó a Roma en 1943, enviado por el fundador del Opus Dei, para plantear en la Santa Sede el posible encuadramiento canónico de la nueva institución. Tenía 29 años. Acudió a la audiencia con Pío XII luciendo el vistoso uniforme de los ingenieros civiles españoles: azul marino, con botonaduras doradas y fajín morado a la cintura. Esa señal de deferencia hacia el Romano Pontífice disimulaba también su juventud, y mostraba el carácter plenamente laical de la Obra. Durante el trayecto en el tranvía, cazó al vuelo el diálogo entre dos personas, desconocedoras de aquellas galas:

“Parece imposible: tan joven y ya es almirante”.

Esos entorchados manifestaban el origen militar de los cuerpos de ingenieros al servicio de la Administración pública española. Al entrar al Vaticano por el *Portone di Bronzo*, el guardia suizo que estaba de plantón se sintió obligado a llamar a la guardia a formar; luego, el cabo se adelantó hacia la *autoridad militar* que llegaba, la saludó oportunamente y le dio la *novedad*. Álvaro, que no perdía el buen humor ni en circunstancias de máxima intensidad, no se inmutó: respondió al saludo, pasó revista al pelotón de guardia, y siguió adelante, como si fuera lo más normal del mundo. Lo recordaría algunas veces, con un punto de guasa.

Con los años, aun dedicado a tareas tan diversas, reaparecía por instantes su condición de ingeniero de caminos: cuando ponía ejemplos de obras públicas o embalses, cuando bromeaba con los *coeficientes de seguridad*, o cuando refería aspectos específicos de su profesión. Su formación básica resultaba patente en el orden y precisión de sus conceptos y expresiones, en sus hábitos intelectuales bien integrados en el hondón de la cultura humanística occidental, que pronto cultivaría también a fondo en sus estudios de Filosofía y Letras, y en su doctorado en Historia. Como declaró en 1994 Alejandro Llano, Rector de la Universidad de Navarra, “era la síntesis viviente de dos culturas: la humanística y la técnica. Fue una gran figura intelectual y universitaria”.

5. LA GUERRA DE ESPAÑA

Al estallar la contienda, vivía con sus padres y hermanos. Ramón, Pepe y Paco se refugiaron pronto en diversos lugares de Madrid. En cambio, Álvaro continuó en el domicilio paterno: allí regresó desde la Residencia de Ferraz la tarde del 19 de julio de 1936, por indicación expresa de san Josemaría. Dentro de las cautelas que exigía la prudencia, llevó vida bas-

tante normal, con su temple sereno y valiente. Salvo cuando lo impidieron circunstancias ineludibles, mantuvo un contacto habitual con el fundador y los demás miembros del Opus Dei que permanecían en la capital de España.

Pronto su padre fue detenido y encarcelado por sus conocidas creencias religiosas, y Álvaro pasó a ser jurídicamente desertor al dejar de alistarse cuando su reemplazo fue llamado a filas. Se trasladó entonces a un local de la Embajada de Finlandia, donde permaneció hasta los primeros días de diciembre de 1936, en que la legación fue asaltada por las milicias populares. Recluyeron a los refugiados en la cárcel instalada en el antiguo Colegio de San Antón. Cuando se enteró su madre, fue a visitarle, también para llevarle comida, nada fácil de conseguir en aquellos días. Nunca se la entregaron. Pasó, pues, mucha hambre y sufrió infinidad de humillaciones. Lo contaba —puntualiza su hermana Pilar— “con gran paz, sin rencor, pero con pena por aquellas personas que se habían dejado llevar por el odio”. Rara vez habló don Álvaro de ese período de su vida. Una de esas pocas ocasiones fue en Cebú, a finales de enero de 1987. Para subrayar la necesidad de amar y promover la paz, aludió incidentalmente a la persecución contra la Iglesia desencadenada en España durante la guerra civil:

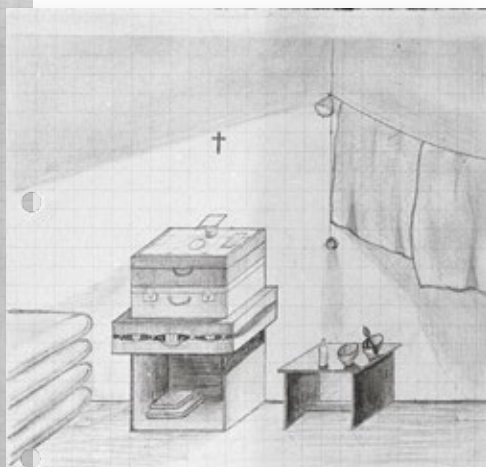
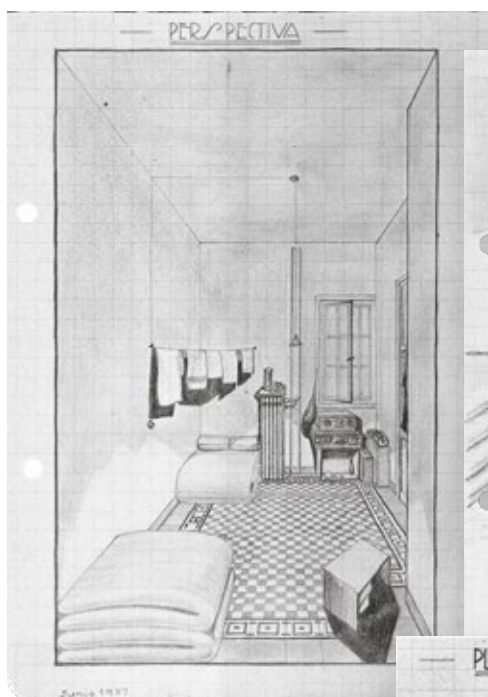
“Yo no había intervenido en ninguna actividad política, y no era sacerdote, ni religioso, ni seminarista, sino estudiante de Ingeniería; y me metieron en la cárcel, sólo por ser de familia católica. Entonces llevaba gafas, y alguna vez se me acercó uno de los guardias —le llamaban Petrof, un nombre ruso—, me ponía la pistola en la sien y decía: tú eres cura, porque llevas gafas. Podía haberme matado en cualquier momento”.

Álvaro continuó encarcelado hasta el 29 de enero de 1937. Lo dejaron en libertad al día siguiente de juzgarle. Como no

podía ser recibido en la Legación de México, donde estaban sus padres con los hermanos más pequeños, buscó otro refugio. Acabaría en el Consulado de Honduras, con el fundador y otros miembros del Opus Dei. No es necesario reiterar las privaciones y la dureza del encierro, compatible con el clima de paz, aprovechamiento del tiempo —allí comenzó a estudiar japonés, además de alemán— y espíritu sobrenatural que se palpaba en aquella pequeña habitación: esas escenas están descritas por los biógrafos de Mons. Escrivá de Balaguer, gracias también a los expresivos dibujos del propio Álvaro, que precisan la situación del cuarto durante el día, y la distribución de las colchonetas a la hora del descanso nocturno.

Uno de los momentos más duros para Álvaro en esta etapa fue la muerte de su padre. Habían detenido a don Ramón del Portillo en agosto de 1936, y sólo a comienzos de 1937 fue informada la familia de que estaba en la cárcel de San Antón. Había tanta gente —e incomunicada— que allí coincidieron padre e hijo bastante tiempo, sin llegar a verse. Cuando lo supo, doña Clementina se movió con la embajada de su país —México—, hasta que consiguió liberar a su marido.

Se refugió entonces en la Legación de México, con doña Clementina. Don Ramón llegó en una situación muy delicada de salud. El Dr. Calderín diagnosticó tuberculosis laríngea. A pesar del tratamiento, la enfermedad se fue agravando. A primeros de septiembre de 1937, la madre encargó a sus hijos Tere y Carlos que se lo comunicaran a Álvaro, escondido en el Consulado de Honduras. Él informó a don Josemaría Escrivá, que había dejado ya esa Legación y se movía con cierta libertad por Madrid, aunque su documentación no era del todo segura. El fundador del Opus Dei acudió enseguida a atender sacerdotalmente a don Ramón, y le administró la Unción y el Viático, antes de marcharse de Madrid a comienzos de octubre de ese año. Como es natural, Álvaro deseaba con toda el alma visitar a su padre, al que no veía desde agosto de 1936,



Dibujos del propio
 Álvaro de la habitación
 —“la galguera”—
 que ocupaban los
 seis refugiados en la
 Legación de Honduras.

pero no era prudente correr el riesgo de salir de su refugio sin tener la documentación en regla.

Cuando san Josemaría y algunos de la Obra marcharon a Burgos por los Pirineos, Álvaro continuó en el Consulado de Honduras. Con Vicente Rodríguez Casado —refugiado hasta entonces en la Legación de Noruega— y Eduardo Alastrué, hicieron diversos planes para dejar la capital. Informaban de todos los planes y gestiones a Isidoro Zorzano, que había quedado como director en Madrid al marchar el fundador. Cuando le planteaban la posibilidad de abandonar el Consulado, les contestaba negativamente. Hasta que un día —ya en 1938—, mientras rezaba mirando un pequeño crucifijo, que tenía en su despacho junto al Santísimo Sacramento, supo que se pasarían por el frente el día 12 de octubre. Cuando Isidoro recibió esa iluminación extraordinaria de Dios, se presentó en la Legación de Honduras, y les dio luz verde para salir, en cuanto se resolvieran favorablemente diversas gestiones.

Vicente, Eduardo y Álvaro se alistaron en la milicia, en días diferentes, y con nombres cambiados:

“Lo lógico hubiera sido que cada uno fuésemos a parar a un sitio diverso; pues nos mandaron al mismo regimiento, al mismo batallón, a la misma compañía y al mismo pelotón: ¡es increíble! Éramos dos cabos y un soldado raso. A mí me preguntaron: ¿sabes leer? Respondí: un poco. Y anotaron: semianalfabeto. Y me hicieron cabo; yo no tenía idea de nada, porque no había hecho aún el servicio militar. El mismo día en que llegamos al frente, nos pasamos al otro bando”.

Álvaro acabó destinado, con Vicente y Eduardo, en una compañía de la 21.^a Brigada, que salió de Madrid hacia el frente el 24 de agosto. Hasta el 12 de octubre se multiplicaron las peripecias, de las que Álvaro dejó constancia en una relación manuscrita que tituló *De Madrid a Burgos pasando*



Cantalojas, lugar al que llegaron Álvaro, Vicente y Eduardo en la mañana del 12 de octubre.

por Guadalajara. Allí escribía su recuerdo vivo de la salida de Madrid, con una frase muy expresiva de su actitud en aquellas circunstancias: **“A lo largo del camino, la gente hace mil cábalas sobre cuál será el punto de destino. ¿Levante, Extremadura, Guadalajara? Nosotros apenas intervenimos en la conversación. Nos tiene perfectamente sin cuidado, pues sabemos que, dondequiera que nos lleven, ése precisamente será el mejor punto que haya a lo largo de todo el frente para que nos pasemos”**.

En la madrugada del día 11, Álvaro, Vicente y Eduardo se escaparon, desde un punto próximo a Campillo de las Ranas. Alcanzaron la cresta del Ocejón y siguieron luego el cauce del río Sonsaz. Cruzaron después la vaguada del río Sorbe.



Una excursión al castillo de Manzanares (Madrid), cuando don Álvaro seguía movilizado a pesar de haber terminado la guerra civil: a la derecha, Ricardo Fernández de Vallespín y Francisco Botella.

Pernoctaron en una cueva. A la mañana siguiente, ascendieron a otra cresta. Desde las alturas, divisaron un pueblo, en el que sobresalía la torre de la iglesia: muy pronto, oyeron el repique de las campanas con el primer toque para la Misa de nueve en la Fiesta del Pilar: estaban en *zona nacional*, y el pueblo se llamaba Cantalojas. Asistieron a la Misa mayor, después de tanto tiempo de clandestinidad. Luego, comenzaron sus declaraciones ante la autoridad militar y, gracias a la intervención del padre de Vicente, coronel del ejército, el día 14 por la noche llegaron a Burgos.

Pasó allí unas semanas junto al Fundador del Opus Dei, a la espera de recibir un destino militar. El 10 de noviembre se incorporó a la Academia de alféreces provisionales del arma

de Ingenieros, instalada en Fuentes Blancas, a pocos kilómetros. En los primeros días de enero de 1939 fue destinado a Cigales, cerca de Valladolid. La misión del Regimiento era restaurar puentes destruidos durante la contienda. Allí enviaron también a Vicente Rodríguez Casado. A esa pequeña población castellana acudió en algunas ocasiones don Josemaría Escrivá de Balaguer para visitar a los dos: la primera, el 13 de enero de 1939, en viaje de ida y vuelta en el día. Otras veces, Álvaro se acercaba a caballo hasta Valladolid, para estar con el fundador.

Al terminar la guerra, Álvaro continuó movilizado, como tantos otros. Fue destinado a Figueras, y luego a Olot, cerca de la frontera con Francia. La misión de su Regimiento seguía siendo la reparación de las comunicaciones por carretera: sólo en Cataluña se habían volado más de mil puentes durante la contienda. Allí cumplía sus deberes militares, sin descuidar las prácticas de piedad ni el cultivo de la amistad con sus compañeros. En los ratos libres, iba con sus amigos a visitar enfermos en los hospitales. En cuanto gozaba de permiso, acudía a ver a san Josemaría, buscándole en la ciudad en que estuviera. No le importaban las horas de viaje, con las dificultades y las incomodidades propias de la posguerra.

Un día de 1939, en la recién instalada Residencia de Jenner —por tanto, no antes de la segunda quincena de julio—, el Señor hizo saber a don Josemaría Escrivá que un hijo suyo atravesaba una situación humana difícil: externa, no interior. Aunque se encontraba con los demás en una tertulia familiar, se interrumpió para pedir que rezaran con mucha fuerza una oración mariana —el *Acordaos*, de san Bernardo— por aquel que en aquellos momentos lo necesitaba de modo especial. El suceso quedó reflejado en *Surco*, 472: “Comunión de los Santos: bien la experimentó aquel joven ingeniero cuando afirmaba: ‘Padre, tal día, a tal hora, estaba usted pidiendo por mí’”. Desde entonces, se introdujo en el Opus Dei la cos-

tumbre de rezar esa plegaria a diario por el miembro de la Obra que más lo necesite.

Alguna vez preguntaron a don Álvaro cómo había nacido esa costumbre. Sus respuestas solían ser lacónicas y más bien evasivas. Se comprende, porque el protagonista había sido él. En todo caso, aludía al suceso en tercera persona, para dar testimonio de los dones sobrenaturales del fundador, que “veía” situaciones que estaban ocurriendo en sitios lejanos. Así lo relataba a Cesare Cavalleri en *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*:

“También por aquella época [1939], sucedió que unas chicas insidiaban a un miembro de la Obra. Pronto supimos que precisamente el día en que intentaban ponerle en un compromiso, nuestro fundador se encontraba con unos hijos suyos y de repente exclamó: ‘En este momento un hermano vuestro necesita mucha ayuda. Vamos a rezar un *Memorare* por él’. Debo precisar que la persona interesada no había tenido tiempo de informarle de nada. El peligro se desvaneció al instante”. No he conseguido averiguar con precisión de qué riesgo se trataba. Según contaba Fernando Delapiente, la tropa se alojaba en un antiguo convento de Olot, pero los oficiales vivían en casas particulares. A Álvaro le asignaron a la de una señora mayor, que tenía una hija soltera. Pero — así lo comentó a Fernando — pensaba marcharse de allí cuanto antes, pues no le gustaba nada que, cuando llegaba de noche, cansado, le estaban esperando, con ganas de charlar alrededor de unas tazas de chocolate. A la vuelta de un permiso, se cambió a otra casa, en la que vivían Eduardo Alastrué y Vicente Rodríguez Casado.

No mucho después, Álvaro se trasladó definitivamente a Madrid, dispuesto a ayudar con todas sus fuerzas al fundador, mientras acababa la carrera de ingeniero.

6. DE TAL PALO, TAL ASILLA

Mientras terminaba sus interrumpidos estudios de ingeniero de caminos, ayudó activamente en la dirección y el impulso de las actividades apostólicas, en Madrid y en diversas capitales españolas. Participó a fondo en la formación de las personas que se incorporaban a la Obra en buen número. Además, en medio de tantos estudiantes, era uno de los pocos que podía conseguir con su trabajo profesional los medios económicos indispensables en cualquier empresa apostólica. Y, por si no era suficiente, pronto se desataría una encarnizada campaña de calumnias contra el Opus Dei y su fundador, que hizo más urgente disponer de un cauce canónico para la Obra. En esos años intensísimos, san Josemaría recibió de Álvaro un apoyo sin fisuras: fue sillar, *saxum*, roca.

Dios lo quiso así: inicialmente el fundador no había pensado en él, sino en otro. Pero comentaba a veces, en ausencia de don Álvaro, que se lo *encontró*. Y, con su respuesta afirmativa permanente, se mostró la persona capaz de intuir, abordar y resolver los asuntos más delicados o difíciles en plena sintonía con Mons. Escrivá. De hecho, comenzó a llamarle *saxum*, término que aparece ya en una carta fechada en Burgos el 23 de marzo de 1939, cincuenta y cinco años exactos antes del fallecimiento de don Álvaro:

“Jesús te me guarde, *Saxum*.

“Y sí que lo eres. Veo que el Señor te presta fortaleza, y hace operativa mi palabra: *saxum*! Agradéceselo y séle fiel, a pesar de... tantas cosas (...) ¡Si vieras, qué ganas más grandes tengo de ser santo, y de haceros santos!”.

En otra carta, del 18 de mayo siguiente, cuando Álvaro tenía veinticinco años, el fundador le aplicaba estas bellas y poéticas palabras: “*Saxum*!: ¡qué blanco veo el camino —lar-go— que te queda por recorrer! Blanco y lleno, como campo

laxum! ¡¡ qué blan-
 co veo el camino — lar-
 go — que te queda por³
 recorrer! Blanco y lle-
 no, como campo cua-
 jado. ¡Bendita fecundí-
 dad de apóstol, más
 hermosa que toda
 las hermosuras de
 la tierra! laxum!

cuajado. ¡Bendita fecundidad de apóstol, más hermosa que todas las hermosuras de la tierra! Saxum!”.

Don Álvaro fue un interlocutor cualificado, auténtica *roca*, fundamento fuerte que sirvió de apoyo al fundador del Opus Dei en circunstancias ordinarias y en hitos cruciales del camino teológico y jurídico. Mons. Escrivá de Balaguer subrayó algunas veces, cuando no estaba presente don Álvaro, que había “sabido sacrificar con una sonrisa todo lo suyo personal; muchas veces ha sido heroico, muchas; con un heroísmo que parece cosa ordinaria”. Expresamente lo reconocía el 14 de noviembre de 1972, en La Lloma (cerca de Valencia):

“Don Álvaro es un hijo fidelísimo, como vosotros. Don Álvaro ha puesto muchas veces las espaldas para que no me



Con algunos compañeros de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

dieran a mí, y él ha recibido con una sonrisa los palos, las injurias, incluso recientemente...”

En enero de 1948, acompañó al fundador en el primer viaje al Santuario de Loreto. Después de rezar en la Santa Casa, Mons. Escrivá de Balaguer le preguntó:

“¿Qué has dicho a la Virgen?”

Don Álvaro contestó con un deje de pillería:

“¿Quiere que se lo diga?”

Ante la insistencia, explicó:

“Pues le he repetido lo de siempre, pero como si fuera la primera vez. Le he dicho: te pido lo que te pida el Padre”.

En los años cuarenta, el trabajo apostólico fue intenso. Don Álvaro y los demás de la Obra hacían viajes por las principales capitales españolas, limitados por las dificultades de

carreteras y vías férreas tan malparadas tras el conflicto bélico. Así, en los primeros días de junio de 1939, don Álvaro acudió a Valencia. El 28 de diciembre estaba en Zaragoza, desde donde marchó a Barcelona y luego a Valencia. De nuevo estará en Zaragoza el 18 y el 25 de febrero, el 3 y el 29 de marzo de 1940; en esta última ocasión, continúa luego con el fundador a Barcelona y Valencia, como también, luego, el 12 de mayo, aunque el 14 están otra vez en Zaragoza. En el primer viaje a Barcelona, busca a Rafael Termes, antiguo compañero del cursillo de alférez provisional en Burgos, y charla detenidamente con Alfonso Balcells, al que había conocido meses antes en Burjasot. Los dos, Rafael y Alfonso, pedirían después la admisión en el Opus Dei. El 29 de junio llega de nuevo a Barcelona, con José Luis Múzquiz: en esa fecha ya se ha alquilado el pisito —*El Palau*— que acogerá al primer Centro del Opus Dei en la ciudad condal.

En los relatos disponibles, los protagonistas subrayan sobre todo —no podía ser de otra manera— la impresión profunda que les causó san Josemaría. Álvaro, como otros miembros antiguos de la Obra, queda en segundo plano. Pero su acción era también decisiva, como recuerda Teodoro Ruiz, que charló por vez primera con el fundador en Valladolid durante un viaje en enero de 1940:

“Cuando volví de traer a un amigo, estaba don Álvaro hablando con detalle de la vida de piedad que se vivía en esa labor de apostolado, insistiendo en el trato con Dios a través de la oración y de los sacramentos. Una vida espiritual intensa, pero procurando no hacer cosas raras, sin llamar la atención, sin ostentaciones. Una piedad sólida, pero evitando actuar cara al exterior. Que esto lo aconsejara un sacerdote, ya era una novedad; pero que lo dijera un señor normal y corriente que estaba acabando Ingeniería de Caminos —en España, por entonces, era la aristocracia universitaria—, le hacía ir a

Poco tiempo antes
de su ordenación
sacerdotal.



uno de sorpresa en sorpresa”. Desde luego, se movía así por la enseñanza y el ejemplo recibidos de san Josemaría, pero resultaba admirable la profundidad con que los había asimilado.

Desde su nombramiento como Secretario General del Opus Dei en octubre de 1939, don Álvaro fue el principal apoyo para el fundador, también cuando se desató la *contradicción de los buenos*. En el alma de don Álvaro se grabó a fuego desde el comienzo una idea central de san Josemaría: “Si el Opus Dei no es para servir a la Iglesia, que sea destruido, que desaparezca”. Y convirtió su existencia en un *crescendo* de amor y servicio a la Iglesia y a la Obra. Desde esa perspectiva radical, cumplió infinidad de encargos del fundador, ante los Obispos españoles —incluso siendo aún seglar—, y se ganó su amistad y afecto.

En aquellos tiempos difíciles, quedó *vacunado* contra los desánimos. Y a lo largo de toda su vida, propuso el ejemplo claro del fundador, que superó, ya en los años treinta, adversidades mucho mayores que las que en ningún sitio se pudieron presentar después. En ese contexto, empleaba una metáfora tomada de las matemáticas:

“Siempre os planteo la misma ecuación: a mayor dificultad, más gracia de Dios. El cociente de esta división es la buena voluntad, y ésa sí que tenemos que darla entera”.

Pero don Álvaro rara vez hablaba de esos problemas, y menos aún de la *contradicción de los buenos*, a pesar de la reacción heroica de san Josemaría; aunque me hacía considerar —ya en 1976— que los miembros del Opus Dei tenían el derecho —y la obligación— de conocer lo sucedido, porque era carne de la carne, vida de la vida, del fundador. Desde que comenzó la *contradicción*, Mons. Escrivá indicó a los miembros de la Obra que no comentasen entre ellos las insidias para que, ni por asomo, ni de lejos, pudieran faltar a la caridad mínimamente. Pero para don Álvaro eso no justificaría en el futuro estudiar o juzgar esos sucesos con la *frialidad* de quien analiza un mero hecho histórico ajeno, que no compromete la propia vida.

Supo combinar la energía de espíritu y la suavidad en el corazón, como expresaba en 1944 Mons. Leopoldo Eijo y Garay, el día de la ordenación sacerdotal de don Álvaro. Estaba muy contento. Incidentalmente, recordó la contradicción que la Obra había sufrido, como “señal de predilección divina que el Señor había permitido para sacar mucho bien”. Y, a este propósito contó una conversación con don Álvaro tiempo atrás. Había surgido un asunto difícil y delicado, y el fundador se encontraba fuera de Madrid. Álvaro le llamó por teléfono para informarle, y san Josemaría le dijo que hablara con don Leopoldo e hiciera lo que le indicase. Le expuso

el caso sin pasión, objetivamente, sin rencor, según rememoraba el obispo de Madrid. Durante aquella entrevista, don Leopoldo expresó su temor de que algunos más jóvenes pudieran reaccionar con enfados poco sobrenaturales. Pero se quedó completamente tranquilo cuando Álvaro le manifestó:

“No se preocupe, Sr. Obispo. Nosotros vemos que esto es algo que permite Dios para que, con el sacrificio que nos manda, seamos mejores; y estamos contentos porque cuando un buen cirujano quiere hacer una buena operación, escoge un buen instrumento; y el Señor ha querido utilizar un bisturí de platino para esta contradicción”.

“He de reconocer —concluía don Leopoldo— que me impresionó esta contestación. De forma que el que debía dar ánimos y consejo, fue el que recibió una lección y quedó confortado”.

Don Álvaro aclaró que esa frase se la había oído muchas veces al fundador, y el Obispo insistió:

“Más mérito aún, pues se ve que había aprendido muy bien el espíritu del Padre, y es de buenos hijos seguir las consignas y orientaciones del propio Padre; ¡de tal palo tal astilla!”.

7. SACERDOTE

En 1940, por indicación del fundador del Opus Dei, Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz se dispusieron a avanzar en los estudios eclesiásticos requeridos para el sacerdocio, sin abandonar el trabajo profesional ni tantas tareas apostólicas. Lo explicaba don Álvaro años después:

“¡Todo fue muy sencillo! No hay nada barroco en la Obra. Nuestro Padre sabía perfectamente que podía disponer de nosotros, y nosotros respondimos libremente, sin ninguna coacción”.

José Luis Múzquiz,
José María Hernández Garnica
y Álvaro del Portillo, junto a Mons Escrivá.



Los tres primeros sacerdotes recibieron la ordenación de presbíteros en la capilla del palacio episcopal (hoy arzobispal) de Madrid. Esa capilla estaba presidida por un retablo compuesto de tablas flamencas de Juan de Borgoña (siglo XV), que reorganizó el sacerdote y escultor Félix Granda a finales del XIX. Este retablo enmarca en la actualidad a la Virgen de la Almudena en la catedral de Madrid.



Dos momentos del día de la ordenación sacerdotal de los tres primeros miembros del Opus Dei.

Recordé esta explicación al conocer una escena relatada por Encarnación Ortega. Cuando Mons. Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, supo que Álvaro iba a recibir la ordenación sacerdotal, le preguntó:

“Álvaro, ¿te das cuenta de que vas a perder personalidad? Ahora eres un ingeniero prestigioso, y después vas a ser un cura más”.

A don Leopoldo le conmovió la respuesta:

“Señor Obispo, la personalidad hace muchos años que se la he regalado a Jesucristo”.

Tras recibir la oportuna preparación, Mons. Leopoldo Eijo y Garay ofició la ordenación de presbíteros el 25 de junio de 1944, en la capilla del palacio episcopal. Con los años, el retablo de esta capilla se trasladaría a la Almudena, la nueva catedral de Madrid, para enmarcar la talla de la Patrona de la diócesis.

Don Álvaro celebró la primera Misa solemne el 28 de junio de 1944, en la capilla del Colegio del Pilar. Le asistieron dos religiosos, el P. José Manuel de Aguilar, dominico, y el propio director del Colegio, P. Florentino Fernández. Desde entonces, en el ambiente familiar y entre los amigos, se grabó la sencillez y piedad con que don Álvaro celebraba el Sacrificio Eucarístico. Carlos del Portillo cuenta una anécdota expresiva. Don Álvaro fue a decir Misa alguna vez en el oratorio privado de sus tías Pilar y Carmen. La portera de la casa, Elvira, pedía permiso para asistir. Un día les confió:

“Es que el señorito Álvaro... ¡dice la Misa tan *perfeccionada*!”

He participado muchas veces en la Misa celebrada por don Álvaro. Su atención y pausa denotaban que saboreaba el valor infinito del Sacrificio Eucarístico, **“prodigio inefable que la Omnipotencia de Dios renueva cada día”**, sintetizaba. Nunca denotaba prisas, ni siquiera cuando la hora era tem-

prana, porque comenzaba un largo viaje. Cuidaba amorosamente los detalles. Vivía a fondo las *cuatro cuentas* de la Misa: adoración y gratitud, desagravio y súplica. Y se *metía* de lleno en los textos litúrgicos. De hecho, aludía muchas veces a las lecturas o a las oraciones del día, a pasajes que habían golpeado especialmente su alma.

Por encima de todo, me impresionaba la intensidad al consagrar: la pausada pronunciación de las palabras, natural y solemne a la vez; la elevación del Cuerpo y de la Sangre, con la mirada fija en las Especies Eucarísticas, mientras alargaba al máximo los brazos —mi sensación personal era como de unión del cielo y de la tierra casi física en ese instante inefable—; la detenida genuflexión, según el antiguo consejo de san Josemaría. Y, al terminar, me conmovía la amplísima bendición: llevaba su mano derecha muy alto y hasta abajo, y a izquierda y derecha; su gesto reflejaba que bendecía al mundo entero, y no sólo a las personas que estábamos presentes.

Dentro de la habitual sobriedad de su lenguaje, las palabras de don Álvaro alcanzaban mayor expresividad cuando hablaba de la Eucaristía. Valga como botón de muestra su respuesta en el auditorium de la Universidad de Montreal en 1988:

“Dios es infinitamente poderoso, infinitamente bello. No podemos imaginar cómo es. La música más dulce, la sinfonía más maravillosa, los colores más increíblemente bellos, todo el mundo, y el universo entero es nada a su lado. Y ese Dios infinitamente grande, infinitamente poderoso, infinitamente hermoso, se oculta bajo la apariencia de pan, para que nosotros podamos acercarnos a Él con confianza”.

Desde su ordenación, don Álvaro fue un apoyo aún más firme —cabría decir— para el fundador del Opus Dei. La ava-



Don Álvaro imparte la bendición a san Josemaría en el oratorio del centro de la calle Villanueva, el día siguiente a su ordenación, 26 de junio de 1944.

lancha arrolladora de dones sobrenaturales que Dios otorgaba a san Josemaría exigía a su lado —por expresarlo así— un sacerdote inteligente y humilde, que pudiera acompañarle con verdadera proximidad. El fundador debía discernir y confirmar los senderos que el Espíritu Santo abría en su alma ardorosa y vibrante, distinguiendo, si era el caso, entre lo que pertenecía a sus luchas interiores y lo que correspondía a la fundación. Realmente, sólo marchó adelante más tranquilo, cuando comenzó a abrir su alma a don Álvaro, primero como colaborador inmediato, ahora también como confesor.

A pesar de la claridad que mediaba entre el fundador y don Álvaro, la primera confesión dio origen a una de las pocas escenas de su vida en que aparece un punto de nerviosismo. Lo relató públicamente en diversas ocasiones Mons. Escrivá de Balaguer: el 26 de junio de 1944, al día siguiente de la ordenación de don Álvaro, estaban ambos en el Centro de la calle Villanueva (Madrid), y le preguntó si había confesado ya a alguien. Al responderle que no, le confió que deseaba hacer confesión general con él. Apenas comenzada, don Álvaro sintió la preocupación de no olvidarse de la fórmula de la absolución: aunque la sabía de memoria, no la había impartido sacramentalmente aún nunca. En cuanto san Josemaría acabó de hablar, don Álvaro empezó a recitar las palabras absolutorias, y el fundador le interrumpió:

“Comprendo, hijo mío, que no quieras darme ningún consejo, pero por lo menos me tienes que imponer la penitencia”.

Así lo hizo don Álvaro, pero, cuando fue a comenzar las palabras de la absolución, se le olvidó la fórmula. Tuvo que ir diciéndosela el fundador.

El alma sacerdotal de don Álvaro se expresaría también desde entonces en su pasión por el sacramento de la penitencia. Muchas veces utilizó la metáfora de la página o del libro abierto, que es preciso colmar de amor de Dios, sin dejar espacio al desaliento aunque se sienta el peso de tantas limitaciones personales:

“Una buena meta para este año —aconsejaba en Roma el día primero de 1980—, será rellenar este libro en blanco, que hoy se abre, con el primor y la delicadeza que se ponía en la Edad Media para miniar aquellos pergaminos, que son una preciosidad, haciendo una caligrafía perfecta, sin borrones. Y como habrá manchas —porque todos tenemos la naturaleza caída, y estamos llenos de miserias—, que no nos falte la valentía de reconocerlas como tales, para su-

primirlas. ¿Y cómo las borraremos? Con la humildad y acudiendo al Sacramento de la Penitencia”.

Don Álvaro, imitando también en esto a san Josemaría, esperaba de los fieles del Opus Dei que llevaran muchas almas a la confesión. Nos urgía: **“Dios da los carismas para emplearlos; no sólo para el provecho propio, sino para bien de los demás”.** La conclusión se imponía:

“Llevad mucha gente al Sacramento de la Penitencia. Y para eso, lo primero, hijos míos, es confesarnos bien nosotros mismos”.

Al recibir la ordenación, don Álvaro abandonó su actividad profesional civil, y se dedicó por completo al ejercicio del ministerio sacerdotal, sin dejar lógicamente —es más: aumentándolas— las tareas relativas a la dirección del Opus Dei.

El alma sacerdotal de don Álvaro le llevaba también a vivir las exigencias de la justicia. Muchas veces le he oído subrayar la necesidad ineludible de esa virtud para la convivencia pacífica. No se refería sólo a las cuestiones englobadas en torno a la doctrina social de la Iglesia. Su intenso deseo de una paz equitativa se anclaba en el mensaje central de Cristo, **“que vino a traer al mundo, no el odio ni la lucha de clases, sino el amor”.** Tenía que ver con la lucha personal por santificar el propio trabajo, llenándolo de contenido ético y de espíritu de servicio a cada persona y a toda la sociedad. De ahí surgirían también infinidad de iniciativas, que promovían directamente condiciones de vida humanas y dignas entre las gentes más desfavorecidas en tantos países del mundo.

Recomendaba, en primer lugar, poner los medios sobrenaturales: la oración y la mortificación; y, luego, hablar, procurar entenderse con todos, aprender a comprender a los demás. Repetía un ejemplo gráfico del fundador del Opus Dei: tantas veces, en estos campos, lo que para uno es convexo para otro es cóncavo. Se puede y se debe transigir, buscar

una solución común, escuchando y sopesando las razones de otras personas. A veces, aducía la proverbial capacidad de los italianos para buscar fórmulas de entendimiento. Desde luego, no se podía transigir en cuestiones del dogma católico, o cuando están en juego derechos inviolables de la Iglesia o de la persona... Pero, en otras cosas, sí. Esa firmeza constituía la mejor salvaguardia de una amplísima libertad.

Para los que se dedicaban a la política, evocaba un antiguo consejo sacerdotal de san Josemaría Escrivá: *vivir el signo más*, no chocar con los demás, no hacer que los demás se aparten, buscar lo que une y no lo que separa. Además, el signo más es el signo de la cruz: supone mortificación, sacrificio, paciencia.

El amor a la libertad fue un rasgo dominante de la personalidad humana y del alma sacerdotal de don Álvaro. Se emocionaba ante el albedrío, don de Dios, privilegio del hombre, que aletea en todos los misterios de la fe, sin desconocer su claroscuro. No dejó de aludir con realismo a tristes voceríos que conducen a trágicas servidumbres. Dirigió el Opus Dei con prudentes normas pastorales. Pero, lejos de todo pesimismo antropológico, manifestaba su amor a la espontaneidad personal, convencido de que la comprensión y la confianza fundamentan una convivencia armónica, plural, plena de libertades. En 1980, al responder a una pregunta sobre dificultades reales para promover centros docentes en un país desarrollado, señalaba:

“El diablo tiene dos grandes aliados: uno, la ignorancia; otro, la falta de libertad”.

8. EN ROMA

La identificación de don Álvaro con el fundador del Opus Dei fue tan evidente como su afán de pasar inadvertido, mientras le ayudaba delicadamente y con fortaleza. Lo hacía con una finura



Don Álvaro, junto a don José Luis Múzquiz, el cardenal Cerejeira (patriarca de Lisboa) y san Josemaría. Terraza de la primera sede del Opus Dei de Roma, en la Piazza della Città Leonina, el 25 de junio de 1947.

exquisita. Pero le correspondió por muchas razones —enviado por don Josemaría Escrivá— dar el primer paso en la ejecución de trabajos, o llevar un buen peso en asuntos decisivos para la Obra, especialmente desde su primer viaje a Roma en 1943.

Don Álvaro aplicaba a sus relaciones con san Josemaría una frase típica del lenguaje castrense: “por el conducto reglamentario”. La seguía incluso en detalles pequeños de la vida ordinaria, aunque Mons. Escrivá de Balaguer le recordaba que no debía imitarle a él, sino a Jesucristo. A la vez, vivía con iniciativa su fidelidad al fundador, aunque permaneciera en un segundo plano. Así sucedió cuando Mons. Escrivá de Balaguer celebró sus bodas de plata sacerdotales, en 1950. Don Álvaro sugirió poner en Villa Tevere una lápida, de acuer-



San Josemaría coloca unos burritos en las manos de don Álvaro. Fotografía de 1948.

do con arraigadas costumbres romanas. Pero no había forma de convencerle, hasta que se le ocurrió este argumento:

“Padre, estamos en Roma, y en Roma se suelen colocar lápidas para conmemorar acontecimientos. Si nosotros no ponemos esa lápida, los que vengan después dirán que éramos tontos o que no le queríamos. Y las dos cosas son injustas: quererle, le queremos; y tontos..., lo seremos, pero no tanto”.

Mons. Escrivá se *rindió*:

“Bueno, haced lo que queráis; pero con una condición: que encima pongáis un borriquito”.

Don Álvaro redactó el texto de la lápida, que se instaló en una galería de Villa Tevere, con un jumento arriba. En el



Viajar por Europa en coche podía ser toda una aventura.

fondo, *se aprovechó* del profundo sentido de la justicia del fundador. Años después, aplicaría el mismo argumento para lograr su anuencia ante la posibilidad de filmar y grabar en vídeo diversos aspectos de su predicación por tantos países del mundo. Realmente, fue una iniciativa que nunca agradecerán bastante a don Álvaro las futuras generaciones.

También se quedaba en un segundo plano —aunque era protagonista— cuando hablaba de los trabajos para conseguir y empezar la adaptación de Villa Tevere para sede central del Opus Dei. Don Álvaro mencionaba el consejo que había dado al fundador Mons. Montini —futuro Pablo VI—, la fe gigante de Mons. Escrivá a pesar de la falta de medios, la oración continua y confiada de los miembros de la Obra.

Como si él no hubiera hecho posible la solución del importante problema económico que suponía la adquisición de la parcela y la remodelación de los edificios.

Sobrellevó con sentido sobrenatural y corazón humano el fallecimiento de su madre, doña Clementina. La muerte le sorprendió de improviso, el 10 de marzo de 1955 en Madrid, cuando acababa unos ejercicios espirituales en la iglesia de San Manuel y San Benito. El último día, por la mañana, llegó a casa muy contenta: había oído Misa y había hecho confesión general de su vida. Durante el desayuno, sufrió un derrame cerebral, del que no se recuperó, a pesar de ponerse todos los medios. Murió por la noche, con gran paz.

Enviaron un telegrama a Roma. Mons. Escrivá indicó a Álvaro que estudiase la posibilidad de salir enseguida para Madrid. Han pasado más de sesenta años, y no es fácil imaginar las dificultades que presentaban entonces las comunicaciones. Pero lo cierto es que don Álvaro no habría podido llegar a la capital de España hasta tres o cuatro días después. Por eso —como escribió a sus hermanos—, **“hube de ofrecer a Dios la pena de no poder dar un último beso a nuestra madre, y a vosotros un abrazo”**. Estuvo siempre convencido de que su madre *salió ganando* con el ofrecimiento a Dios de ese sacrificio personal suyo.

Celebró la Misa a las siete y cuarto del día 11: **“Jamás he rezado con mayor devoción, y nunca me han dado más paz las palabras de la liturgia: *vita mutatur, non tollitur*”**, confiaba a sus hermanos. En su carta, recordaba la santidad de vida de su buena madre, y añadía: **“Por esto, podemos estar bien ciertos de que ya ha recibido su premio: el Señor me da una seguridad que es casi más física que moral, de que mamá está ya en el Cielo. Y esta seguridad lleva consigo una paz profunda, en medio del dolor. Si no fueran palabras raras, diría que da alegría, en medio de la tristeza. Pero la tristeza**

es bien grande: no por mamá, sino por mí; por todo lo que no hice, de bueno; y por todo lo que haya hecho, de malo. Por todo esto pido perdón a Dios, a mamá y a vosotros: por mis faltas en relación con mamá”.

Aquellos años en Roma fueron muy duros para el fundador y para don Álvaro, que llevaban el peso de la *batalla* jurídica, y de la expansión de la Obra, en medio de dificultades sin cuento. No se le dispensaron tampoco las dolencias físicas, ni siquiera durante los días en que debió colaborar en tantas gestiones para encarrilar la aprobación canónica del Opus Dei, y resolver las constantes y serias penurias económicas. Nunca aflojó su ánimo, pero a veces el cuerpo no resistía y don Álvaro caía enfermo. San Josemaría comentaba unos años más tarde que la *medicina* que verdaderamente necesitaba eran “dos cataplasmas de un millón de dólares, una en cada riñón”.

Aunque tuviera que guardar cama, por la fiebre, don Álvaro no perdía la sonrisa, y trataba con gratitud y cariño a quienes acudían a acompañarle: una vez —cuenta Francisco Monzó—, “hasta se incorporó en la cama para enseñarme a manejar todas las posibilidades de una regla de cálculo que sobresalía del bolsillo de mi chaqueta: para que me fuera más llevadero el control de la contabilidad de las obras. Y lo hizo con un buen humor, una ironía cariñosa y una alegría que daban la impresión de que gozaba de excelente salud”.

En febrero de 1950 se le agudizaron las molestias que sufría desde años atrás en el hígado y el apéndice. Le visitó el profesor Faelli, quien concluyó que debía ser operado urgentemente de apendicitis. Según recuerda Juan Masiá, la operación salió bien, pero los efectos de la anestesia se dejaron sentir. Unos días después de la intervención quirúrgica, Juan acompañó a san Josemaría al hospital. Estaban solos en la habitación, y don Álvaro deliraba, bajo los efectos de los sedantes o de la fiebre. Repetía continuamente:

“Yo quiero trabajar junto al Padre, con todas mis fuerzas, hasta el fin de mi vida”.

San Josemaría y Juan, con lágrimas en los ojos, volvieron a casa en silencio después de estar un buen rato junto al enfermo.

A comienzos de 1959 sufrió otra importante intervención quirúrgica, con un postoperatorio complicado y lento. El 2 de febrero, seguía en el hospital, y Mons. Escrivá de Balaguer fue a Villa Sacchetti, y encendió allí una vela en la llamada Galleria de la Madonna. Habló entonces a sus hijas de lo que significaba don Álvaro para la Obra, les urgió a rezar con intensidad por su pronta recuperación, y les encargó que, cuando se consumiera aquella vela, encendieran ellas otra, y así hasta que don Álvaro estuviera de nuevo en Villa Tevere.

En 1973 se abatiría sobre don Álvaro el zarpazo de otra seria dolencia. Sucedió durante el verano, mientras acompañaba al fundador en una casita alquilada en Civenna, cerca de Lecco, a unos cuatro kilómetros de Suiza. Tras una mala noche dando vueltas en la cama, no se dispensó del paseo matutino —san Josemaría necesitaba hacer ejercicio—, aunque se le iba viendo muy pálido y destemplado. Fue el comienzo de unas fiebres altísimas, que le hacían sudar a chorros. Le oí comentar años después que empapaba no sólo las sábanas, sino hasta el colchón. Acudió enseguida el médico que solía atenderle en Roma, pues pasaba aquellos días en Castello di Urio, un lugar relativamente cercano. Diagnosticó una infección renal, y sugirió que, en cuanto estuviera restablecido de las fiebres, don Álvaro fuese a la consulta del doctor José María Gil Vernet en Barcelona, para decidir si era precisa una nueva intervención quirúrgica. Así fue efectivamente, y don Álvaro sufrió otra operación, esta vez en la Clínica San José de la Ciudad Condal.

Alfonso Balcells, catedrático de Patología General en la Universidad de Barcelona, estuvo presente en el quirófano y en los días del postoperatorio:



Con el papa Juan XXIII y Mons. Escrivá el 5 de marzo de 1960.

“Me impresionó —evoca al cabo del tiempo— la tranquilidad y el sosiego, sin la menor ansiedad y sin siquiera nerviosismo durante aquellos días. No se quejó de molestia alguna”.

9. DE PÍO XII A JUAN PABLO I

Don Álvaro recordaba emocionado el 4 de junio de 1943, en que fue recibido en audiencia por el Papa Pío XII durante cerca de tres cuartos de hora. Al Santo Padre también se le quedó grabada la imagen del joven ingeniero español que le hablaba de nuevos caminos para alcanzar la santidad en medio del mundo. No le había olvidado el 3 de abril de 1946, cuando

le concedió una segunda audiencia, ya ordenado sacerdote. Ni tampoco en 1950, al recibir a la madre de don Álvaro, que acudió a Roma con motivo del Año Santo. Pío XII le saludó, según recuerda su hermano Carlos, con un cariñoso:

“¡Hola, ingeniero!”

Pío XII falleció el 9 de octubre de 1958, y el 28 de ese mes fue elegido Juan XXIII. Desde el comienzo del pontificado, mantuvo una estrecha relación con Mons. Escrivá, y también con don Álvaro, especialmente a través de su secretario particular, Mons. Loris Capovilla. Sus conversaciones filiales, ya en la primera audiencia que el Papa Juan concedió al fundador el 5 de marzo de 1960, le abrían insospechados horizontes de apostolado para la Iglesia. Como expresaba don Álvaro, que admiró las virtudes sacerdotales del Santo Padre, **“era muy afable y sencillo, lo que facilitaba a sus interlocutores confianzas fuera de todo protocolo”**.

Juan XXIII nombró a don Álvaro en 1959 consultor de la Congregación del Concilio y, en 1960, calificador de la Suprema Congregación del Santo Oficio. Desde 1963, fue también consultor de la Comisión Pontificia para la Revisión del Código de Derecho Canónico.

Con san Josemaría, don Álvaro se alegró hondamente cuando el Papa convocó el Concilio Ecuménico. El fundador ofreció a la autoridad eclesiástica la colaboración de la Obra y de sus miembros. Aunque varios tuvieron oportunidad de participar muy directamente en las tareas conciliares, ninguno como don Álvaro, en quien Juan XXIII depositó singulares responsabilidades, tanto en la preparación como en el desarrollo de la Asamblea.

Pero pronto llegaron días de pena, cuando enfermó gravemente Juan XXIII. Quienes vivían entonces en Roma recuerdan los gestos de sufrimiento en el rostro de don Álvaro, siempre que el fundador o él aludían a la dolencia del Padre



Con san Pablo VI y san Josemaría, 1964.

común. Mons. Dell'Acqua les confiaba que Su Santidad sufría grandes dolores. Esto les movía a intensificar su oración por Juan XXIII. Don Álvaro manifestó un gran afecto a Mons. Dell'Acqua, quien, con los más íntimos colaboradores de la casa pontificia, atendió con tanta delicadeza al Papa durante los últimos días, hasta su fallecimiento el 3 de junio de 1963.

El 21 de ese mes fue elegido el cardenal Montini: Pablo VI. La Iglesia seguía por entonces en período conciliar. Pablo VI manifestó gran aprecio a don Álvaro. Se habían conocido en 1943, y tuvieron la primera conversación detenida el 17 de junio. Mons. Montini le recibió a la una y media de la tarde y, a pesar de lo avanzado de la hora para las costumbres italianas, la entrevista duró más de cuarenta minutos. Álvaro, to-



Junto a san Josemaría y a Mons. Javier Echevarría, durante una visita la tumba de santo Tomás Moro, en Canterbury (Gran Bretaña), 26 de agosto de 1958.



El 13 de noviembre de 1958, en Roma, con Montserrat Grases, joven catalana del Opus Dei gravemente enferma entonces, que falleció con fama de santidad en marzo de 1959. Fue declarada Venerable en 2016.

davía seglar, le explicó los rasgos más destacados del espíritu del Opus Dei, que Mons. Montini comprendió muy bien. Le regaló también un ejemplar de *Camino*. Por su parte, Mons. Montini le entregó unas medallas conmemorativas del jubileo de Pío XII, y le prometió que rezaría por la Obra.

Elegido Papa, tuvo también gran confianza en don Álvaro. Le nombró en 1964 Juez de la entonces S. Congregación del Santo Oficio, y en 1966, consultor de la Comisión Postconciliar sobre los Obispos y el Régimen de las Diócesis, de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de la Congregación para el Clero. Es bien conocido que don Álvaro tuvo una destacada participación en el Concilio Vaticano II, desde que, al comienzo de los trabajos, fue nombrado perito. En la etapa previa, el Papa Juan XXIII contó con él como presidente de la Comisión Antepreparatoria *de laicis*, y formó parte también de otras Comisiones. Luego, durante las sesiones conciliares, fue secretario de la Comisión sobre la Disciplina del Clero y del Pueblo Cristiano y consultor de otras comisiones (para los Obispos y el Régimen de las Diócesis; para los Religiosos; para la Doctrina de la Fe; también consultor de la Comisión Mixta para las Asociaciones de Fieles).

Aunque no comentase su papel en esas tareas, es patente la significación y responsabilidad que tuvieron los secretarios de cada una de las diez comisiones conciliares, así como las agotadoras sesiones de trabajo que llevaban consigo. Exigía un gran esfuerzo intelectual y humano reflejar fielmente pareceres quizá diversos, tratando de armonizarlos y de concordar voluntades, para superar posibles atolladeros. Don Álvaro consolidó día a día en esa misión el prestigio de que ya gozaba en la Iglesia universal y en la Curia Romana. “Quienes compartieron con él algunos de estos trabajos —sintetizaba Lucas F. Mateo Seco en *Scripta Theologica*, 1994— suelen recordar su amabilidad y discreción, su buen orden mental, su eficacia de ingeniero, su precisión de jurista, su profundidad



Con san Pablo VI, el 5 de marzo de 1976.

de teólogo”. El Prof. Mateo Seco no menciona ahí su sentido histórico, pero subraya una virtud: la humildad, propia de quien sólo se propone servir y nunca *figurar*.

Realmente, la confiada relación de don Álvaro con Pablo VI se atisba, entre tantas manifestaciones, en lo que sucedió tras una de las audiencias iniciales que, ya Papa, concedió al fundador del Opus Dei. Al terminar, don Álvaro pasó también a saludar al Pontífice. Pablo VI le recibió con evidente alegría, recordándole que le conocía desde muchos años atrás:

“Nel frattempo sono diventato vecchio...” (Desde entonces, me he hecho viejo).

Y don Álvaro, con la soltura de su ingenio, repuso:

“Ma no, Santità: è diventato Pietro” (¡No, Santidad! Se ha hecho... Pedro).

Pasados los años, Pablo VI le recibió el 5 de marzo de 1976. Era la primera audiencia pontificia desde que don Álvaro es-

taba al frente del Opus Dei. El Papa tuvo la delicadeza de fijar la entrevista a continuación de una de las *udienze di tabelle* que tenía cada semana con sus directos colaboradores en el gobierno de la Iglesia, en un día en el que normalmente no recibe visitas. Así la conversación podría ser distendida. De hecho, se prolongó durante más de una hora. Don Álvaro agradeció sus palabras de felicitación, pero enseguida pidió al Romano Pontífice su bendición apostólica y sus oraciones:

“Porque soy el sucesor de un santo —razonó—, y eso no es nada fácil”.

Pablo VI contestó inmediatamente:

“Ma adesso il santo è in Paradiso, e ci pensa lui” (ahora el santo está en el Cielo, y él se ocupa de llevar la Obra adelante).

Antes de despedirse, el Papa le confió:

“Ahora no me puedo mover de aquí más que en contadísimas ocasiones, y me es imposible ir a la Cripta a rezar, como sería mi deseo. Pero usted, cuando regrese a su casa, imagine que es el Papa y, en mi nombre, arrodílese delante de la tumba del santo, y pida por mí y por la Iglesia”.

“Un deseo de Su Santidad es una orden para mí —le respondió don Álvaro—. En cuanto llegue a casa, iré inmediatamente a la Cripta”.

Pero el Papa, paternalmente, especificó:

“No, enseguida no: primero tiene que comer [la audiencia se había alargado mucho]; haga lo que le he dicho a otra hora, pero en este mismo día”.

Me correspondió ser testigo de la reacción de don Álvaro ante la muerte de Pablo VI, el 6 de agosto de 1978. Aunque a comienzos de mes se habían difundido informaciones sobre su enfermedad, de ningún modo se preveía el fallecimiento. Fue una gran sorpresa la noticia lacónica de la televisión, que escuchamos en Solavieya, poco después de las diez de la

noche. Traté de confirmar y ampliar la información con la radio, sin éxito. Don Álvaro telefoneó a Roma, y tampoco le facilitaron más datos. Todo hacía suponer que había sido un desenlace fulminante.

Después de esas rápidas gestiones, acudimos al oratorio. Don Álvaro dirigió un responso por el alma de Pablo VI, y rezó también un Padrenuestro por el próximo Papa. Brevemente, añadió una intención especialísima y constante para ese tiempo, además de ofrecer sufragios por el Pontífice fallecido: por intercesión del fundador, acudir a Santa María, para rogar por el futuro Papa. Por esa intención debíamos ofrecer todo, hasta la respiración...

Después de comer, Televisión Española le dedicó un programa informativo monográfico: flojo, desgarrado, sin piedad, superficialísimo. A don Álvaro le produjo una gran pena, y manifestó su desagravio en voz alta. Ya el 8 de agosto, acudió hasta Covadonga, para confiar a la Virgen sus preocupaciones y esperanzas. Le acompañamos en el rezo del rosario que, como casi siempre, dirigió don Javier Echevarría. Al final, el segundo Padrenuestro, que aplicaba habitualmente por la persona y las intenciones del Romano Pontífice, lo ofreció por el Papa que había de venir.

Aquellos días, aún en España —marchó a Roma el 10 de agosto—, don Álvaro reiteró los sentimientos que había vivido junto a Mons. Escrivá de Balaguer durante otros momentos de sede vacante: antes de la elección del nuevo pontífice, ya le quería mucho, fuese quien fuese:

“El Papa necesita toda nuestra lealtad, todo nuestro cariño, toda nuestra piedad y nuestra devoción, todo nuestro deseo de ser santos, aunque seamos pobres pecadores”.

Tras Pablo VI, vino Juan Pablo I, a quien don Álvaro quiso entrañablemente, como todo el orbe católico. Había coincidido muchas veces con el cardenal Luciani —en el Vaticano,



o con ocasión de Sínodos de Obispos—, especialmente desde que ocupó la sede de Venecia.

Alguna vez le oí evocar rasgos de su santidad: cuando fue elegido en el cónclave —contaba don Álvaro en 1990—, aceptó el pontificado sabiendo que quizá moriría pronto, porque estaba enfermo. Unos días antes de la elección, había almorzado en Villa Tevere. Corrían fechas cercanas al *ferragosto*, en que Roma se paraliza. El cardenal Luciani estaba muy contento, hablando de la vida de la Iglesia, cuando recibió una llamada telefónica. Explicó entonces que tenía un dolor de muelas tremendo, y no encontraba un dentista que le pudiese atender; y por fin habían dado con uno, al que acudió nada más terminar su visita. Don Álvaro explicaba que, hasta ese instante, nadie había advertido nada:

“Era tan santo que disimulaba el dolor de una manera maravillosa”.

Apenas había transcurrido un mes, cuando la Sede de Roma quedó de nuevo vacan-

te, tras el repentino fallecimiento de Juan Pablo I, el 29 de septiembre. Don Álvaro supo la noticia a primera hora de la mañana, a tiempo de ofrecer la Misa por su alma. Y pronunció palabras de consuelo y serenidad, con petición de oraciones por el alma del Papa fallecido y por el próximo Romano Pontífice.

Muy pronto llegaría a los Centros del Opus Dei una breve carta de don Álvaro, escrita “con el corazón roto, por la inesperada muerte del Santo Padre Juan Pablo I”. Discurrían las antevísperas del 50.º aniversario de la fundación del Opus Dei, que debería celebrarse por tanto en **“este tiempo de luto que es para todos los católicos el período de sede vacante: el Señor ha dispuesto que notemos el peso adorable de la Santa Cruz, en este jubileo de oro de la Obra, y que lo llevemos con garbo sobrenatural. No olvidemos que la Cruz es señal de predilección divina”**. Y volvía a repetir cuanto había dicho ante la muerte de Pablo VI: sufragios por Juan Pablo I, oración por el futuro Papa y por la Iglesia, de la mano de la Virgen, *Mater Ecclesiae*.

Un suceso, entre tantos, me hizo ver de cerca la pasión de don Álvaro por la unidad: en agosto de 1976, un informativo de televisión abrió con Mons. Lefèbvre. Don Álvaro se llevó un buen disgusto, y nos insistió en rezar mucho por la Iglesia. Aquella noche se le veía francamente preocupado. A la mañana siguiente decidió poner un telegrama a Pablo VI para reiterarle la unión de la Obra y ofrecerle la oración de todos, en este momento difícil.

Por esos días subrayó que, si debíamos mostrar siempre una identificación sincera con el Papa y con los obispos, era más necesario aún en esas duras circunstancias. Repitió estas ideas en jornadas sucesivas, pues abundaron las informaciones sobre Mons. Lefèbvre. Mucho tiempo después, ya en noviembre de 1989, observé de nuevo el gesto adolorado de don

Álvaro al puntualizar unas noticias de naciones en las que se difundía cierto clima de rechazo a Roma:

“Hay que rezar más”, concluía.

Ciertamente, en tiempos recios para la Iglesia, cumplió su misión pastoral, ofreciendo a su grey buenos pastos, pero sin quejarse, lleno de comprensión y de disculpa hacia todos. Acentuaba los aspectos positivos de cualquier evento. Se traslucía que su amor al Romano Pontífice y a la Iglesia era profundamente teológico, y también afectuoso, pero nada sentimental:

“La Iglesia es santa e inmaculada —sintetizaba— es la Esposa de Cristo, siempre joven, siempre bella. Pero está formada por hombres, que sí somos miserables y pecadores. Es injusto fijarse en las manchas de los hijos, y atribuirles a la Madre”.

Incluso cuando abordaba las cuestiones más delicadas, llamaba la atención su optimismo sobrenatural y su caridad hacia las personas, dentro de su preocupación por el bien de la Iglesia y la fidelidad al Papa. Lo resumió Mons. Juan Fremiot Torres Oliver, presidente de la Conferencia Episcopal de Puerto Rico, en *El Vocero*, San Juan, 31 de marzo de 1994: “En mis largas conversaciones con Mons. del Portillo, en estos agitados años de la vida de la Iglesia, siempre le escuché palabras de comprensión y de disculpa para todos. Nunca una queja, ni una palabra contra nadie. Resultaba edificante su comprensión con las personas y, a la vez, su intransigencia con el error. Sabía ver el lado positivo de todos los sucesos”.

10. LA MUERTE DEL FUNDADOR

A pesar de su excepcional testimonio de serenidad, uno de los momentos más duros en la vida de don Álvaro fue la inesperada muerte de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, el



Ante el túmulo de Mons. Escrivá en la hoy iglesia prelaticia del Opus Dei.

26 de junio de 1975. Estaba persuadido de que ese día había significado como una *nueva Pentecostés* para el Opus Dei, enriquecido místicamente al tener la Cabeza en el Cielo. Pero el dolor humano de la separación abrió una herida en su alma, que no se cerraría.

El último capítulo del libro *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei* se titula “El 26 de junio de 1975”. Una sola pregunta da paso a un relato de más de veinte páginas, esenciales para conocer la amplitud de matices con que don Álvaro quería a san Josemaría Escrivá. Cuenta lo que sucedió y lo que hizo. Habla, al fin, en primera persona. Aunque el lector no pien-

se en él, sino en Mons. Escrivá de Balaguer, esa narración permite comprender cómo era, cómo sentía, cómo actuaba Álvaro del Portillo.

Ante todo, acude a los medios sobrenaturales: le da la absolución sacramental, y trata de curar alma y cuerpo con la Unción de los Enfermos. Telefonea a Carmen Ramos, secretaria central, para que dejen lo que estén haciendo y acudan a rezar “por una intención muy urgente”. A la vez, no perdona recurso humano alguno, con la ayuda de dos médicos, José Luis Soria y Juan Manuel Verdaguer.

Cuando éstos confirman la realidad de la muerte, don Álvaro se rinde a la Voluntad de Dios, y se aferra a la Cruz hasta físicamente: toma el relicario con el *lignum Crucis* que llevaba sobre su pecho san Josemaría y comunica a los presentes:

“Hasta que se elija al sucesor del Padre, este *lignum Crucis* lo llevaré yo”.

Y se ocupa con sosiego de infinidad de cuestiones: componer la capilla ardiente, informar al Papa y a los miembros del Opus Dei, y, sobre todo, que comiencen a celebrarse misas *corpore insepulto* —la primera, la suya—, que no cesarán ya, una tras otra, hasta las exequias.

Don Álvaro pasará muchas horas ante los restos mortales del fundador. A media mañana del día 27, durante un instante emblemático, se arrodilla junto al túmulo, y apoya su frente en la cabeza del Padre. Está componiendo el retrato de su vida, y la clave de la fidelidad dentro del Opus Dei a lo largo de los tiempos: trabajar siempre y en todo *ad mentem Patris*, *ad mentem Conditoris*, no apartarse de la mente del fundador.

En otros pasajes del libro *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, de Cesare Cavalleri, aparece, como en un segundo plano apenas perceptible, la solicitud de don Álvaro hacia Mons. Escrivá de Balaguer. Se propone subrayar sus virtudes heroicas. Pero trasluce también la amabilidad de su tensión

cordialísima en detalles de familia: comprarle una camiseta de lana, cuando pesca en Turín un fuerte resfriado; insistirle en que cambie unas gafas anticuadas; poner moqueta en el dormitorio cuando sufre un desmayo al levantarse y está un rato sin conocimiento sobre las frías losas.

Don Álvaro llevaba la biografía del fundador como impresa en la memoria. Aun así, eran extraordinarias la atención y alegría con que escuchaba o contaba cuanto se refería a él. A pesar de los años transcurridos, nunca reaccionaba con rutina o cansancio, sino con la admiración que se siente ante la novedad o la sorpresa, con el afecto intacto de un corazón joven, que nada sabe de aquella heladora indiferencia contra la que san Josemaría prevenía a las almas (cfr. *Es Cristo que pasa*, 26).

Desde 1975, recordó constantemente sucesos y aspectos de la vida del fundador, porque encerraban —así escribía— “un ejemplo de lucha heroica para alcanzar la santidad, sirviendo a la Iglesia, por el camino de fidelidad a la Obra en servicio de todas las almas”. No eran relatos *históricos*, vividos como desde fuera. Los había incorporado plenamente a su existencia, y quería *actualizarlos* en la de los fieles de la Prelatura para que luchasen por identificarse “con lo que Dios nos señala, para hacer el Opus Dei”.

A la responsabilidad que siempre había sentido, se unió el mandato paternal del Papa Pablo VI en una de las primeras audiencias tras su elección para gobernar el Opus Dei. En diversas ocasiones narró cómo le dijo que consideraba que el fundador **“fue uno de los hombres que había recibido más carismas en la historia de la Iglesia, y que siempre había respondido con generosidad, fiel a esos dones divinos. Y me repitió varias veces que lo consideraba un santo muy grande”**.

Cuando contó al Papa otros detalles de Mons. Escrivá de Balaguer, le preguntó con cariño:

“¿Han escrito todo esto?”

Le respondió afirmativamente, y Pablo VI le aseguró:

“Esto es un tesoro, no solamente para el Opus Dei, sino para toda la Iglesia”.

Y le insistió:

“Todo lo que se refiere al fundador, a su enseñanza doctrinal escrita o vivida, a los sucesos de su vida, no pertenece ya sólo al Opus Dei: forma parte de la historia de la Iglesia”.

Don Álvaro impulsó vigorosamente esa tarea, indispensable también para la causa de canonización de Mons. Escrivá de Balaguer. Sintió, especialmente desde 1975, la responsabilidad de impulsar diversos trabajos para reconstruir la vida del fundador, también porque le interesaba no perder ideas o matices de su predicación. Se ocupó asimismo de dar a la imprenta escritos inéditos, convencido del gran bien que harían a las almas.

11. LA HERENCIA DE UN ESPÍRITU

A nadie sorprendió el 15 de septiembre de 1975 la elección unánime de don Álvaro para suceder al fundador: **“Habéis querido —adujo después a los electores— poner el peso de la Obra sobre los hombros de este pobre hombre —sé bien que no valgo nada, que no puedo nada, que no soy nada—, lo habéis hecho porque conocíais que llevaba más tiempo que nadie al lado de nuestro Padre, y buscabais la continuidad. No habéis votado a Álvaro del Portillo, sino que habéis elegido a nuestro Padre”.**

El 21 de agosto de 1981, estábamos con don Álvaro de modo distendido poco antes de la hora de comer. Intentábamos recordar una fecha sin especial trascendencia, y alguien sugirió que debía de haber sido “en tiempos de nuestro Padre”. Don Álvaro reaccionó en el acto con una sonrisa:



“En la Obra siempre serán tiempos de nuestro Padre”; y nos animó a usar otro tipo de frases: “cuando estaba en la tierra”, o expresiones semejantes.

El deseo de discurrir tras las huellas del fundador aparecía incluso en pequeñas anécdotas sin especial trascendencia. Cuando comenzó a utilizar lentes de contacto, contó que había luchado muchos años antes contra una especie de tic que consistía en fruncir la nariz, para empujar las gafas hacia arriba. Como pasaba muchas horas al lado de Mons. Escrivá de Balaguer, éste le corregía ese gesto. Consiguió así superarlo. Pero, después de tanto tiempo, le estaba reapareciendo ese movimiento instintivo. Y pensó: **“Muerto el perro, se acabó la rabia; me quito las gafas, y ya no se me caen”**. Fue, además, una buena razón para ponerse lentillas, que los médicos consideraban que le ayudarían a ver y leer mejor. Recordó entonces que Pío XII nunca quiso llevar el camauro

de los Papas: esa especie de cubrecabezas de sabor medieval, con un terciopelo blanco a la altura de la frente y salientes laterales que tapaban también los oídos. Cuando murió, se lo pusieron. Alguien avisó que al Santo Padre no le gustaba. Pero le contestaron:

“Los muertos no mandan...”

Y don Álvaro agregó con mucha fuerza, aludiendo al fundador dentro de la Obra:

“¡Pues los muertos mandan!”.

A pesar de su patente identificación, don Álvaro insistía a los fieles de la Prelatura que rezasen para que se esforzara por parecerse más y más al fundador. Invocaba el dicho castellano *quien a los suyos parece, honra merece*. Y, desde junio de 1975, repitió ideas como las que expresaba entonces en Roma:

“Pedid a Dios que yo sólo piense en lo que piensa nuestro Padre; que sólo tenga voluntad para querer lo que nuestro Padre quiere. Así iremos bien”.

Desde luego, sabía que decenas de millares de personas en mil rincones del planeta se unían constantemente a sus intenciones en el trabajo y en el dolor, en la Misa o en el Rosario, en su diálogo con Dios: **“Cuando lo pienso, me siento confundido y, al mismo tiempo, inmensamente agradecido a Dios y a nuestro Padre, a cuya incesante oración se debe este gran milagro de la Obra”**. Utilizaba a diario esas plegarias como carta de recomendación ante el Señor; y por eso insistía: **“¡No me abandonéis!”**

Seguía los pasos del fundador, y extendía su brazo para pedir **“la limosna de una oración más intensa”**. Lo recordaba con *machaconería*, con un *martilleo* insistente —empleaba estas palabras—, porque estaba convencido de que **“podemos —¡y debemos!— rezar más”**.

“Sostenedme, para que pueda yo cumplir lo que el Señor me pide: ¡no me recortéis vuestro apoyo a mis intenciones!”.



En Fátima, durante el rezo del Rosario.

Y junto a esa petición constante, el agradecimiento, porque comprobaba un día y otro —hasta casi físicamente, le oí comentar— ese apoyo efectivo de la oración de sus hijos. Nunca acabó de acostumbrarse a estar en el centro de las miradas y del afecto de multitud de almas.

En la sede central del Opus Dei, ocupó desde 1975 el dormitorio, increíblemente pequeño, arrinconado, que había utilizado Mons. Escrivá de Balaguer. Lo explicaba poco después de su elección:

“Me ha costado mucho obedecer, pero el Padre había mandado que su habitación no se convirtiera en una especie de museo”.

No era la suya humildad postiza, o *de garabato*, según la expresión de san Josemaría. Y urgió desde el primer instante a los miembros del Opus Dei:

“Pedid lo que pida yo, que eso es lo seguro”.

Actualizaba así la jaculatoria que había acuñado años atrás, reflejo de su unión de afectos e intenciones con el fundador: **“Lo que pida el Padre, lo que quiera el Padre, lo que rece el Padre, lo que el Padre haga y piense”.** Y explicaba: **“Podéis estar ciertos, hijos míos, de que soy un pobre hombre; pero no os equivocáis si rezáis por lo que rezo yo”.**

No pensaba en sí mismo ni en lo suyo. No se dejaba servir, ni admitía excepciones hacia su persona, incluso en aspectos justificados. Tenía conciencia de ser sólo instrumento de paso. Así lo observé en infinidad de circunstancias, como en una tertulia familiar en 1976: no recuerdo a propósito de qué, aludió con naturalidad a que quizá *eso* lo tendría que hacer su *sucesor*. Fue la primera vez que le oí ese término, y me llamó la atención porque aún no se había cumplido un año desde que fue elegido. En realidad, casi nunca se refería a su *sucesor*: prefería hablar de *los sucesores de nuestro Padre*, porque en la Obra todos tenían que seguir directamente al fundador, beber de su espíritu.

Justamente por su humildad, don Álvaro manifestó una gran iniciativa: no tenía miedo a los juicios ajenos. Sólo con la ayuda —fiel y activa— que prestó a Mons. Escrivá de Balaguer hasta 1975, habría ocupado un lugar relevante en la historia del Opus Dei. Pero, sin duda, su papel se avalora a partir de esa fecha. Su tensión creativa y leal resalta en los hitos decisivos de la historia del Opus Dei entre 1975 y 1994, dentro de un período que definió desde el primer día como *etapa de la*

continuidad: bien persuadido estaba de la actualidad y vigencia de ese espíritu. Otras veces hablaba de *etapa de la fidelidad*, para puntualizar que no consistía en una continuidad mecánica, “sino de responder personalmente con nuestras vidas y en las nuevas circunstancias al legado espiritual que nos dejó el fundador”.

La fidelidad auténtica exige iniciativa, para revivir, ante cada nueva circunstancia, las exigencias del amor o de la justicia. Es una lealtad “delicada, operativa y constante” que, al cabo, constituye “la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental” (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 1). Como explicaba don Álvaro al director de *Scripta Theologica* en 1981, a propósito de la misión evangelizadora, **“fidelidad es fecundidad y, por tanto, imaginación, capacidad de inventar nuevos modos, esa sabiduría concreta que permite hablar siempre el mismo lenguaje de Dios, revestido con diferentes ropajes. Esto han hecho los santos: no inventaron un ‘nuevo Cristo’, ni una ‘nueva Iglesia’, pero acercaron ‘de nuevo’ a los hombres a Cristo y a la Iglesia”**. Por esto, no se cansó de hablar a los fieles de la Prelatura **“de espontaneidad, de iniciativa personal, porque esa actitud resulta imprescindible para asimilar bien y llevar a la práctica el espíritu del Opus Dei, en todos los aspectos”**.

12. EL RELEVO EN LA PATERNIDAD

No mucho tiempo después de ser elegido para gobernar el Opus Dei, don Álvaro explicaba el significado del fundador en su vida, empleando la respuesta atribuida a Alejandro Magno, cuando le reprocharon que apreciaba más a Aristóteles que a su padre, el rey Filipo de Macedonia:

“Sí, porque mis padres me trajeron a la tierra, pero Aristóteles, con su doctrina, me ha llevado de la tierra al cielo”.

En el primer aniversario, don Álvaro explicó sintéticamente cómo Mons. Escrivá de Balaguer tuvo esa doble paternidad: la fundacional —exclusivamente suya, como fundador—, y la espiritual, que **“existirá siempre en la Obra, hasta el fin de los tiempos, porque somos una familia de vínculos sobrenaturales”**.

Diez años después de su elección, evocaría agradecido la irrupción de la gracia divina en su vida y en la del Opus Dei:

“La paternidad espiritual, encarnada por nuestro queridísimo fundador de modo inigualable, pasó a este pobre hombre que ahora es vuestro Padre. Verdaderamente, *cor nostrum dilatatum est* (II Cor. VI, 11): mi corazón se dilató para quereros, a todos, a cada una y a cada uno, con cariño de padre y de madre, como nuestro Padre había pedido para sus sucesores”.

A la vez, los miembros de la Obra respondieron con un patente cariño, que le llevaba a elevar su alma en acción de gracias, **“porque el Opus Dei continúa siendo una *bella famigliola*”**. Esther Toranzo ha relatado la visita de don Álvaro en 1989 a Kibondeni, un Centro de mujeres del Opus Dei en Nairobi. Le recibieron con una canción massai —acompañada con las notas y ritmos de dieciséis tambores—, que incluye estos versos: “Salí de casa para ir a ver al padre. / Cuando empezó a hablar, le rogué silencio / pues quise primero expresarle yo / mi alegría de verle”.

Infinidad de anécdotas reflejan el comportamiento *paterno* de don Álvaro, que —sin *paternalismo*— quería a los fieles del Opus Dei con la ternura de los padres de la tierra. Su admirable memoria no olvidaba, junto a los grandes problemas de la Iglesia o de la Obra, tantos detalles grandes o pequeños como le llegaban de sus hijos. A través de las cartas que le dirigían



directamente, con plena espontaneidad, conocía bien pronto sus preocupaciones, tristezas y alegrías. Me sorprendía su capacidad de retener tantos datos, pues con frecuencia hacía preguntas concretísimas que los demás no sabíamos contestar.

He contemplado muchas veces sus reacciones, típicas de un padre o de una madre: con *razones del corazón* que no puede explicar la cabeza. Casi siempre se trataba del cuidado o de la evolución de los enfermos. Pero aparecía también en circunstancias que, analizadas con rigor, parecen irrelevantes. O en manifestaciones de esa admiración embebida de virtudes y habilidades, que no es injusta ni causa mal a nadie, aunque tal vez resulte exagerada a los ajenos.

La profesora de lingüística Ana Echaide, miembro de la Academia de la Lengua Vasca, recuerda una tertulia en Torreciudad en 1980: a propósito de su colaboración en las traducciones al euskera de escritos del fundador, la encomió con un gesto de complicidad:

“Es la que más vasco sabe del mundo”.

Nunca olvidaré cómo vivió don Álvaro la enfermedad de Jaume Tur, uno de los directores regionales del Opus Dei en Alemania. Una tarde de agosto, en 1977, nos comunicó que lo habían trasladado a Navarra, y que probablemente le harían una delicadísima intervención quirúrgica. Nos pidió que rezásemos mucho por él. El día de la operación, un jueves, instantes antes de comenzar la meditación de la mañana en el oratorio, nos recordó en voz alta que debían de estar empezando a actuar los médicos, para que le encomendásemos. Apenas pasadas las doce, supimos que había ido bien.

Pero al día siguiente surgieron complicaciones. Según entendí, debía estar durante cuarenta y ocho horas sedado, para que el corazón trabajase al mínimo. Sólo se conocería la situación real después de ese tiempo. A pesar de esto, Juan Domingo Celaya habló con los médicos a última hora



del sábado: no había novedades, y Jaume seguía estacionario, dentro de la gravedad. Pero me llamó la atención el gesto agradecido de don Álvaro a Juan Domingo, al informarle: su cabeza había aceptado los datos médicos, incluida la espera de cuarenta y ocho horas; pero su corazón avaloraba el detalle de saber al menos que todo seguía igual. No otra reacción habría tenido una madre en la tierra.

Jaume fue mejorando poco a poco, hasta que el 21 de agosto Diego Martínez Caro, cardiólogo de Navarra, anunció que saldría ya de la unidad de cuidados intensivos:

“Os agradezco que hayáis rezado por este hijo mío —repetía don Álvaro—, pero continuad haciéndolo, porque persiste el estado de gravedad”.

Efectivamente, Jaume seguía con problemas: por ejemplo, apenas podía leer. Su salud se fue complicando. Se pusieron todos los medios, pero no fue posible sacarlo adelante. Don Álvaro, ya en Roma, estuvo pendiente hasta el final, con el corazón roto. Aun el día del fallecimiento, 2 de octubre, rogó en Villa Tevere que siguieran rezando, cuando los médicos aseguraban que “su recuperación sería un milagro, casi como resucitar a un muerto”. Y agregó que había recordado a Jaume durante la Misa, en el memento de vivos y en el de difuntos; que había trabajado y sufrido mucho, y estaba seguro de que, si esa era su Voluntad, Dios se lo llevaría directamente al Cielo, bien purificado.

Don Álvaro quería de veras a los enfermos, y les animaba a no perdonar los medios humanos y sobrenaturales para recuperar la salud. Otro caso paradigmático para mí fue el de Seamus Timoney, uno de los primeros miembros del Opus Dei en Irlanda. El Domingo de Ramos de 1988 atendí en la capital de España una llamada desde Dublín, por si podíamos ocuparnos de recogerle en el aeropuerto de Barajas, desde donde seguiría viaje a Pamplona. Padecía al-

gún tipo de leucemia y había sido desahuciado por los médicos. Cuando lo supo don Álvaro, aconsejó vivamente que acudiera a consulta con los oncólogos de la Universidad de Navarra. En la Clínica Universitaria confirmaron el diagnóstico, pero consideraron que existía un tratamiento con posibilidad, al menos, de alargar unos años la vida del paciente. Seamus se sometió gustoso a una dura terapia, y se recuperó. Estaba agradecidísimo a la Clínica, a la intercesión de Mons. Escrivá, al cariño de todos; pero, en primer término, a don Álvaro, por la iniciativa de que acudiera allí cuando nadie le daba la menor esperanza de sobrevivir. Hizo vida normal hasta finales de 1991, en que no pudo superar una nueva crisis de su gravísima dolencia.

El 19 de abril de 1990 esperábamos a don Álvaro en el Colegio Mayor Aralar de Pamplona. Venía en coche desde Barcelona. Por la hora de salida, calculábamos que llegaría alrededor de la una de la tarde. Cuando nos estábamos disponiendo para recibirle, llamaron por teléfono, para comunicar que se demoraría bastante. Pronto supimos la razón: había parado en Zaragoza, para visitar —en la unidad de quemados del hospital Miguel Servet— a una hija suya, que sufrió a finales de enero un accidente y seguía muy grave, porque las quemaduras le habían afectado prácticamente a todo el cuerpo. Estaba aislada. Don Álvaro le habló por medio de un teléfono, y ella le veía a través de un cristal. Le confirmó que la había encomendado desde que recibió en Roma la noticia del tremendo percance, y en ella —en el ofrecimiento de su dolor— se apoyaba para sacar adelante la labor apostólica en el mundo entero. Se trataba de Camino Sanciñena, estudiante entonces de la Facultad de Derecho, que lo relató en *Diario de Navarra*, 5.IV.1994: “Hay momentos en los que es difícil mantener el sentido positivo, sobre todo si te cambia la vida por un accidente (...). El Padre me decía que, aunque fuera difícil de entender, el dolor es una caricia de Dios. Lo decía de

verdad. Lo transmitía con tanta fuerza que conseguía elevar-te a su onda, que era una onda de fe”.

Lógicamente, los primeros beneficiados del cariño de don Álvaro eran los fieles de la Prelatura y, más directamente, los que estaban más cerca o vivían a su lado. No daba por supuesto el afecto: lo mostraba con obras y de veras. Sintió especial predilección — también en esto seguía las huellas del fundador de la Obra — por las personas que se ocupaban profesionalmente de la Administración doméstica de los Centros de la Prelatura. Una tarde, al comienzo del verano de 1987 o 1988, la RAI informó de que se esperaba una ola de calor en la región del Lazio. A los pocos minutos, llamó por teléfono para preguntar si habían pensado algo para que el calor no afectase a una hija suya, que había sufrido hacía algún tiempo un infarto. Aunque estaba recuperada, don Álvaro sugirió la posibilidad de que se trasladase unos días desde Roma a Casale d’Ocre, un lugar más fresco en la zona montañosa del Abruzzo.

En 1990, observé de cerca el desvelo de don Álvaro hacia don Javier Echevarría y don Francisco Vives, sus vicarios en la Prelatura, que sufrieron intervenciones quirúrgicas serias durante el verano. Fueron momentos duros, que sobrellevó con sentido sobrenatural. No le faltaba tampoco el buen humor en Madrid, cuando, camino de Roma, nos animaba a rezar por sus dos Vicarios, que dejaba en Pamplona **descuajeringados...**

En esas circunstancias, resultaba admirable su aplomo, que resumi por entonces en tres ideas:

- abandono total en las manos de Dios, sin dejar de asegurar los medios humanos;
- sosiego y buen humor inquebrantables;
- continuas muestras de cariño humano.

A la vez, subrayaba que las enfermedades son una riqueza enorme. Cuando el Romano Pontífice aludía a la fuerza del



Mientras hace la señal de la Cruz en la frente de un enfermo.

Opus Dei, él pensaba especialmente en los enfermos, que ofrecían a Dios sus molestias, hasta la propia vida, por sus intenciones:

“Resulta una energía espiritual imponente que, si no la aprovechásemos, seríamos —concluía bromeando— locos, locos de manicomio”.

Covadonga O’Shea preguntó a don Javier Echevarría cuál había sido la mayor enseñanza que había recibido de Mons. del Portillo:



Dos imágenes de su catequesis en México, 1983.

“La docilidad y la sencillez, sin ninguna duda. Yo no he visto una persona que haya estado más a la disposición de los demás que estuvo don Álvaro. Si ha existido alguien que se ha hecho querer y que ha sabido querer, siguiendo las enseñanzas de nuestro fundador, ha sido don Álvaro del Portillo” (en el semanario *¡Hola!*, Madrid, 5-V-94).

El escritor Vittorio Messori, que le entrevistó pocos meses antes de su muerte, dijo a *Corriere della Sera* el 23 de marzo de 1994: “Era verdaderamente un padre, como le llaman en el Opus Dei. Te daban ganas de confesarte, en vez de preguntarle”.

13. CELO POR LAS ALMAS

La paternidad de don Álvaro se traslucía con gran vigor en un tema presente de continuo en sus conversaciones: el apostolado. **“¡Almas, hijos míos, almas!: son muchas las personas que viven a nuestro alrededor, sin conocer todavía a Cristo, y están esperando que os ocupéis de ellas, sacrificadamente, amorosamente”**. Estas palabras de don Álvaro compendian otra de las pasiones de su vida. Lo llevaba tan dentro de sus entrañas que, cuando apenas llegado a Chicago, en febrero de 1988, alguien le preguntó su jaculatoria preferida, contestó en broma y en serio:

“Yo me confieso con don Javier, y no tengo por qué hacer una confesión pública. De todas formas, te diré que una aspiración muy buena, al ver esta inmensa ciudad y este inmenso Estado, es pedir lo que escribió nuestro Padre en Camino: *Jesus, souls! Apostolic souls! They are for you, for your glory!*” (“¡Jesús, almas!... ¡Almas de apóstol!: son para ti, para tu gloria”, Camino, 804).

En sus planteamientos apostólicos, reflejaba la fuerza y el optimismo de quien está seguro de que es Dios quien pone el incremento (cfr. *1.ª Epístola a los Corintios*, 3, 6). Alentaba a trabajar con realismo y espíritu positivo, lejos de las que calificaba como lamentaciones estériles. Creía firmemente en la eficacia sobrenatural de los *modos* apostólicos que había establecido el fundador del Opus Dei, por providencia divina. En septiembre de 1975, escribía: **“Un celo por las almas que no esté precedido, acompañado y seguido por oración y penitencia, será sólo un empeño humano, y nosotros no hemos venido al Opus Dei por motivos terrenos, sino para realizar una tarea divina; nada más y nada menos que la Obra de Dios”**.

Nunca dejó de urgir la práctica de las obras de misericordia, según se venía haciendo desde los comienzos del Opus Dei:

“Todos, en la medida de lo posible, hemos de ponernos en contacto con las personas que sufren, con los enfermos, con los pobres de solemnidad, con los que están solos, abandonados de todos”. Casi repitiendo literalmente palabras del fundador, añadía que ahí está “nuestra riqueza, para extender la labor; nuestro tesoro, para enamorarnos más de Dios y fortalecer nuestra vocación; nuestra fuerza —la fuerza de Dios— para vencer”.

Vivía plenamente aquella gran insistencia del fundador del Opus Dei: “De cien almas, nos interesan las cien”. En febrero de 1976, Mike, norteamericano, alumno del Colegio Romano de la Santa Cruz, le contó que había pedido la admisión en la Obra un *indio rojo*. Don Álvaro le explicó con afecto que la antigua expresión castellana era *piel roja*, y añadió:

“Te hemos entendido perfectamente; pero en cualquier caso, no tiene nada de particular: somos todos de la misma raza, de la raza de los hijos de Dios; blancos o rojos o cobrizos, o aceitunados, ¡todos hijos de Dios! Y de cualquier clase social, de cualquier formación intelectual”. Y aprovechó para narrar una anécdota:

“Ayer recibí una carta de una pastorcita que no es de la Obra. Escribía muy bien, con buena redacción y sintaxis. Me contaba que es alumna de una EFA [Escuela Familiar Agraria], y que cuida de unas vacas: es una vaquerilla. ¡Cosa más humilde que eso! Bueno, pues a continuación añadía unas consideraciones que me dejaron asombrado, porque el Espíritu Santo ha llevado la mano de esa hija de Dios. Hablaba del cariño que tenía a nuestro Padre, y de los sacrificios que hacía para ir al retiro mensual, porque atiende a su madre enferma y no se puede ausentar mucho tiempo... Me cuenta que no es de la Obra, pero que quiere a nuestro fundador como a un padre; tanto, que cuando pida la admisión en la Obra, se considerará como una hija pós-

tuma; y me explica que no pudo conocer al Padre en vida, pero que ha aprendido a quererlo por lo que sus hermanas mayores le han hablado de su entrega. ¿Verdad que es muy bonito? Escrito por una pastorcita, resulta como una prueba clara de que el Espíritu Santo *sopla*. Y nosotros, que nos damos tantas ínfulas de saber y de estudiar...”

Resultaba ostensible el sentido universal de su celo apostólico. Había aprendido de Mons. Escrivá de Balaguer a ver almas en las personas con las que se encontraba, aunque no pudiera hablar con cada una: así, mientras iba en coche, o cuando saludaba por mera cortesía a quien se cruzaba durante un paseo por el campo. Pensaba en sus necesidades espirituales y humanas, y rezaba por ellas. Lo advertíamos en sus comentarios incidentales.

Con ocasión de diversos viajes, pude observar de cerca cómo tenía palabras amables —humanas y cristianas— para las personas con las que coincidía. Enlazaba fácilmente con ellas: enseguida se interesaba por sus cosas, y surgía un trato mutuo afectuoso. Comprendí entonces que Mons. Escrivá de Balaguer, refiriéndose a don Álvaro, comentara tantas veces su “capacidad para convencer a la gente”.

Realmente, don Álvaro iba dándose a los demás, repartiendo su cariño. En mayo de 1987, contó en Roma una anécdota ocurrida pocos días antes en un país de la Europa septentrional. Le abordó un borrachito, sorprendido de ver a unos sacerdotes católicos por la calle de su ciudad. Para explicarle rápidamente el motivo de su presencia allí, le entregó una estampa de Mons. Escrivá de Balaguer, en la que se hacía una breve y clara referencia al Opus Dei. Luego, le rogó que rezase por ellos. El interlocutor conservaba lucidez como para señalar que él nunca rezaba. Don Álvaro le hizo ver entonces que Dios es Padre, y espera con ansia la oración, las peticiones de sus hijos. Aquel hombre —dentro de

sus condiciones del momento— se quedó como pensativo, y declaró:

“Si rezo, rezaré por ustedes”.

Don Álvaro tuvo muchos amigos, porque era muy buen amigo. Predicaba lo que vivía: **“La amistad comporta intereses comunes y cariño a las personas, y esto lleva a quererlos como son, a dedicarles tiempo, a comprenderlos, a no abandonar el trato, aunque parezca que no responden o que lo hacen lentamente”**.

Animaba a derrochar cariño, a saber ceder gustosamente en lo personal: **“Acoged a todos con una sonrisa, sacrificaos por ellos, sabed pasar por alto las pequeñeces de la convivencia diaria, sin concederles demasiada importancia. Buscad lo que une, no lo que separa. Sed positivos. Y siempre —puntualizaba—, con garbo humano, sin hacerlo notar, con delicadeza”**.

Realmente, se daba a los demás sin reservas. Estaba dispuesto a comprender a los demás, a disculparlos, a echarles una mano. Practicaba con creces esa amistad —inseparable de su apostolado personal— que, según comentaba en la Residencia Torrescalla de Milán, en enero de 1981, **“es generosidad, es donación, es sacrificio, es amor”**.

La cultivó hasta las últimas horas de su vida terrena. A su muerte, en la mesilla de noche, estaba la tarjeta de visita de uno de los pilotos del avión que le había traído de Tierra Santa a Roma. Había charlado con él durante la espera en el aeropuerto de Tel Aviv y en el viaje. La relación fue breve, pero profunda: aquel piloto acudió a rezar ante los restos mortales de don Álvaro en cuanto tuvo noticia de su fallecimiento.

Con idéntica delicadeza humana y sobrenatural, don Álvaro estaba pendiente de los apostolados corporativos confiados al Opus Dei. Lo comprobé, respecto de la Universidad

de Navarra, desde que sucedió a Mons. Escrivá como Gran Canciller. Su fidelidad a la mente del fundador fue profundamente activa, llena de creatividad, también para llevar a la práctica antiguos deseos o proyectos que no habían culminado en 1975. Pienso, por ejemplo, en el despliegue de los centros de estudios eclesiásticos de Pamplona y Roma, para prestar un servicio cada vez más eficiente a la Iglesia universal y a las Iglesias particulares de tantas naciones del mundo.

Recordaba con frecuencia la radical identidad cristiana que debían manifestar los profesores, creyentes que viven con unidad de vida y desean hacer partícipes a los demás de las luces enriquecedoras que derivan de la doctrina católica. Les hacía ver que la sociedad espera su testimonio cristiano —decidido, con garra, respetuoso de la libertad, atento a los más débiles y desamparados— en los diferentes campos del saber y de los quehaceres humanos y sociales. Desde esa libertad, un cristiano activo vibra ante las necesidades de los hombres de cada tiempo, y se nutre de una espiritualidad inseparable de la edificación de la convivencia. Y, siempre, con una gran cordialidad en el trato. Desde su serena ecuanimidad, don Álvaro daba y exigía de todos calor humano.

Llevaba en el alma la pasión por ayudar a los demás, con valentía y audacia, sin respetos humanos, exigente consigo mismo, y comprensivo con los demás. ¡Cómo le gustaba servir! ¡Cuántas veces repetía la palabra *servicio*!, también en el contexto de esas labores de apostolado colectivo. Seguía con solicitud el trabajo de las obras corporativas ya existentes, pensando en acrecentar sus frutos apostólicos. Y no olvidaba la necesidad de mantener su carácter eminentemente laical y profesional, de acuerdo con otro gran criterio fundacional de Mons. Escrivá de Balaguer. Esas iniciativas educativas y asistenciales surgen y se desarrollan por la libertad y responsabilidad de ciudadanos —también con la participación de no cristianos, en muchos países— y, por tanto, ni son ni

pueden ser confesionales, aunque los promotores confíen al Opus Dei la orientación doctrinal y la atención espiritual de esas actividades.

Un campo que estaba muy presente en la atención apostólica de don Álvaro, por su trascendencia social, era la formación de empresarios, de modo que aprendieran bien el *oficio* y supieran ser íntegramente cristianos. Soñaba —me consta personalmente desde los años setenta—, con Escuelas que contribuyeran decididamente a promover, con rigor y prestigio profesional, respuestas válidas a las tremendas diferencias sociales de tantos países. Esas injusticias, que claman al cielo, interpelan a la conciencia cristiana exigiendo soluciones, pero sin justificar el odio, la lucha de clases.

Al alma sacerdotal de don Álvaro —también en esto en plena sintonía con el fundador del Opus Dei—, le quemaban las clamorosas penurias del Tercer Mundo. Y animaba a hacer mucho más, después de manifestar su júbilo por tantas iniciativas de fieles de la Prelatura en esos países, planteadas para remediar graves necesidades, dentro de un gran abanico de soluciones: desde la promoción de obras corporativas confiadas al Opus Dei, a la intervención personal en ONG constituidas en zonas más desarrolladas.

Tengo muy grabada en mi memoria la fuerza con que hablaba de las exigencias de la justicia según la doctrina social de la Iglesia. Mi impresión es que, especialmente tras el desmoronamiento de los regímenes marxistas en Europa, se sentía movido a urgir la práctica de las virtudes cristianas, no sólo para fomentar la personalidad de cada hombre y cada mujer en su intrínseca dignidad, sino para responsabilizar a los fieles en la construcción de un recto orden social, **“respetando plenamente la libertad de todos en lo que es opinable, pero ayudando a que nadie, so capa de libertad (cfr. 1.^a Epístola de San Pedro II, 16), busque pretextos para des-**



entenderse de colaborar —en lo que esté de su parte— a la solución de muchas injusticias”.

14. EXPANSIÓN APOSTÓLICA

Cuando sucedió a Mons. Escrivá de Balaguer en 1975, el Opus Dei estaba desarrollado por los cinco continentes. Pero aún quedaba mucho por hacer. El fundador había decidido comenzar en



En Abiyán (Costa de Marfil), durante uno de sus viajes pastorales al continente africano, 1989.

nuevos países, como Bolivia. Bajo el mandato de don Álvaro, empezaron a realizarse viajes periódicos desde Argentina a La Paz, y en julio de 1978 abrió sus puertas el primer Centro del Opus Dei en la capital más alta del mundo.

La siguiente nación americana fue Honduras. El fundador y don Álvaro le tenían especial agradecimiento, porque bajo su bandera se ampararon en Madrid durante la guerra de España. Se hicieron viajes desde 1979, y a finales de 1980 se estableció Centro de la Obra en Tegucigalpa.



Tres imágenes de sus viajes de catequesis por África.

Don Álvaro estaba muy pendiente también de África, con el deseo de comenzar el trabajo apostólico en países francófonos. Hasta entonces había Centros en Kenia y Nigeria. A finales de 1979, Juan Masiá y Benito Badrinas viajaron al Zaire y a Costa de Marfil, por encargo de don Álvaro, para completar el estudio necesario para empezar en esas naciones. Y, en la carta que escribió a los Centros del Opus Dei, con motivo de la Navidad, incluía la petición de muchas oraciones para poder iniciar una labor estable en 1980.

A partir de entonces, se hizo casi una tradición que don Álvaro comunicase, en esas letras navideñas, los proyectos inmediatos de expansión apostólica. Así, en diciembre de 1980 pedía oraciones por el comienzo en Hong Kong, y en los años siguientes por Kuala-Lumpur, Singapur, Suecia, Taiwán, Corea del Sur, República Dominicana...

No todo eran comienzos. También había que renovar el impulso en las naciones en las que se llevaba trabajando tiempo. En 1983 había acudido a México para postrarse en acción de gracias ante la Virgen de Guadalupe. Allí, habló con mucha fuerza de las obligaciones sociales de los católicos, e impulsó a fieles del Opus Dei a poner en marcha nuevas iniciativas de promoción humana y cultural, aunque ya era abundante su número: en la periferia de las grandes ciudades, o en núcleos de clara marginación como el Valle de Chalco. Casi al final de su estancia, proclamaba:

“Hijos míos, por lo que he podido observar en estas correrías por varias partes del país, he notado una gran diferencia entre las clases sociales. A todos digo, recordando la enseñanza del Apóstol San Juan, que no es verdad que se ama a Dios si no se ama al prójimo, a quien vemos y tenemos cerca. Repíteselo, uno a uno, a tu modo; enséñales a prescindir no sólo de lo superfluo, sino de lo que consideran necesario; que sepan dar”.

Cantón, 5-II-87

POST CARD

Con todo cariño os he
recordado en la Santa
Misa, celebrada en esta
ciudad china. Os he
dado siempre vues-
tro Padre
Alvaro

2. 石室外景
The out look of shi shi

Texto de la postal enviada al centro del Consejo General desde Cantón, el 5 de febrero de 1987.

Pronto comenzó en Guadalajara la Escuela Profesional Jarales, y el Centro de Formación y Estudios Técnicos e Industriales (CEFETI) al norte de la Ciudad de México: iniciativas sociales que brindaban formación cristiana y abrían un porvenir humano a gentes de escasos recursos económicos.

Durante enero y febrero de 1987, recorrió Singapur, Australia, Filipinas, Hong Kong —desde donde se acercó a Macao y Cantón—, Taiwán, Corea del Sur y Japón. Siempre deseoso de la expansión del apostolado entre las multitudes de Oriente, en cada país acentuaba determinados aspectos de la doctrina católica o del espíritu del Opus Dei. En Australia, de origen y mentalidad occidentales, plenamente integrada en esa cultura a pesar de la distancia física, tomó el retornelo del Papa Juan Pablo II durante su visita a aquellas tierras: *come back*. Se imponía volver a las raíces cristianas, a una práctica comprometida de la fe. Y, respecto de la Prelatura, llegar a todos los puntos de ese Continente, así como a Nueva Zelanda y a otras islas próximas de Oceanía.

En Filipinas, junto a la responsabilidad como vanguardia de la Iglesia en Oriente, fue incesante la petición por la paz y la concordia: el país atravesaba un período de desórdenes públicos, que podían desembocar en una situación irreversible de violencia y de odio. A la vez, se le veía feliz al contemplar, en las reuniones que tuvo, a hombres y mujeres de todos los estratos de la sociedad. Quienes comenzaron la labor del Opus Dei, tuvieron muy presentes en su horizonte apostólico las diferencias sociales, la pobreza material y la falta de cultura, que interpelaban constantemente a su conciencia cristiana. Agradecía las iniciativas en marcha, también las dirigidas a la promoción humana y cristiana de la gente del campo, pero había que hacer más, amando a Dios y movilizándolo a muchas personas. Don Álvaro insistió hasta el último día de su estancia en el archipiélago:

“Es preciso que surjan nuevas labores sociales cuanto antes”.

Poco más tarde, comenzaba en Cebú otro centro de formación profesional para muchachos de escasos recursos: el Center for Industrial Technology and Enterprise (CITE).

En Hong Kong —como en sus rápidos desplazamientos a Macao y Cantón—, don Álvaro tuvo conciencia viva de estar a las puertas del inmenso continente chino: alababa su laboriosidad y su inteligencia; consideraba continuamente —en su oración, en su Misa, en su palabra— que **“hay más de mil millones de personas, y que muy pocas conocen la existencia de Jesucristo”**; y, como Dios quiere que los méritos de la Redención se apliquen en todas partes, concluía que al Señor **“le urge China, y nosotros nos sentimos urgidos por este amor de Cristo a las almas de China”**.

En ese contexto, la estancia en Taiwán hizo muy presentes las diferencias idiomáticas y culturales de sus tradiciones: planteaban dificultades serias, pero de ningún modo insalvables, menos aún desde la radical perspectiva de la palabra universal de salvación que proclamó Jesucristo desde la Cruz. Me pareció hondamente significativo el regalo que llevó a los fieles de la Prelatura en Taipéi: un relicario con un *lignum Crucis*. Allí pudo admirar de cerca tantas virtudes humanas, entre otras, la laboriosidad y la hospitalidad, que no hacían sino acrecentar las ansias de que se abrieran a la libertad religiosa las puertas del continente chino. El Evangelio iluminaría con nueva luz esas dignísimas realidades culturales. Porque la fe cristiana —recordaba don Álvaro— no destruye lo humano, sino que lo dignifica y eleva.

La historia del cristianismo en Corea —la fe prendió gracias a la acción apostólica de seglares, sin la inicial ayuda de sacerdotes—, se estaba repitiendo de algún modo respecto del Opus Dei. Don Álvaro acudía a un país en el que había un buen puñado de Cooperadores —habían conocido la Obra a través de su trabajo y sus contactos profesionales en otras regiones del mundo—, que esperaban con ilusión que se instalase el primer Centro de la Prelatura. Trató personalmente a estos amigos coreanos con la ayuda de intérpretes. Incluso, mantuvo una reunión general con varios centenares

de personas en un local público: se dirigía a los asistentes en italiano, y traducía sus palabras una profesora de idiomas, con cierta experiencia en esta tarea. Don Álvaro dejó puestas bases firmes, para el futuro trabajo apostólico en Corea.

Cuando llegó a Osaka, lamentó no haber culminado su antiguo propósito de aprender japonés:

“Ahora ya no me acuerdo de nada: sólo de algunos verbos, de contar hasta diez, y pocas palabras más. Ha pasado tanto tiempo... Lo estudié durante uno o dos años, pero como luego no lo practiqué, se me olvidó”.

Durante su estancia en Japón, pudo admirar y agradecer a Dios una vez más la riqueza del espíritu del Opus Dei, capaz de vivificar cristianamente circunstancias humanas nobilísimas tan propias de esas tierras —el trabajo, la delicadeza en el trato, la lealtad, el amor a la familia—, evitando a la vez las eventuales secuelas egoístas del ostensible bienestar material. Y hacía participar a todos de un sueño grande:

“Que Japón se convierta a Cristo, que este pueblo llegue a ser creyente y fervoroso. ¡Qué gran bien para todo el mundo!”

A su regreso a Roma, tomó la pluma para escribir a los Centros del Opus Dei; arrancaba con palabras de agradecimiento a la Trinidad Beatísima y a Santa María por los bautismos, conversiones y vocaciones en aquellas tierras de Oriente, y por la unidad de los fieles de la Prelatura: **“¡Qué alegría da comprobar que el espíritu de la Obra se encarna perfectamente en gentes de mentalidades y culturas tan diversas, respetando la idiosincrasia de cada uno, pero aunando a todos en el mismo afán de santidad, en idéntica vibración apostólica”.**

Apenas transcurridos once meses, inició una nueva *correría* apostólica, ahora por tierras de América: Puerto Rico, Estados Unidos y Canadá, con una breve *escala* en la ciudad



Ante la Virgen de Guadalupe, en 1987.

de México para rezar a la Virgen de Guadalupe. Recorrió las numerosas ciudades en las que había Centros de la Prelatura, con una idea de fondo:

“Los Estados Unidos son un gran país —afirmaba nada más llegar a Miami, en enero de 1988—, con un enorme potencial humano, y los ojos del mundo están puestos en vosotros, para el bien o para el mal; de ahí el sentido de responsabilidad que debe distinguirlos”.

Por eso, les animó tantas veces, durante ese invierno de 1988, a ser cristianos *full-time*: no *part-time* ni, menos aún, cristianos de *week-end*, que se limitan a oír Misa el sábado por la tarde o el domingo.

Al regreso de América, durante agosto y septiembre de 1988, volvió de nuevo a casi todas las naciones de Europa. Quería impulsar el objetivo que exponía sintéticamente en Bruselas el 31 de agosto:

“Es evidente que en Europa hace falta una nueva evangelización. Este Continente, de donde ha salido la luz del Evangelio para iluminar a tantas naciones, se encuentra ahora a oscuras”.

Lógicamente, don Álvaro pensaba también en España. En agosto de 1989, durante una visita a Covadonga, se dirigió a la Virgen en voz alta, después de rezar el rosario ante la *Santina*: puso en manos de Santa María la reevangelización de Europa y de España, para que rejuveneciera su vitalidad religiosa, así como su honda esperanza de que continuara siendo un auténtico vivero de personas que viniesen al Opus Dei, y que facilitase, con gentes de otras tierras, extender la labor en el mundo.

Entretanto, seguía mirando con especial cariño hacia África. Durante el verano de 1988, rezó mucho por el comienzo ya inminente en Camerún. El 18 de agosto nos comunicó con verdadero júbilo la noticia que acababa de recibir desde Roma: el día 22, fiesta de Santa María Reina, llegarían los primeros a Yaundé.

Y, a comienzos de abril de 1989, cumplió su gran ilusión de pasar unos días en África, *el continente del porvenir* para la Iglesia:

“Me ha dado mucha alegría —resumiría a su regreso de Kenia— celebrar allí la Santa Misa; y estar con mucha gente buena, con tantas virtudes humanas, con tanta fe y deseo de Dios, de la que he aprendido tanto”.



Volvía conmovido del cariño que le habían mostrado, y que excedía con creces la conocida hospitalidad africana. A la primera reunión general, en el Kenyatta Conference Centre de Nairobi, acudieron miembros de las diversas tribus para entregarle —en presencia de cuatro o cinco mil personas—

los atributos de su nombramiento como *Elder*. Según ha narrado Esther Toranzo, en sus memorias de 25 años en Kenia, “la figura del *Elder* o senador corresponde a los cabezas de familia que tienen hijos ya crecidos y que han sabido dirigir sus casas con prudencia. Se encuentra como pieza fundamental en el gobierno de todas las tribus de Kenia, sean de origen bantú, cushita o nilótico”.

Seguirían luego sus estancias en Camerún y Zaire. De regreso, el 15 de septiembre, contaba en Cavabianca:

“Me emocionó oír que allá en África, en el continente negro, no hay ninguna persona atea. Todos creen en Dios; unos han recibido la fe en el Dios verdadero, otros lo buscan, y están deseosos de conocer la Verdad”.

Estuvo en Costa de Marfil ya en octubre de 1989. Unos días después vino a Madrid don Javier Echevarría, y nos confiaba algunas impresiones de los viajes a diversas naciones de África en que acompañó al Prelado del Opus Dei. Le había conmovido el cariño y gratitud hacia don Álvaro de gentes de cultura tan distinta, que correspondían a su evidente afecto, profundamente emocionados al ver cómo se ponía a su altura en el trato humano, o en su predicación, para hacer más fácil de entender su catequesis: especialmente les atraía su empeño en pasar a un segundo plano, para resaltar que lo único que hacía era continuar lo que había comenzado con tanta eficacia el fundador de la Obra. Y esto era perfectamente compatible con la fortaleza que reflejaba al referirse a costumbres ajenas o contrarias a las exigencias de la fe y de la moral cristianas.

En este tiempo, siguió impulsando el trabajo en nuevas regiones: en octubre de 1989, anunciaba el comienzo de una labor estable en Polonia. Y cara a la Navidad de ese año, su petición incidía en “esos nuevos campos de apostolado que se están abriendo en algunos países de la Europa oriental”.

Acababa de caer el muro de Berlín, y no mucho más atrás había sido solemnemente recuperada para el culto católico la Catedral de Vilna, que el sistema soviético destinó tantos años a museo.

Unido al celo apostólico del Papa Juan Pablo II, don Álvaro ponderaba dentro de su corazón las perspectivas tras el antiguo telón de acero. Pronto encomendó de modo especial a la Región de Austria el trabajo apostólico en Checoslovaquia y en Hungría. Y el 21 de septiembre de 1990, en vísperas de la reunificación alemana, escribió al Consiliario de la Obra en Alemania para subrayar ese nuevo horizonte, con “tantos millones de almas a las que, durante muchos años, han tratado de impedirles que se acercaran a Dios”.

En enero de 1989 había comenzado también la labor estable en Nueva Zelanda. Recuerdo el enorme cariño de don Álvaro hacia Mark, entonces el único miembro del Opus Dei de ese país —un hombre relativamente joven, con ocho hijos—, que tuvo un gravísimo accidente de coche cuando acudía a resolver unas gestiones para la instalación del primer Centro de la Obra en Hamilton. Gracias a Dios, salvó la vida, después de muchos días en coma. Comentaba don Álvaro que el Señor había querido bendecir especialmente con su Cruz el arranque en Nueva Zelanda.

Por aquellos días de 1989, nos confió la posibilidad de comenzar el trabajo apostólico en Jerusalén. Se le veía con gran ilusión de empezar una labor cerca de los Santos Lugares. En septiembre, se trasladó allí don Alberto Steinworth, un sacerdote de la Prelatura nacido en Costa Rica, aunque de origen alemán, y con gran facilidad para los idiomas. Pronto le acompañarían otros, y en 1993 comenzaron propiamente dos Centros de la Obra, uno de varones y otro de mujeres.

Cuando don Álvaro pidió su admisión en el Opus Dei, la Iglesia festejaba entonces ese día a los Santos Cirilo y



De romería a la Virgen de Czestochowa.

Metodio, a los que tuvo especial devoción. Le alegró mucho que Juan Pablo II les declarase Patronos de Europa, junto con san Benito. Les encomendaba la labor de la Obra en el Oriente cercano, incluida Rusia y los países tras el telón de acero:

“Estoy soñando con poder ir allá”, había comentado en 1983, durante una breve estancia en Zúrich.

En ratos de tertulia con don Álvaro, surgía con frecuencia la Unión Soviética, con la esperanza de que se abriera a la li-

bertad religiosa, dentro del apasionante proceso que sufría el régimen comunista, no exento de incertidumbres. En julio de 1991, nos habló de personas procedentes de Rusia, Bielorrusia y otros países del antiguo bloque soviético que habían comenzado a estudiar ciencias eclesiásticas en Navarra o en el Ateneo Pontificio de la Santa Cruz. Se le veía interesadísimo en comenzar cuanto antes en esas naciones, aunque preveía que la labor iba a ser dura, después de tantos años de régimen comunista.

En agosto de 1991, participó en la Jornada Mundial de la Juventud en Czestochowa. En la homilía de la Misa que celebró el día 14, para jóvenes de habla castellana, señaló: **“Estamos presenciando un tiempo de especial trascendencia, uno de esos momentos en los que se decide la suerte de las naciones, de millones y millones de almas. (...) Dios es el Señor de la historia, pero quiere contar con nuestra colaboración en el cumplimiento de sus designios salvíficos”**.

Acababa de regresar, cuando, el 18 de ese mes de agosto, llegaron las alarmantes noticias del golpe de Estado en la Unión Soviética. Realmente fue como un jarro de agua fría. En Polonia, don Álvaro había *soñado* con las perspectivas apostólicas que se abrían en tantos países de la Europa oriental. Incluso, había rezado en una iglesia de Varsovia ante la Virgen de la Ostrabrama, especialmente venerada por los lituanos.

Inmediatamente, nos animó a unirnos a las intenciones del Papa —ese día, en Budapest—, pensando en la paz y en lo mejor para la Iglesia y para las almas, con la esperanza puesta en que *Dios sabe más*, y sacará los grandes remedios tal vez de males aparentes. Nos aconsejaba que invocásemos a *Sancta Maria, Stella Orientis*, pidiendo por la situación internacional, así como para que no se interrumpieran para la Iglesia las posibilidades apostólicas —apenas abiertas— en esas naciones de Europa. Así hasta última hora del 21, cuando

las informaciones parecían indicar que los golpistas habían fracasado. ¿Quién podía imaginar la escena que el mundo entero vio por televisión el 25 de diciembre de ese año: la bandera roja, con la hoz y el martillo, arriada en el Kremlin y sustituida por la antigua enseña de Rusia?

Muy al comienzo de 1992, don Álvaro viajó a Praga y Budapest, para estar con los fieles de la Prelatura que trabajaban en esas ciudades. Ya de regreso en Viena, estuvo con algunos que habían nacido y viajaban periódicamente a Croacia y Eslovenia. Junto con el aliento hacia la incipiente labor apostólica en ciudades como Zagreb o Split, les insistió en espíritu de magnanimidad y concordia.

En septiembre de 1992 se celebró en Roma un nuevo Congreso General ordinario del Opus Dei. Entre sus conclusiones, figuró la de consolidar la labor iniciada en diversos países del Centro y del Norte de Europa, y la de comenzar el trabajo apostólico en un buen número de naciones de Europa oriental, Asia y África. El día primero de 1993, don Álvaro escribiría: **“Materialmente, sólo unos pocos —unas pocas— se trasladarán a esas nuevas tierras para acometer la labor del Opus Dei, pero les respaldaremos con la fuerza de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios, que harán posible la implantación fecunda de la Prelatura en esos lugares”.**

En agosto de 1993, escuché a don Álvaro detalles de la labor presente y futura en Lituania, en Rusia y en otros países de aquella zona: se refirió al viaje que le había llevado en abril hasta Tallin, la capital de Estonia, así como datos de algunas cartas que había recibido durante el verano. Apenas un año más tarde, en septiembre de 1994, se abriría en Vilna un Centro del Opus Dei. Y, al fin, la India, donde se comenzó a trabajar en 1993.

Siempre que pienso en el impulso que marcó don Álvaro en la expansión del Opus Dei por el mundo, me viene a la me-



moría un rato de tertulia en marzo de 1981. Esa tarde abrió un amplio panorama de necesidades apostólicas, a las que debería colaborar también la Región de España: personas necesarias en algunos países de América, para consolidar la labor; posibilidad de entrar en China —era inminente la apertura del primer Centro del Opus Dei en Hong-Kong—, necesidad de llegar a todos los países del Oriente, así como de comenzar en el Norte de Europa...

Ante ese horizonte, quedó muy claro que no ponía su esperanza en medios humanos, sino en la vida espiritual de cada uno —**“ahí está todo”**, sintetizaba—, en el auténtico cariño fraterno, y en el espíritu de sacrificio, especialmente a la hora de las tareas formativas, tanto en cada fiel de la Prelatura como en los Directores. Porque la actividad casi exclusiva de la

Obra era y es esa: formar a la gente, para que cada uno trabaje apostólicamente con libertad y responsabilidad en el sitio que le corresponde en cualquier lugar del mundo.

15. PRELADO DEL OPUS DEI

Bajo el impulso de don Álvaro, el Opus Dei recorrió la etapa final de la solución jurídica que supuso la erección en Prelatura personal, de la mano de la Virgen. Fue un *crescendo* de súplicas: a diario, en el trabajo y en el descanso, en lo ordinario y en visitas a santuarios y ermitas. Más de una vez he pensado que sintetizaban ese espíritu las palabras con que don Álvaro se dirigió a la Madre de Dios, espontáneamente, después de renovar en 1981 la Consagración del Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, que el fundador había hecho en Loreto treinta años antes:

“Desde entonces, hemos acudido a la Santísima Virgen de un modo muy concreto, pidiendo a ese Corazón Dulcísimo de Nuestra Madre que prepare el camino seguro, que quite —de nuestro camino— todos los abrojos, los matorrales, las insidias, que se presentan constantemente, tanto en el camino colectivo, como en el personal de cada uno, en su lucha interior. Y hemos acudido a Ella pidiéndole, con fervor, con fe, con constancia: *iter para tutum!* Y ahora se lo seguimos pidiendo.

Señora, eres nuestra Madre; eres la Madre de Dios. Siendo la Madre de Dios, lo puedes todo. Y eres nuestra Madre. Y eres una madre buena que nos lo da todo, como todas las madres buenas: y Tú, más, porque eres su Hija: más que Tú, sólo Dios. Estamos metidos en tu corazón. Queremos vivir tu vida, esa vida llena de amor de Dios: vida limpia, vida pura, vida entregada, vida de amor. Y para eso, como sabemos que no podemos —conocemos nuestra pequeñez—, acudimos a

Ti, para que nos ayudes más. Y es toda la Obra. Está toda la Obra a tus pies, Señora. Somos hijos e hijas tuyos, que acudimos a tu protección, acudimos a tu socorro, y te pedimos que nos sigas preparando el camino...

Te pedimos concretamente por esa solución jurídica que —no lo puedo chillar por ahí, pero a Ti te lo digo, delante de estos hijos— ya parece que estamos tocando con las manos. Te pedimos que nos lo concedas ya, ¡ya!, ¡ya!, sin hacernos esperar más. Pero, si es Voluntad de tu Hijo que esperemos más años, lo que sea, meses, años, el tiempo que sea necesario, ¡amamos la Voluntad de tu Hijo! Pero, si puede ser, si puede ser ya, concédenosla ya, que es para tu Hijo, que es para Ti. Tú puedes: ¡concédenos esta merced!”

Con la perspectiva de los años transcurridos, se avalora el temple humano y sobrenatural de don Álvaro, que vivió estrictamente la reserva que le había solicitado el Santo Padre Juan Pablo II, cuando le comunicó que el 7 de noviembre de 1981 había decidido dar los pasos oportunos para erigir el Opus Dei en Prelatura personal. Comenzó a dar gracias, pero siguió rezando y pidiendo oraciones con redoblada tenacidad.

En julio de 1982, nos reiteraba que fuéramos *impacientes* en la oración y *pacientes* en la espera. Acababa de amainar una nueva campaña centrada en la falsa idea de que el Papa deseaba convertir al Opus Dei en una especie de diócesis universal, por encima de las demás diócesis. Pienso que, con este tipo de campaña, se pretendía poner a los Obispos en contra de la ya inminente Prelatura, como pretendiendo que el Papa diera marcha atrás. No dejaba de ser significativo, por ejemplo, que este tipo de información volviera a saltar a las páginas de los periódicos españoles en junio de 1982, mientras estaba reunida la Asamblea plenaria del episcopado.

Ciertamente, la tranquilidad de don Álvaro era impresionante. Al fin, el 23 de agosto, la sala de prensa del Vaticano



Tras rezar el Rosario en la Basílica de Santa María la Mayor.

comunicó oficialmente que el Papa había decidido erigir la Obra como Prelatura personal, aunque se aplazaba la publicación de los documentos, por motivos técnicos. Llegaba la hora de incrementar las acciones de gracias a Dios y al Romano Pontífice, pero sin cejar en la oración y mortificación. Así lo expresó don Álvaro, cuando al final de la tarde de ese día, dio la noticia en el oratorio de Nuestra Señora de los Ángeles de Cavabianca, y explicó el significado de la decisión pontificia, con un emocionado y continuo recuerdo del fundador del Opus Dei.

Y siguió acudiendo a la Virgen. El 8 de septiembre de 1982, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, acompañé a don Álvaro a una ermita dedicada a Santa María, por vez primera después de la noticia del 23 de agosto. Al terminar el rosario,

continuó un buen rato rezando en silencio por la intención especial. Nos pidió expresamente que le acompañásemos en su plegaria. El 18 de noviembre, ya en Roma, comenzó una novena de visitas a santuarios o iglesias dedicadas a la Virgen, para pedir a la Madre de Dios que *pusiera la última piedra*. Terminó esa novena el sábado 27, día en que se hicieron públicos los documentos pontificios relativos a la erección de la Prelatura del Opus Dei.

Don Álvaro vivió también esta última fase con una paz imperturbable, derrochando serenidad y cariño a su alrededor. Lo percibió nítidamente Antonio Prieto, durante esos días de noviembre. Al regreso de un rápido viaje a Roma, volvía impresionado del sosiego de don Álvaro, en medio de un trabajo desbordante en las antevísperas del esperado acontecimiento; y también de su honda humanidad, pues, en esas intensas circunstancias, no dejó de preguntarle con detalle por su padre —muy enfermo—, por su madre y por su hermana.

Al fin, las serias dificultades, que algunos pusieron durante tanto tiempo, sirvieron también para manifestar y acrecentar la humildad de don Álvaro, la reciedumbre con que quitaba importancia a cuanto pudiera referirse a su propia persona. Y animó a todos a dar gracias a Dios y a su Madre por la solución jurídica.

16. PASTOR PRUDENTE Y RECIO

Muchas veces vi cómo estudiaba los asuntos: con profundidad, después de escuchar a quienes podían o debían aportar su parecer. Ante su temple acogedor, nadie callaba sus opiniones, ni dejaba de expresar dudas o preguntas, por miedo a quedar mal o a equivocarse.

Por encima de todo, don Álvaro gobernó el Opus Dei a base de cariño, con esa proximidad a cada alma típica del auténtico

pastor. En agosto de 1988, suplicaba que el Señor concediera mucho sentido de responsabilidad, a él y a los directores en la Obra, para que se preocupasen de veras por cada persona. Y ejemplificaba algunas facetas: rezar por todos; conocer a las personas una a una; saber adelantarse para ayudar especialmente a los que están en dificultades, o necesitan más atención; exigirse a uno mismo y ser a la vez comprensivos y exigentes con los demás. Aquí interrumpió el hilo del argumento para introducir una precisión importante que —añadió— **“gracias a Dios, se vive así siempre en la Obra”**:

“Hablo mucho de exigencia, y ya se entiende que es una exigencia llena de caridad, llena de delicadeza en el trato mutuo, como nos pedía el Padre, pero al mismo tiempo exigente: hay que llamar al pan, pan, y al vino, vino. Y, si no, no cumplimos con nuestra obligación de directores”.

Su prudencia nada tenía que ver con temores, nerviosismos o apresuramientos. Su solicitud era sosegada y, a la vez, francamente activa, lejos de inhibiciones o inercias. Al fin y al cabo, según la clásica descripción de santo Tomás de Aquino, lo propio de la prudencia es el *actus imperii*. Al responder en enero de 1993 a un universitario italiano que a veces se sentía perplejo, por pensar que no estaba plenamente preparado, don Álvaro le citaba un proverbio de su tierra: *É che, camminando, si aggiusta la soma* (sólo al emprender la marcha se asienta bien la carga del borrico). Y añadía:

“A caminar se aprende poniendo un pie delante y luego otro, y así sucesivamente; y a veces también cayendo, pero después uno se levanta y continúa avanzando. Así es como aprenden a caminar los niños”.

Se dedicaba a su función pastoral con auténtica entrega humana y sobrenatural, incluso cuando su salud flaqueaba. La primera vez que le vi enfermo fue a comienzos de agosto de 1976, en que padeció un serio lumbago. A pesar de las fuertes molestias —que le hacían caminar o sentarse en

posturas forzadas—, siguió la vida normal, procurando estar abrigado, aunque en general le sentaba mucho mejor el fresco que el calor. Pero esto no le impidió llevar adelante el trabajo: por ejemplo, escribir de su puño y letra una extensa carta para los miembros de la Obra que unos días después recibieron la ordenación sacerdotal en Madrid.

Siempre me admiró la escasa importancia que daba a sus dolencias. Se limitaba a cumplir lo que decía el médico, y a tomar los medicamentos que le recetaban, sin siquiera mirarlos o preguntar qué eran o para qué servían. Y continuaba trabajando.

Por mi parte, observaba perplejo cómo el Señor no quería ahorrarle molestias, ni en los períodos en que necesitaba descansar. Porque don Álvaro no despreciaba el indispensable reposo, parte de la virtud de la laboriosidad. Utilizaba la expresión *cuidar el borriquito*, que el fundador del Opus Dei aplicaba al propio cuerpo. Y enseñaba que, además de trabajar y luchar y pelear, se debía descansar. Así lo expresaba en mayo de 1983 en Bogotá:

“En México [donde acababa de estar] lo dicen de un modo muy divertido: descansar poniendo adobes. El adobe es un ladrillo muy pobre, sin cocer, o cocido al sol. Y es lo que hago yo para reposar un poco de mi trabajo habitual. Para mí, un día de labor en Roma es más duro que un año entero predicando por todas partes, con la alegría de tratar muchas almas y de ver cómo Dios las remueve y las acerca a Sí”.

Desde julio de 1975, dispuso de algunas temporadas más tranquilas, para poder ocuparse, sin interrupciones, de asuntos que requerían muchas horas de estudio y especial visión de conjunto: así, por ejemplo, para trabajar en la documentación para la causa de canonización de Mons. Escrivá. Esta fue la razón principal de pasar algunas etapas de verano en



Paraba, en sus viajes, para enviar postales a las personas más queridas.

Solavieya o en lugares semejantes de España, Alemania o Inglaterra. A la vez, vivía más al aire libre y dedicaba algún rato al ejercicio físico que le recomendaban los médicos y que tan bien le sentaba incluso en lo externo: al contacto con una brizna de sol, recuperaba enseguida el suave tono moreno de su tez. A pesar de su falta de entrenamiento y de inevitables cansancios y agujetas las primeras tardes, cumplía con fidelidad los planes establecidos.

Desde 1976, pude advertir también la extraordinaria síntesis de fortaleza y cariño, de afecto y reciedumbre, con que impulsaba a sus colaboradores inmediatos. Trabajaba y hacía trabajar. Tenía muy buena capacidad organizativa, y un don especial para impulsar la tarea en equipo. Vivía una urgencia paciente, que imprimía a su alrededor una tensión de esfuerzos sosegados; a su lado se avanzaba con ritmo y con enorme tranquilidad, sin perder el aliento en carreras agitadas: una cosa tras otra, con orden, con mucho orden, con rectitud de

intención: con la fuerza de quien no actúa por interés propio, sino para la gloria de Dios.

Llegaba a los detalles más pequeños, pero sin atosigar ni encorsetar a las personas. Simplemente, reflejaba la solicitud de su corazón, su capacidad intelectual para concretar, y la estricta fidelidad a un rasgo muy característico del espíritu del Opus Dei. Su rigor y precisión descubrían pormenores que a los demás se nos pasaban. No leía *en diagonal*. Y, al corregir posibles descuidos, aparecía también el humor. Me tocó poner en limpio el borrador de un escrito que varias personas habían visto y aprobado antes de llegar a don Álvaro. Circulaba con un título en mayúsculas: “PROYACTO DE...” Cuando lo recibió, hizo con tinta roja la habitual llamada al margen para señalar la errata —“/E”—, pero añadió: “Y olé!”.

Algunas virtudes de don Álvaro, como la tenacidad, la capacidad organizativa y el impulso de la tarea en equipo, resultaron notorias durante la preparación de la documentación para el proceso de beatificación de Mons. Escrivá de Balaguer. He visto, en parte, cómo planeó las diversas etapas, cómo eligió a las personas que habían de ocuparse de tantos asuntos, y cómo estaba pendiente —sin agobios ni controles— de que fuesen adelante. La verdad es que a la solemne ceremonia del 17 de mayo de 1992 —en la que fue beatificada también Giuseppina Bakhita, religiosa canosiana de las Hijas de la Caridad, nacida en Sudán, luminoso testimonio de reconciliación y perdón evangélicos, en palabras de Juan Pablo II— habían precedido miles de horas de trabajo a conciencia, que cuajaron en multitud de páginas encuadradas en decenas de volúmenes. Las reformas jurídicas promulgadas por los Papas Pablo VI y Juan Pablo II —en aplicación del Concilio Vaticano II— agilizaron los procesos. Pero no por eso dejó de ser indispensable el esfuerzo de reunir y estudiar documentos. Don Álvaro manifestaba también que no habría sido posible acabar tan pronto sin los moder-



En la audiencia concedida por san Juan Pablo II, tras la Misa de Acción de Gracias por la beatificación del fundador del Opus Dei. 18 de mayo de 1992.

nos medios informáticos: los ordenadores habían permitido trabajar mucho más deprisa y mejor.

El 17 de mayo de 1992, don Álvaro publicó un artículo en el diario ABC de Madrid: **“Reconozco —terminaba— que mi deuda personal con el Beato Josemaría resulta impagable. Tengo el privilegio, y siento la gran responsabilidad, de haber sido testigo, durante cuarenta años, de su afán de santidad. Muchas veces he pedido al Señor que me conceda al menos un poquito del amor que he visto en su corazón. En este momento de alegría, como deudor insolvente, me acojo a la misericordia de Dios, a la afectuosa lealtad de los miembros de la Obra, y a la oración de los hijos de la Iglesia”.**



Beatificación de Josemaría Escrivá. 1992.

En cierto modo, pagó esa *deuda* desde 1975 difundiendo incansablemente las enseñanzas del fundador, así como la devoción privada a san Josemaría. Predicó una y otra vez que, desde el Cielo, ayudaría más, y con mayor eficacia, a cuantos le invocaran ante Dios.

El 17 de mayo seguí la ceremonia por televisión, desde Madrid. Aunque lo esperaba, me dejaron atónito los planos generales de la Plaza de San Pedro, sin *hueco* alguno, hasta bien avanzada la Via della Conciliazione. Era más difícil captar el clima de cálida piedad de aquel gentío a través de los micrófonos de ambiente (parecía como si estuvieran cerrados), pero se intuía por el rigor de la liturgia, especialmente



al terminar el rito de la beatificación y descubrir las imágenes de los nuevos beatos. No pasaba inadvertido el impresionante recogimiento de la multitud, fruto de una íntima alegría. Al acabar la ceremonia, el silencio emocionado se transformaría en fuerza renovada para la vida del espíritu.

A la mañana siguiente, la prensa de Madrid informaba con amplitud, desde la primera plana de los diarios. En conjunto, y dentro de las limitaciones o la orientación de cada periódico, las crónicas resultaban muy positivas: concluí que, hasta a los que fueron a Roma prevenidos en contra, les debió de *sorprender* la atmósfera excepcional que observaron con sus propios ojos en la Plaza de San Pedro. Y algo semejante —aun—

que ya con menor espacio— sucedió en las informaciones de días sucesivos. Pero don Álvaro no pensaba en eso, sino en que la beatificación había constituido, **“para todos los cristianos, un reclamo fuerte a escuchar la llamada de Jesús, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1.ª Carta a Timoteo II, 4)”**. Y para los fieles de la Prelatura, **“si siempre es tiempo de conversión, el Señor nos invita ahora a que se opere en nosotros —en cada una, en cada uno— un auténtico *nunc coepi*!”**.

El 3 de junio, fue recibido en audiencia por el Papa, quien le dijo expresamente que daba gracias a Dios por la beatificación del fundador, y que le había conmovido la participación de todos en las ceremonias celebradas en la Plaza de San Pedro. Así lo expresaba don Álvaro en la carta que envió ese mismo día a los Centros de la Prelatura: **“Aunque éramos muchos, cada uno ha sido motivo de alegría para el Vicario de Cristo e instrumento de apostolado: seamos, pues, leales a esta llamada siempre actual, y el Señor nos bendecirá.**

Me he sentido santamente orgulloso de ser hijo de nuestro Padre, y de ser Padre de vosotros: veo muy claro, en mi caso, que *il sangue del soldato fa grande il capitano*! Os agradezco todo, y os pido, haciendo eco a nuestro Padre: ¡más, más, más!

Rezad mucho por la Persona e intenciones del Papa, y por sus colaboradores”.

17. LA ORDENACIÓN EPISCOPAL

El 6 de enero de 1991, Juan Pablo II confirió a don Álvaro la ordenación episcopal. Con este motivo, resplandeció de nuevo su prudencia y humildad. Para dejar aún más clara su rectitud, eligió como lema de su escudo episcopal una de las frases que san Josemaría usaba para resumir la finalidad apos-



Su ordenación episcopal tuvo lugar el 6 de enero de 1991.

tólica del Opus Dei: *Regnare Christum volumus!* Don Álvaro no pensaba en su persona, sino en el servicio a la Iglesia, **“único motivo de nuestra existencia y de la existencia de nuestra Prelatura”**, repetía. Y su alma se iba continuamente también a la fidelidad del fundador de la Obra. Al día siguiente de su ordenación, en el pontifical que celebró en la Basílica de San Eugenio, buena parte de su homilía consistió en un canto de encendida acción de gracias a Dios, y también a Mons. Escrivá de Balaguer, con la convicción de que se habían cumplido las palabras de la Escritura: “Dios ha honrado al padre en los hijos” (*Eclesiástico* III, 3).

Don Álvaro no pensaba en sí mismo, menos aún cuando ocurrían estos sucesos en su vida y en la historia del Opus Dei. Lo observé nítidamente durante los días anteriores a la ordenación sacerdotal de fieles de la Prelatura, que confirió el 1.º de septiembre de 1991 por vez primera, después de su consagración episcopal. Poco antes, don Álvaro pidió a los que estábamos con él que invocásemos mucho al Espíritu Santo, para que su huella, su garra, se marcara en el alma de los nuevos sacerdotes, pero también en la suya, pues iba a ser el cauce de la efusión del Espíritu Santo.

Llevaba muy dentro de su corazón esa idea central de ser instrumento, porque la reiteró aquellos días, con distintas palabras. Rogaba a todos que rezasen por los ordenandos —para que recibieran el sacramento con una fe muy honda—, pero también por él, para que lo confiriera con piedad grande. Ya en Torreciudad, fue ostensible su agradecimiento a Dios por tantas cosas buenas —lo reiteraba constantemente, en voz alta—, así como la continua presencia de san Josemaría: no dejaba de insistir en que todo había sido posible por su heroica fidelidad al espíritu recibido de Dios:

“Mi pensamiento, necesaria y más constantemente que lo habitual —afirmaba al comienzo de su homilía—, **vue-**

la hacia nuestro queridísimo y santo fundador, que, con su ejemplar entrega a Dios, ha hecho posible lo que ahora contemplamos”.

Con mayor motivo en esas situaciones de posible esplendor humano para sí mismo, se consideraba *sombra* del fundador, sombra inseparable de su cuerpo, de su persona. Poco después, el 7 de septiembre, celebró Misa pontifical en la Universidad de Navarra, accediendo a un ruego de la Junta de Gobierno. Cuando llegó a la homilía, que llevaba escrita, improvisó unas palabras:

“Antes de empezar a hablar, dejadme que levante un momento mi corazón a Dios, para darle gracias al ver este montón de personas, hombres y mujeres, que aman a Dios; y, por eso, han querido venir a una Misa, que no tiene más finalidad que la de alabar a Dios, bendecir a Dios y pedirle gracias, que nos hacen falta muchas...”

Desde que le traté con mayor cercanía física, aprecié la cordialidad con que se refería a los obispos, y su gozo íntimo porque los fieles de la Prelatura —especialmente los directores— les demostraban veneración y cariño, siguiendo el ejemplo de Mons. Escrivá. Sintetiza esta faceta esencial en la biografía de don Álvaro, un párrafo de la carta que dirigió el 7 de agosto de 1976, a los miembros de la Obra que iban a recibir la ordenación sacerdotal en Madrid: **“Permaneced siempre unidísimos al Romano Pontífice, Padre Común de los fieles, Vicario de Cristo en la tierra —Vicecristo, como le llamaba, lleno de amor, nuestro Padre—; y, en cada Diócesis, al Obispo, con cariño profundo y respeto grande. Acordaos del afecto inmenso, teologal y humano, que nuestro queridísimo fundador tenía a los Ordinarios diocesanos. Nos ha enseñado, con su vida santa, a amarles y a obedecerles en todo lo que constituye el ámbito de su Sagrado Magisterio, como legítimos Pastores que son. Nos ha dicho mil veces, en frase muy grá-**

fica, que *tiramos del carro* en la misma dirección que ellos; que el fruto de nuestro apostolado queda en sus Diócesis, a las que amamos; que nos sentimos y somos —como le gustaba comentar a nuestro fundador— sacerdotes diocesanos en todas las Diócesis, en las que trabajamos; y que los Obispos ya llevan encima una buena cruz, la cruz pastoral, y nosotros no tenemos derecho a ponerles cruces nuevas”.

Otra de las razones por las que empujó la solución jurídica del Opus Dei era potenciar el servicio a las Iglesias locales a través de la atención espiritual de los sacerdotes diocesanos. La anhelada figura canónica de la Prelatura vendría a confirmar, con definitiva precisión, la imposibilidad de la llamada *doble obediencia*: los agregados y supernumerarios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz —inseparable de la Prelatura del Opus Dei— no tienen más superior que el propio obispo diocesano.

Realmente, como había escrito don Álvaro a los Centros del Opus Dei cinco días antes de su ordenación episcopal, **“toda la Prelatura, no me cansaré de recordarlo, está para servir a la Iglesia universal y a cada una de las Iglesias particulares, tanto a aquellas en las que ya trabajamos como a aquellas otras en las que, con el tiempo, se irá extendiendo nuestra labor apostólica. Por eso, sobre el Prelado pesa y pesará siempre una verdadera *sollicitudo omnium Ecclesiarum*: una solicitud de amor por el Cuerpo Místico de Cristo, fundada en la virtud de la caridad”.**

18. EL CARIÑO DE JUAN PABLO II

En 1985, al pedir oraciones por uno de los viajes pastorales del Santo Padre, don Álvaro comentaba:

“Vamos a estar muy unidos al Papa, sea quien sea. No importa que sea polaco o de la Cochinchina, que sea alto o



Durante la visita de Juan Pablo II a la parroquia de San Giovanni Battista in Collatino, Roma, confiada por Juan XXIII a sacerdotes del Opus Dei.

bajo, joven o viejo: es el Padre común de los cristianos. Yo tengo más edad que el Papa y, a pesar de eso, desde el primer día que fue elegido, me he sentido hijo suyo. Lo mismo nos pasa a todos, por la fe que nos da Dios”.

Palabras semejantes reiteraría a finales de ese año, cuando arreciaron en parte de la prensa internacional los ataques al Papa, con motivo del Sínodo extraordinario convocado en el 20.º aniversario del Concilio Vaticano II:

“Hemos de continuar, como hasta ahora, bien unidos al Papa: a Juan Pablo II como a los anteriores y a los que vendrán después, porque el Papa es Cristo en la tierra. Nos dirán quizá que eso es papolatría... No nos importa nada. Tenemos el orgullo de sabernos hijos de Dios y también hijos del Papa, que es el Padre Común de los cristianos”.

Como es lógico, en el gobierno del Opus Dei, don Álvaro secundó con lealtad el Magisterio y las peticiones de los Romanos Pontífices: tanto los documentos de carácter doctrinal, como indicaciones pastorales bien concretas. Transmitía celosamente a los fieles de la Prelatura toda palabra que el Santo Padre dirigía a los cristianos. Se trata de una realidad tan patente, que no es necesario desarrollarla. Me limitaré a destacar la vibración con que secundaba las *luchas* del Papa por la paz en el mundo.

Don Álvaro llevaba en su alma la pasión por la concordia entre los pueblos desde muy joven, antes incluso de haber sufrido las amarguras de la Guerra civil española. Recién ordenado sacerdote en 1944, celebró en la fiesta de San Ireneo su primera Misa solemne. Le tenía devoción, entre otros motivos, porque la liturgia recogía una oración por la paz que se sabía de memoria:

“*Da nobis illam quam mundus dare non potest pacem. Danos esa paz —rogábamos al Señor— que el mundo no puede dar. ¿Por qué? Porque la paz que concede Dios es tranquilidad en el orden de la subordinación, de la filiación, del amor al Señor...*”

Juan Pablo II dirigió en 1986 apremiantes llamadas a los responsables de tantos conflictos. Concretamente, en un dis-

curso pronunciado en Lyon el 4 de octubre, les pidió que observaran, “al menos durante todo el día 27 de octubre, una tregua completa en los combates”. Ese día iba a celebrarse en Asís una Jornada ecuménica e interreligiosa de oración en favor de la paz. Con este motivo, don Álvaro dirigió el día 11 de ese mes una carta a los Centros de la Prelatura, con un objetivo bien claro: **“Nos hemos de esforzar en que suba al Cielo un gran clamor de oración, unida al ayuno, por la paz del mundo”**.

Para mí, resultó emotivo vivir en la sede central del Opus Dei esa jornada y asistir a la Santa Misa *pro pace et iustitia servanda*, como había indicado don Álvaro. Por aquella época, animó de nuevo a acudir a la intercesión maternal de Santa María, *Reina de la Paz*: hacía considerar que **“la paz es un bien de valor incalculable, necesario para que las personas y los pueblos puedan vivir y progresar de un modo digno del hombre, imagen y semejanza de Dios. Por contraste, ¡hay tanta falta de paz en el mundo!, ¡hay tanta injusticia, tanto odio, tanta división!”**

Ya en 1989, Juan Pablo II pidió a los obispos que convocasen un día de plegaria en favor del Líbano. Don Álvaro dispuso que los fieles de la Prelatura, además de cumplir lo que cada obispo estableciera en su diócesis, dedicaran el 7 de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, a esa oración especial por el Líbano.

Meses después, insistió en rezar para que no estallase la guerra en el Golfo Pérsico. Cuando, a pesar de todo, se produjeron las hostilidades, transmitió a los fieles de la Prelatura su deseo de que siguieran rogando por la paz, unidos a las intenciones del Romano Pontífice. Y lo mismo sucedió a comienzos de 1993, y en enero de 1994, para implorar la paz en los Balcanes.

Así, hasta el final de sus días sobre la tierra: don Álvaro solía guardar una temporada las estampas de la Virgen —en

advocaciones variadísimas— que le regalaban durante sus viajes o recibía en la correspondencia; las dejaba temporalmente sobre su mesa de trabajo, como *industria humana* para la presencia y el trato personal con Santa María, y las sustituía luego por otras. Una de las últimas que tuvo en su amplio escritorio fue la estampa editada por la Santa Sede con motivo de la Jornada de oración por la paz en Bosnia.

Como es sabido, la muerte le sorprendió en marzo de 1994 al regreso de Tierra Santa. “En estos días —escribió Mons. Javier Echevarría— tuvo encuentros pastorales con numerosos fieles, exhortándoles a ser promotores de paz: la paz social es consecuencia de la paz interior, que brota de la correspondencia personal a la gracia divina, de la lucha de cada uno contra las huellas del pecado que llevamos dentro del alma”.

El 19 de marzo había mantenido una tertulia en Belén: acudieron cristianos de varias confesiones, palestinos y hebreos, diplomáticos de varios países, y hasta un grupo de seminaristas alemanes que se encontraba durante esos días en Tierra Santa. Alguien le preguntó en árabe qué podían hacer los cristianos para contribuir a la paz, y para tener bien abiertos a los demás el corazón y los brazos:

“Hay que querer a todos. Tú piensa que no tienes enemigos, aunque haya gente que te parece que se porta mal. Piensa en Jesucristo: murió en la Cruz, para salvar a todos, a toda la Humanidad sin excepción. Jesucristo no consideraba enemigo a nadie: amaba a todo el mundo”.

19. TIEMPO MARIANO

Me impresionaba la capacidad de recogimiento de don Álvaro, especialmente en santuarios muy concurridos. Lo advertí con claridad en Lourdes. En julio de 1978, acudió desde



Torreciudad, en un viaje en automóvil de unas tres horas y media. Inmediatamente, se dirigió a la Gruta de las apariciones, y rezó allí el rosario de rodillas, muy concentrado, a pesar del gentío que entraba y salía, moviéndose de un lado a otro. A finales de agosto de 1984 llegaba don Álvaro de nuevo a Lourdes. Eran las cinco y media de la tarde, llovía intensamente, y aquello estaba abarrotado. Tardamos en alcanzar la Gruta. Allí, de pie, apenas protegidos por los paraguas que había en los dos coches, le acompañamos en el rezo del rosario, de la Salve y de la oración para la devoción a Mons. Escrivá de Balaguer. No dejó de caer una fuerte lluvia, pero don Álvaro estaba muy recogido, sin prisa alguna. Al final, hizo una breve oración en voz alta: no nos despedíamos, porque quedábamos todos allí, *consummati in unum!*, en el Corazón de la Virgen:

bien unida la Obra, suplicando por la intención del Prelado, y multiplicando la labor apostólica en servicio de la Iglesia.

Ciertamente, sus días se fueron transformando en auténtico *tiempo mariano*, según la expresión que usaba en una carta del 8 de diciembre de 1980, cuando terminaban los *años marianos* con que el Opus Dei había festejado sin ruido el quincuagésimo aniversario de las fechas fundacionales de 1928 y 1930: **“Nos han dejado en el alma la profunda convicción de que ya todo nuestro tiempo en la tierra —y después, con la gracia de Dios, en la eternidad maravillosa del Cielo— se ha convertido en tiempo mariano”**.

Don Álvaro confiaba todas sus obras a la Reina del Cielo para que, perfumadas por sus manos maternas amabilísimas —así se lo escuché muchas veces—, fueran agradables a la Santísima Trinidad. Y recomendó siempre la antiquísima devoción del rosario. Como san Josemaría, solía regalar rosarios a quienes le visitaban. Cuando los entregaba, insistía a los interlocutores con palabras castizas:

“Os los doy para que los gastéis, y tengáis que llevarlos a remendar de tanto usarlos”.

Recurría también mucho a la intercesión de san José, persuadido de que Nuestro Señor no dejaría de conceder lo que se le pedía a través de la intercesión de quien le había querido tanto en la tierra. En cualquier caso, pensaba que a san José **“se puede aplicar lo mismo, aunque en otra escala, que se dice de la Virgen: que es la Omnipotencia Suplicante”**. Y lo explicaba:

“San José hizo tanto por Jesús. Fue como su padre en la tierra y se sacrificó por Cristo de un modo increíble. Sufrió muchísimo, ya desde antes de que naciera Jesús, cuando vio a María encinta. Debíó de pasar unos sufrimientos tremendos; no porque dudase de la Virgen —estoy seguro de que no lo hacía—, sino porque pensaba que debería separarse

de Ella, al ocurrir algo que no entendía. Pensaría que allí había un misterio divino, del que él no era digno. Y más adelante, ¡cuánto sufrió por el Niño Jesús! Además, le enseñó su oficio, su medio de subsistencia. Por tanto, si San José le pide algo, Jesús no se puede negar”.

20. GRACIAS A DIOS

La última época que viví junto a don Álvaro fue el verano de 1993, cuando le operaron de las cataratas de sus ojos. Resumí mis impresiones con tres frases que repitió mucho esa temporada:

“gracias a Dios”;

“pues se ofrece y ya está”;

“qué se le va a hacer”.

“Gracias a Dios” es la frase que le he escuchado más veces. Salía de sus labios con naturalidad, sin empalagos: al acabar la Misa o después de la oración, al terminar un trabajo, tras un paseo o un rato de ejercicio, o cuando oía relatos que mostraban la fecundidad espiritual de fieles del Opus Dei en los más variados rincones del mundo.

La gratitud era signo de su temple contemplativo. Muchas veces, se extasiaba al evocar el rostro humano y divino de Jesucristo, y animaba a plantearse esta pregunta concreta, que había escuchado frecuentemente a san Josemaría: **“¿Cómo sería la mirada de Jesús?”** Encontraba respuesta en el Evangelio, donde Cristo ofrece ejemplo constante de cómo ver a Dios en todo: **“En las criaturas: mirad los lirios del campo..., cómo los viste Dios (cfr. San Mateo VI, 29-30); en las situaciones más diversas, también en el dolor (cfr. San Juan IX, 1) y en la enfermedad o en la muerte de las personas queridas (cfr. San Juan XI, 4, 15 ss)”**.

Me impresionó un comentario ante la muerte de un miembro del Opus Dei en Irlanda el 1.º de agosto de 1980. Ocurrió en un accidente ferroviario, justo la fecha en que don Álvaro llegó a Dublín. Le contaron que John, antes de salir de viaje, había servido el desayuno a su mujer, que guardaba cama, convaleciente aún de su último alumbramiento, y preparó luego algunos documentos para trabajar en el tren.

“Pienso —señaló un sacerdote de la Obra— que murió trabajando”.

Seamus Timoney, que escuchaba el relato, agregó:

“O rezando... que es lo mismo”.

Y don Álvaro precisó: **“O descansando. El que trabaja tiene derecho al descanso, hijos míos. El descanso debe ser una consecuencia y una preparación para el trabajo. Descansar es una cosa buena y santa”.**

O cuando en el verano de 1989, dando un paseo cerca del mar, se cruzó un pescador, que caminaba hacia las rocas con sus cañas y aparejos. Alejandro Cantero le preguntó si en esa zona había lubinas.

“*Haberlas, haylas* —contestó rápidamente—; lo difícil es encontrarlas”.

Mucho tiempo después, en la Nochebuena de 1992, don Álvaro recordaba ese elemental suceso para urgir el apostolado:

“Hay muchas almas que nos están esperando, aunque cueste trabajo encontrarlas”.

La conclusión se imponía:

“Las tenemos que buscar”.

Sobrenaturalizaba todo. Se palpaba sin querer la intensidad y continuidad de su diálogo con el Señor, que en eso consistía su oración personal: en “una conversación de enamorados, en la que no puede haber lugar para la desgana o para

las distracciones. Un coloquio que se aguarda con impaciencia, al que se acude con hambres de conocer mejor a Jesús y de tratarle. Una charla que se desarrolla con delicadezas de alma enamorada, y que se concluye con renovados deseos de vivir y trabajar sólo para el Señor”.

Con los años, le resultaba cada vez más difícil dormir bien por la noche, aunque pasara en la cama el tiempo establecido, de acuerdo con los médicos. Por observaciones incidentales, sé que aprovechaba para hacer oración durante los ratos de insomnio. Comenzaba a rezar muy de madrugada, antes de levantarse. Y llegaba temprano al oratorio, hasta comenzar la media hora de meditación que precedía a la Santa Misa.

La intensidad de su búsqueda de Dios se advertía en esos detalles externos: la antelación con que acudía al oratorio por las mañanas; la previsión de adelantar los tiempos de oración mental si algún viaje, salida o gestión impedía comenzarla en su momento; el no retrasar el rosario, o la meditación de la tarde, aunque tuviera trabajos urgentes, que necesitaba terminar a hora fija; el modo de recoger sentidos y potencias, para concentrarse en Dios sin distracciones; los comentarios durante el día que denotaban preparación o fruto de la contemplación personal; la familiaridad con la vida de Jesucristo en su predicación; en fin, el silencio durante la noche, desde el instante mismo en que terminaba el último rato de tertulia familiar.

Además de la prontitud con que cumplía el propio deber, incluso en días de enfermedad o agotamiento, le he visto practicar pequeñas mortificaciones voluntarias, aunque no era fácil advertirlo, por la elegancia y naturalidad con que actuaba, también cuando se sentaba sin cruzar las piernas, dejaba un buen rato de apoyarse en el respaldo del asiento, elegía el peor sitio para él, se ocupaba de hacer la vida más grata a los demás, o retrasaba un vaso de agua en momentos de evidente calor. A finales de agosto de 1976, almorzamos

un día en San Vicente de la Barquera. Cuando me quise dar cuenta, don Álvaro —tan aficionado al mar— se había sentado de espaldas al Cantábrico, para que fueran otros los que gozasen de la agradable vista sobre la ría.

21. EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON LA TRINIDAD

Quien no piensa en sí mismo, se lo merece todo. Me vinieron a los labios estas palabras, espontáneamente, al plantearme un brindis familiar el 11 de marzo de 1994, cuando don Álvaro cumplió ochenta años. Qué lejos estaba yo de pensar que sus merecimientos iban a ser acogidos tan pronto por la paternal providencia de Dios. La muerte le llegó en momentos de íntima alegría, al término de su anhelada peregrinación a Tierra Santa. En Madrid, tuvimos noticias detalladas de su caminar y de sus celebraciones eucarísticas en Nazaret, en el Tabor, en Jerusalén, en Belén. Resultaba fácil *acompañarle*, e imaginarlo conmovido al recorrer día tras día los paisajes que contempló Jesús en su andar terreno. Nada hacía sospechar que, de regreso a Roma, el Señor lo llamaría a su presencia.

Como afirmaba Mons. Javier Echevarría el 24 de marzo de 1994, “anoche un colapso cardiocirculatorio truncó la vida de Mons. Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei. Poco antes de las 4 de la madrugada, me había llamado para decirme que se encontraba mal: mientras el médico le atendía, yo mismo le administré los últimos sacramentos, de acuerdo con un explícito deseo que había manifestado reiteradamente (...). Las circunstancias que han acompañado su tránsito al Cielo llevan el sello de una última caricia paterna de Dios”. Porque la peregrinación a Tierra Santa había sido “una semana de intensa oración, durante la que pudo recorrer en íntimo recogimiento los pasos de Jesús”. Sobre todo, pensaba en el hecho de que



Dos momentos de su viaje a Tierra Santa: en el monte de las Bienaventuranzas y en la iglesia cercana al Cenáculo, mientras celebraba su última Misa, el 22 de marzo de 1994.

don Álvaro había celebrado su última Misa en Jerusalén, en la Iglesia del Cenáculo.

Regresaba feliz. Poco antes de llegar a Roma, le confiaba:

“Estoy muy contento de haber hecho este viaje; pienso que ha sido una caricia del Señor”.

En cuanto se supo la noticia del fallecimiento, fue incesante la afluencia de personas a la iglesia prelatia del Opus Dei, para rezar ante los restos mortales de don Álvaro. Testigos presenciales han relatado la emoción que se reflejaba en los rostros, llenos de afecto y gratitud, junto con la persuasión de orar ante los restos de un hombre santo, que intercedería ante Dios con la fuerza de su corazón magnánimo.

Al cabo del tiempo, evocando tantos ratos vividos junto a don Álvaro, me resultan paradójicamente llamativas la sencillez de su fidelidad, y la naturalidad con que trataba de pasar inadvertido evitando protagonismos innecesarios. Le ayudaba a crecer en rectitud la responsabilidad que sentía ante la llamada que había recibido de Dios en 1935. Y su humildad le llevaba a implorar en los aniversarios de su nacimiento o de los principales jalones de su camino:

“Señor: ¡gracias, perdón, ayúdame más!”

Pero tampoco cara a la muerte pensaba en sí mismo don Álvaro. Cuando cumplió setenta años en 1984, rogó:

“Rezad por mí para que cuando me presente al Señor —cuando Él quiera: hoy mismo o dentro de veinte años— pueda ofrecerle las perlas, los brillantes, las esmeraldas, las amatistas: la fidelidad de mis hijas y de mis hijos que yo, con la gracia divina, habré ayudado a conservar. Que me seáis fieles: no dejéis que me presente al Señor con las manos vacías”.

Poco antes había escrito: **“Siguiendo los pasos de nuestro Padre, también yo deseo cumplir sólo siete años, ser siempre pequeño —cada día más—, y de este modo encontrar**

un buen sitio en los brazos de María y en los brazos de José, bien cerca de nuestro Jesús". Porque, al cabo, lo único que le importaba era llegar y ayudar a los demás a llegar al Cielo: **"Es la meta de todos nuestros anhelos, la dirección de todas nuestras pisadas, la luz que debe iluminar siempre nuestro caminar terreno"**.

El 25 de junio 1993, alguien aludió al jubileo sacerdotal de don Álvaro, que se cumpliría justo un año después:

"Todavía falta un año, en el que pueden ocurrir muchas cosas. Pido al Señor que me ayude a ser fiel minuto a minuto, día a día. Así me preparo para mi jubileo sacerdotal, si llega..."

Aunque se pudo oír una *protesta* filial de don Javier Echevarría, continuó:

"Y si no, lo viviré en el Paraíso. Donde Dios quiera. Es más cómodo irse, demasiado cómodo. Yo quiero lo que quiera el Señor".

Y prosiguió hablando de cumplir fielmente el deber de cada instante, de vivir generosamente el *age quod agis* que aconsejaba el fundador.

Ya a punto de cumplir ochenta años, se consideraba delante de Dios **"como un pobrecito con las manos vacías"**, según escribía el 1 de febrero de 1994 a los Centros de la Prelatura, para rogar a sus hijas y a sus hijos: **"¡Os suplico que no me falte la caridad de vuestra oración diaria por mí y por mis intenciones!"**

Al mismo tiempo, para su octogésimo aniversario, como ante sus bodas de oro sacerdotales en junio siguiente, esperaba de los fieles de la Prelatura un expresivo regalo: el rejuvenecimiento de sus deseos de santidad personal y de vibración apostólica.

Y, en marzo, se dirigía a ellas y a ellos con palabras sentidas: **"Os suplico que, en vuestra oración por mí, roguéis**

al Señor que me conceda, cada día con más abundancia, esa sabiduría del corazón y de la mente en la que consiste el verdadero afán de santidad: que los deseos de agradarle que albergo en mi corazón, y que por la gracia divina procuro renovar muchas veces cada jornada, sean chispas encendidas en el Amor suyo, que quemen todas mis miserias, que me purifiquen y me enciendan más y más en el anhelo de unirme plenamente a mi Dios y de darlo a conocer a todas las criaturas”.

A las seis y media de la mañana del 23 de marzo, recién llegados de Tierra Santa, don Javier Echevarría telefoneó a Mons. Stanislaw Dziwisz, secretario personal de Juan Pablo II, pensando que podría informar al Santo Padre de la muerte de don Álvaro antes de comenzar a celebrar la Misa. Mons. Dziwisz le aseguró que lo comunicaría enseguida al Papa y que lo encomendaría en la Misa. Pronto sabría don Javier que no sólo había ofrecido la Misa por don Álvaro, sino que había invitado a unirse a esa intención a quienes concelebraban con él. Después llegó a la sede del Opus Dei un cariñoso y expresivo telegrama, con el consuelo y la bendición del Santo Padre.

Al final de esa mañana, el prefecto de la Casa Pontificia, Mons. Dino Monduzzi, informó a don Javier Echevarría que el Papa saldría del Vaticano hacia las seis de la tarde, para rezar ante los restos mortales de don Álvaro. Llegó a la hora prevista, acompañado por el Secretario de Estado, cardenal Angelo Sodano, Mons. Monduzzi y Mons. Dziwisz. Ya en la nave central de la iglesia prelatia, rezó de rodillas durante unos diez minutos, en medio de un silencio impresionante. Al levantarse, le sugirieron recitar un responso, pero prefirió incoar la Salve y tres Glorias; luego, pronunció las invocaciones *Requiem aeternam dona ei, Domine* y *Requiescat in pace*, y aspergió con agua bendita el cuerpo de don Álvaro. Después se volvió a arrodillar en el reclinatorio y, antes de salir, impartió la bendición a los presentes.

Cuando don Javier le agradeció en nombre de la Prelatura que hubiera acudido, Juan Pablo II contestó:

“Si doveva, si doveva...”

Y preguntó en qué momento exacto había celebrado su última Misa en Tierra Santa.

Apenas quince días antes, había celebrado su octogésimo cumpleaños, el 11 de marzo de 1994. Celebró la Santa Misa en la iglesia prelatía de Santa María de la Paz. Asistieron esta vez sólo hijas suyas, y les dirigió una breve homilía, que fue como un resumen de su vida:

“Hijas mías, sólo unas palabras para que me ayudéis a dar gracias a Dios.

Desde hace tiempo me vengo disponiendo para esta fecha. Como siempre, he procurado seguir las huellas de nuestro Padre. Necesito unirme siempre más a nuestro santo fundador, pues contemplo cada vez con mayor profundidad su amable figura, su entrega a sus hijas y a sus hijos de todos los tiempos, y deseo corresponder a las muchas luces que de su vida he recibido. Sé que, queriendo a nuestro Padre, uniéndome a sus intenciones, me meto más en la Trinidad Beatísima. Os aconsejo que hagáis otro tanto.

Recuerdo como si fuera ahora cómo se preparó nuestro Padre para cumplir los setenta años. Desde varios meses antes, además de dar muchas gracias a Dios, pedía al Señor que le hiciera más pequeño, por dentro, para refugiarse en el regazo de Santa María, junto a Jesús. El Señor le escuchó con creces. Nosotros hemos sido testigos de cómo progresó más y más en el camino de la infancia espiritual, con particular fuerza en los últimos lustros de su vida. Con ocasión de aquel 9 de enero de 1972, con un buen humor que celaba la intimidad de su trato con Dios, afirmaba que cumplía sólo siete años: había mandado el cero a paseo —así nos lo explicaba— y se quedaba sólo con el siete. No deseaba pasar

de esa edad, porque luego los niños comienzan a perder la sencillez, y nuestro Padre ansiaba ser siempre muy pequeño delante de Dios.

Por la bondad del Señor, hoy cumpla yo ochenta años. Son innumerables las maravillas que he contemplado a lo largo de este tiempo. He recibido incontables regalos de Dios, muchísimas caricias de mi Madre la Virgen. Es lógico que hoy, de modo particular, mi corazón rebose de agradecimiento, y que a todas mis hijas, a todos mis hijos, les pida que me acompañen en esta acción de gracias.

Agradezco a Dios el don de la vida, y que me hiciera nacer en el seno de una familia cristiana, en la que aprendí a amar a la Virgen como a mi Madre y a Dios como a Padre mío. Le doy gracias también por la formación que recibí de mis padres —piedad verdadera, sin beatería—, que fue preparación para el encuentro providencial con nuestro amadísimo fundador, que encauzaría el rumbo de mi existencia. Tenía yo entonces veintiún años. Desde aquel día de julio de 1935, ¡cuántas muestras de la bondad de Dios he recibido!: la vocación a la Obra, la formación de manos de nuestro Padre; posteriormente, aquellos meses, durante la guerra civil —años durísimos—, en los que, por un particular designio divino, el Señor me hizo el regalo de vivir muy cerca de nuestro fundador, de ser testigo de su santidad, de su unión con Dios... Luego, tanto tiempo, tanto, siempre a su lado, como la sombra que no se separa del cuerpo. Y la ordenación sacerdotal, hace ya casi cincuenta años...

Son incalculables los bienes que debo a Dios, hijas mías. Ochenta años son muchos y son pocos, porque —lo reconozco sin humildad de garabato— me veo con las manos vacías, incapaz de pagar a mi Señor y a mi Madre la Virgen tanta generosidad... ¿Comprendéis por qué necesito vues-

tra plegaria, vuestras acciones de gracias, vuestra fidelidad, vuestra alegría?

¡Gracias, Señor! Perdón por mi falta de correspondencia; pero ayúdame más. Y vosotras, hijas mías, pedid que sepa rellenar los vacíos de mi vida, a base de poner mucho amor en todo. Hoy, además de moverme con una contrición sincera y alegre, me propongo pronunciar con más energía que nunca ese *nunc coepi!*, ¡ahora comienzo!, que era el lema de la vida de nuestro Padre. Sí; ahora mismo recomienzo, con el auxilio divino, a recorrer con garbo nuevo —con el garbo que vuestras oraciones me alcanzan— el camino de la santidad, la senda que conduce al Amor. ¡No me dejéis solo, que os necesito a todos, a cada una, a cada uno de vosotros! Necesito vuestra lealtad, vuestra fidelidad a la vocación; necesito vuestra oración constante; necesito vuestro trabajo, bien terminado y hecho por amor; necesito que me llenéis de hijas e hijos —¡más vocaciones, más perseverancia!—, como fruto de vuestro apostolado incesante.

Termino ya. En mi corazón, gracias a Dios y a la intercesión de nuestro Padre, arde con fuerza el fuego del amor. Por eso me siento muy joven, y lo soy realmente. Además me siento, con orgullo santo, muy hijo de nuestro fundador, y así deseo que os suceda a todas y a todos. La juventud de los años es algo meramente fisiológico, que no tiene más trascendencia; lo que de veras importa es la juventud interior, la que tenemos y debemos siempre tener todas las hijas y todos los hijos de Dios en el Opus Dei. La juventud de quien está enamorado —enamorado de Dios— y se esfuerza por acrecentar su amor más y más.

Ad Deum qui laetificat iuventutem meam! Para que esa juventud de espíritu y de corazón crezca en cada jornada, acerquémonos muy bien dispuestos al altar de Dios, a la Sagrada Eucaristía. De la mano de la Virgen Santísima



Durante su beatificación, en Valdebebas, Madrid, 27 de septiembre de 2014.

y de San José, recurriendo también con fuerza a la intercesión de nuestro amadísimo y santo fundador, el Beato Josemaría, busquemos la intimidad y la unión con ese Dios que es nuestro Bien y nuestro Amor. Os lo sugiero con unas palabras que nuestro Padre nos dirigía en este mismo lugar, al final de la Misa, un día de su cumpleaños: ‘comulgad con hambre, todos los días, aunque no tengáis ganas, aunque estéis helados. Decidle que queréis manifestarle vuestro amor y vuestra fe, porque Cristo está realmente presente en la Hostia: con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, con su Divinidad’. Confiadle a Jesús, continuaba nuestro fundador, ‘que le amamos de verdad, que le agradecemos que



se haya quedado: decídselo con vuestro corazón de gente joven, lleno de ilusión, lleno de amor’.

Hijas mías, que Dios os bendiga”.

22. BEATIFICACIÓN

La fama de santidad de la que gozó en vida se acrecentó tras su muerte. Casi doscientos cardenales y obispos de todo el mundo solicitaron que se abriera su Causa de Beatificación y Canonización; y desde su fallecimiento, numerosas personas

de los cinco continentes comenzaron a pedir su intercesión ante Dios. Su Causa de Beatificación y Canonización comenzó en Roma, en el año 2004.

El 28 de junio de 2012, el Papa Benedicto XVI autorizó que la Congregación de las Causas de los Santos promulgase el decreto de virtudes heroicas.

El Papa Francisco dispuso su beatificación para el 27 de septiembre de 2014, en Valdebebas, Madrid. Ese mismo año la Iglesia canonizó a Juan XXIII y Juan Pablo II; y dispuso la beatificación de Pablo VI: tres papas con los que Álvaro del Portillo estuvo especialmente ligado a lo largo de su vida.

Numerosas personas acuden a rezar ante su tumba, que se encuentra en la cripta de la Iglesia Prelaticia del Opus Dei, en Roma, en la calle Bruno Buozzi, 73, D.P. 00197.

23. RETRATO DE DON ÁLVARO



En el año 2015 se colocó este retrato de don Álvaro en la capilla de la Escuela de Ingenieros de Caminos, con motivo de la primera beatificación de un antiguo alumno. Obra de la pintora María Pilar Venegas, óleo sobre lienzo.

24. CRONOLOGÍA

1914

11 de marzo: Álvaro del Portillo nace en Madrid,

17 de marzo: Es bautizado en la parroquia de San José.

1932

Octubre: Comienza sus estudios de ayudante de Obras Públicas.



1935

30 de marzo: Comienza a trabajar profesionalmente como ayudante de Obras Públicas en la Jefatura de Puentes y Cimentaciones del Ministerio de Obras Públicas.

7 de julio: Pide la admisión en el Opus Dei.

1939

Comienza a trabajar junto a san Josemaría en la dirección del Opus Dei.



1921

12 de mayo: Recibe la Primera Comunión en la parroquia de la Concepción de Nuestra Señora.

1933

1 de julio: Es admitido en la Escuela de Ingenieros de Caminos. Interrumpe esos estudios para terminar los de Ayudante de Obras Públicas.

1936-1939

Guerra civil española. Durante estos duros años, como tantos otros españoles, sufre la persecución, la cárcel y numerosas penalidades.



1941

Julio: Finaliza sus estudios de ingeniero de Caminos. Se prepara para el sacerdocio.



1928

2 de octubre: Fundación del Opus Dei por san Josemaría Escrivá.

1934

En esta época acude a dar catequesis en la parroquia de San Ramón Nonato en el Puente de Vallecas, y hace numerosas obras de misericordia en el extrarradio de Madrid.

1937

14 de octubre: Fallece su padre en Madrid, días después de recibir los últimos sacramentos de manos de san Josemaría.

1943

25 de mayo-21 de junio: Viaja a Roma para realizar gestiones para la aprobación canónica del Opus Dei en la Santa Sede. El 4 de junio es recibido en audiencia por Pío XII.

CRONOLOGÍA

1944

12 de mayo: Lee su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras (sección de Historia) de la Universidad Central de Madrid, con premio extraordinario.

25 de junio: Es ordenado sacerdote por el obispo de Madrid, Mons. Leopoldo Eijo y Garay.

28 de junio: Celebra su primera Misa solemne en la capilla del Colegio del Pilar.

1946

25 de febrero: Se traslada a Roma, pocos meses antes que san Josemaría.

Octubre: Procurador General del Opus Dei.



1948

29 de junio: Rector del Colegio Romano de la Santa Cruz.



1949

18 de junio: Defiende la tesis doctoral en Derecho Canónico en la Universidad pontificia de santo Tomás (Angelicum).

1955

Desde este año hasta 1966 es nombrado consultor de las Sagradas Congregaciones del Concilio, del Clero, de los Religiosos y de la Doctrina de la Fe.

1956

Secretario general del Opus Dei.



1958

9 de octubre: Fallece el papa Pío XII.

28 de octubre: Es elegido papa san Juan XXIII.

1962

11 de octubre: Comienza el Concilio Vaticano II: secretario de la Comisión sobre la Disciplina del Clero y del Pueblo Cristiano, consultor de otras comisiones conciliares.

1964

Consultor de la Comisión Pontificia para la Revisión del Código de Derecho Canónico.

3 de junio: Fallece san Juan XXIII.

21 de junio: Es elegido Papa san Pablo VI.

CRONOLOGÍA

1965

8 de diciembre: San Pablo VI clausura el Concilio Vaticano II.



1969

Publica *Fieles y laicos en la Iglesia*.



1970

Acompaña a san Josemaría en su viaje de catequesis a México y en sus peregrinaciones marianas. Publica *Escritos sobre el sacerdocio*.

1974

Continúa sus viajes con el fundador del Opus Dei en las reuniones de catequesis que tienen lugar en Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela.

1975

26 de junio: Fallece en Roma san Josemaría Escrivá.

15 de septiembre: Es elegido sucesor de san Josemaría Escrivá.

1978

6 de agosto: Fallece san Pablo VI,

26 de agosto: Elección de Juan Pablo I, que fallece el 29 de septiembre.

16 de octubre: Es elegido Papa san Juan Pablo II.

1982

Consultor de la Congregación para las Causas de los Santos.

28 de noviembre: San Juan Pablo II erige el Opus Dei en prelatura personal y le nombra Prelado.



1983

19 de marzo: Ejecución de la bula pontificia de erección del Opus Dei en prelatura personal.

Miembro de la Secretaría del Sínodo de los Obispos.

1984

Consultor del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales.

CRONOLOGÍA

1991

6 de enero: San Juan Pablo II le confiere la ordenación episcopal en la Basílica de San Pedro.



1992

17 de mayo: Beatificación del fundador del Opus Dei en la Plaza de San Pedro.

18 de mayo: Preside en la Plaza de San Pedro la concelebración en acción de gracias. Al final, el Papa acude a saludar a los asistentes y le pide que bendiga con él a la multitud de fieles.



1994

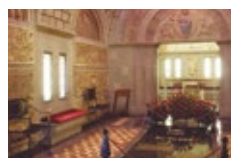
14-22 de marzo: Peregrina a Tierra Santa,

22 de marzo: Celebra su última Misa en la iglesia próxima al Cenáculo, en Jerusalén.

23 de marzo: Fallece santamente en Roma, de madrugada, a la vuelta de su peregrinación.

En la tarde de ese día, san Juan Pablo II acude a la sede central del Opus Dei para orar ante sus restos mortales.

24 de marzo: Es sepultado en la cripta de la iglesia prelatía de Santa María de la Paz.



2012

28 de junio: Declarado Venerable por Benedicto XVI.



2014

El Papa Francisco decreta su beatificación para el día 27 de septiembre (en Madrid).



2015

28 de junio: Retrato de don Álvaro en la Escuela de Ingenieros de Caminos.



VIAJES PASTORALES DEL BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO

1975-1981

- Amsterdam
- Dublín
- Fátima
- Munich
- Oviedo
- Pamplona
- Torreciudad
- Varsovia
- Viena
- Zürich

1982-1984

- Bruselas
- Canadá
- Colombia
- Estocolmo
- Guatemala
- Helsinki
- México
- Nueva York
- París

1985-1990

- Australia
- Barcelona
- Boston
- California
- Camerún
- Canadá
- China

- Corea
- Costa de Marfil
- Filipinas
- Florida
- Hong-Kong
- Japón
- Kenia
- Londres
- México
- Milán
- Nigeria
- Nueva York
- Oslo
- Pittsburgh
- Puerto Rico
- Singapur
- Taiwan
- Washington D.F.
- Zaire (Congo)

1991-1994

- Colonia
- Czestochowa
- España
- Estonia
- Polonia
- Praga
- Suiza
- Tierra Santa
- Viena

